

$3.99 U.S./$4.50 CAN.

Bianca

Mentiras del corazón

Cathy Williams

Él nunca le propondría lo que ella más deseaba: convertirse en su esposa

Un accidente había obligado al poderoso empresario griego Theo Andreou a quedarse en Cornualles para recuperarse. Al principio la idea le pareció una pesadilla, pero cambió de opinión después de su primer encuentro con Sophie Scott. Enseguida pensó que, si la seducía, un arte en el que era un verdadero maestro, la convalecencia sería mucho más placentera.

A pesar de que la arrogancia de Theo la hacía enfurecer, Sophie no podía negar la atracción que sentía por él. Pronto se adentraron en una apasionada aventura, pero Sophie sabía que Theo no tardaría en volver a su mundo de lujo y privilegios y la dejaría allí, sola…

Capítulo 1

TIMOS Honor miró a Theo por encima de sus gafas y contuvo un suspiro de compasión y frustración. Ambos sabían lo que él iba a decir y el hecho de que Theo le hubiese hecho ir allí en su avión privado, no iba a hacer que cambiara lo que le iba a sugerir que hiciera.

—Di lo que tengas que decir, Timos.

—No había necesidad de hacerme venir aquí, Theo...

—Sí que era necesario —Theo esbozó una mueca con la boca que dejaba claro que sabía lo que Timos le iba a decir. Ya había consultado a los mejores especialistas de Londres; todos le habían dicho lo mismo. Lo que le iba a decir Timos Honor, viejo amigo de su familia y el mejor en su especialidad en Grecia, iba a ser lo mismo. Pero Theo necesitaba oírlo de alguien cercano, alguien que tal vez entendiera el sufrimiento por el que había pasado él durante los últimos dieciocho meses.

Theo sonrió con respeto al amable hombre que tenía sentado frente a él en su ático.

—Los huesos de tu pie no se habían curado correctamente y este segundo accidente que has sufrido no ha hecho más que empeorar la situación. ¿Qué fue lo que te poseyó?

—No estaba buscando un obstáculo contra el que chocar, si eso es lo que estás sugiriendo.

—Sabes que no he querido decir eso —Timos se dio unas palmaditas en su calva cabeza—. Theo, un accidente de esquí en una carrera por una pista negra ya era demasiado y todos entendimos lo que te llevó a ello; perder a Elena justo antes de casaros... Bueno, eso sería suficiente para hacer que cualquiera se vuelva loco... pero eso pasó hace más de un año...

—Este último accidente no ha tenido nada que ver con Elena —

aclaró Theo bruscamente.

Pero era mentira. Él lo sabía. Theo era un esquiador excelente. Jamás había sido temerario. Pero durante el último año y medio no se había preocupado mucho de sí mismo. Había estado exhausto por trabajar más horas de las que un hombre normal debería. Pero en el fondo sabía que algo tenía que cambiar. No podía seguir viviendo al límite.

—Bueno, mi diagnóstico es éste, Theo; tu pie necesita tiempo para poder curarse. No puedes seguir poniéndolo en tensión. La naturaleza sabe cómo curar esas cosas, pero tú has cruzado los límites y, si no descansas, los huesos nunca se curarán correctamente. En el mejor de los casos, tendrás una cojera permanente que te impedirá hacer ningún tipo de deporte. En el peor de los casos, te podrías quedar en una silla de ruedas, eso sin pensar en la posibilidad, muy probable, de artritis prematura. Si eso es lo que quieres, te recomendaré con ganas que vayas a Val d'Isére, para que compitas en otra carrera peligrosa.

Ambos se miraron en silencio... Timos esperando pacientemente a que Theo asimilara lo que había dicho y éste, dándose cuenta amargamente de que había llevado su comportamiento demasiado lejos.

—¿Y qué sugieres? —preguntó finalmente Theo.

—Necesitas descansar, parar de hacer deporte. No puedes seguir como lo has hecho hasta ahora. Tu madre me ha dicho que desde que sufriste el primer accidente no has parado de ir de un sitio a otro.

—Mi madre es una exagerada.

—Como todos. Pero tiene razón.

—Tengo que trabajar, Timos. No voy a ser capaz de pagar las facturas si me quedo sentado viendo la televisión.

Timos se rió.

—Theo, te podrías retirar mañana si quisieras, y aun así tendrías el suficiente dinero como para vivir muchas más vidas. Y no te estoy sugiriendo que te escondas durante los próximos dos años. Pero podías aminorar tu ritmo de vida considerablemente. Trabaja desde casa —Timos miró a su alrededor y se estremeció al pensar en tener que hacer algo desde aquel lujoso apartamento durante mucho tiempo. Él vivía con su esposa en una pequeña casa en las

afueras de Atenas. Aquel lugar le recordaba a un crematorio… frío, de mármol, impecable… pero sin vida.

—Tres meses estarán bien para restablecer tu movilidad.

—¡Tres meses! —Theo casi se echa a reír.

—Delega en alguien —Timos se levantó y tomó su cartera—. Un hombre sabio sabe cuándo hacerlo.

—¿Y qué demonios se supone que voy a hacer durante tres meses, Timos? ¿Trabajar desde casa y mirar a las paredes?

—Encuentra algún pasatiempo. Pinta. Escribe poesía. Aprovecha el tiempo para encontrarte a ti mismo.

Pero la última cosa que Theo Andreou quería hacer era encontrarse a sí mismo.

Durante las siguientes dos semanas, después de que Timos se había despedido con esas palabras, Theo había luchado contra la idea de quedarse en su apartamento con el pie en alto.

Había sido, reflexionó Theo sentado en los asientos traseros de su Jaguar, una batalla perdida ya que, tras la visita del doctor, había estado recibiendo numerosas llamadas telefónicas de su madre, desde Grecia. Más o menos el cincuenta por ciento de ellas pidiéndole que fuera a Grecia ya que allí se podría relajar de verdad, alejado de las presiones que tenía en Londres. Como no le había hecho caso, su madre le había amenazado con ir a Inglaterra ella misma para así asegurarse de que él se tomaba el tiempo de relax que necesitaba. Sólo se quedó tranquila cuando Theo, jurándolo por la memoria de su padre, le dijo que se iba a marchar a algún lugar en el campo para descansar durante un par de meses. A algún sitio tranquilo.

Apartó su mirada del sombrío cielo de octubre e intentó con todas su fuerzas poner su atención en el colorido folleto que tenía en el regazo. En realidad ni siquiera había visto la casita hacia la que le estaba llevando su chofer.

El hecho de que el lugar adónde se dirigían estuviese en Cornwall había sido pensado por su asistente personal, que había sido quien lo había arreglado todo, para que así no estuviese tentado de acercarse a su oficina.

Gloria había ido personalmente a ver el lugar. Había comprobado las tiendas que había alrededor de la casa, se había asegurado de que no estaba muy lejos de la civilización y había

contratado a un ama de llaves para que fuese a arreglar la casa. Theo sólo tendría que disfrutar del paisaje, trabajar un poco de vez en cuando e irse pronto a la cama.

Pero él le tenía pavor a todo aquel asunto.

—Ve más despacio cuando entremos en el pueblo —le dijo a su chófer—. Quiero ver de lo que se supone que tengo que disfrutar durante los próximos dos meses.

Y entonces lo divisó. Estaba delante de él; un pueblo cuyas casas estaban desperdigadas a ambos lados de una colina. Era una atractiva mezcla de casas antiguas y otras más modernas. Sabía que el río Dart tenía su desembocadura en el mar justo allí. Aquello era pintoresco y, más importante todavía, no era tan pequeño y atrasado como él había pensado. Le dio las gracias a Gloria en silencio, la cual lo conocía lo suficiente como para saber que demasiada naturaleza no le haría ningún bien. Por lo que podía distinguir había restaurantes, cafeterías y algunas tiendas; por lo menos algunos símbolos de la civilización.

El coche giró y se alejó del pueblo, dirigiéndose hacia el sur, justo cuando Theo observó cómo una chica trataba de cerrar la puerta de una oficina, que parecía más una casa que un lugar de trabajo. Le estaba costando hacerlo. A Theo se le aceleró el corazón. Quienquiera que fuese aquella muchacha, por detrás le recordaba a Elena. Parpadeó y se dio cuenta enfadado de que su mente le había jugado de nuevo una mala pasada.

Le dio un portazo a aquellos dolorosos recuerdos, que siempre estaban tratando de reaparecer, y trató de concentrarse en el pintoresco paisaje que rodeaba todo aquello.

Los agentes inmobiliarios no habían exagerado. Cuando por fin pudo ver la casita observó que ésta era tan encantadora como parecía en la foto. Eran casi las cuatro y media de la tarde cuando llegaron y la luz del sol, que ya se estaba poniendo, hacía que el tono amarillo de las paredes pareciera dorado. El jardín, que no era pequeño precisamente, estaba muy bien cuidado y el sendero que llevaba hacia la casa era como sacado de un cuento para niños.

Theo pensó que aquello le habría parecido muy bien a su madre. A ella nunca le había gustado su inclinación por lo ultramoderno.

—Te puedes llevar el coche a la estación, Jimmy —le dijo a su chófer mientras salía del coche, con la ayuda de un bastón; lo que

encontraba ridículo e innecesario—. Simplemente mete las maletas. No tienes que quedarte.

—Debería asegurarme de que todo esté bien...

Theo se dio la vuelta y miró a Jimmy frunciendo el ceño. ¿Desde cuándo todo el mundo sentía pena por él?

—Creo que me las puedo apañar. Según parece, el ama de llaves vendrá dentro de una hora para comprobar que todo esté bien —Theo, esbozando una sonrisa, trató de suavizar la dureza que denotaba su voz—. No hay necesidad de que dos personas estén comprobando las cerraduras de las puertas en una casa tan pequeña como ésta. Si dejas el coche en la estación encontraré el modo de ir hasta allí si lo necesito.

—Desde luego, señor...

Tan pronto como Jimmy se marchó, Theo se sentó en el sofá y miró a su alrededor.

Sin el confortable sonido del tráfico y las sirenas envolviéndole en la lejanía, aquel silencio era agobiante y extraño. Incluso echaba de menos la vida social de Londres, que cuando estaba allí aborrecía, pero que al menos le permitía relacionarse con gente.

Frunciendo el ceño, subió a la planta de arriba y se dirigió a hacer algo que rara vez antes había hecho; deshacer las maletas. Pero en ese momento sonó el timbre.

Al otro lado de la calle, Sophie Scott se cerró aún más la chaqueta. Fruncía el ceño tanto como Theo.

Era la primera vez que la casita se alquilaba desde que hacía dos meses ella se había mudado. Y no le gustaba el hecho de que hubiese alguien viviendo allí de nuevo. Había tratado de hacer que el lugar fuese muy impersonal, pero sabía que allí quedaban recuerdos de la feliz vida que ella había tenido con su padre. Como por ejemplo libros que no había podido llevar a su nuevo piso, que era mucho más pequeño y que estaba encima de la oficina, y la ropa de cama, que aunque la había lavado, le recordaba el pasado. Las flores del jardín parecían que tenían la capacidad de recordarle todo su pasado también.

Al oír unos pasos acercándose al otro lado de la puerta se puso tensa.

La sonrisa que trataba de mantener en su cara amenazaba con transformarse en un gesto de asco y se tuvo que recordar a sí misma

lo que le había dicho el abogado. Que necesitaba el dinero. Lo mejor sería que vendiera la casa, pero si no, tenía que alquilarla. Le podía dar bastante dinero, sobre todo en los meses de verano. Cornwall era un destino turístico muy atractivo y cada vez más gente quería ir allí de vacaciones. Bla, bla, bla…

Cuando la puerta se abrió, Sophie se quedó en blanco durante unos segundos cuando vio al hombre que estaba delante de ella.

Era muy alto y no era el grasiento griego de mediana edad que ella se había imaginado. No era nada grasiento. De hecho, era perfecto. Tenía el pelo negro como el azabache y unos ojos verdes preciosos. Pero fueron sus rasgos lo que más le impactó a Sophie, ya que le imprimían a sus impecables facciones una poderosa y dura belleza.

Iba vestido con ropa de sport y ella trató de no quedarse mirándolo con la boca abierta. Pero su cuerpo era tan digno de admiración como su cara.

—Usted debe ser el ama de llaves.

Sophie fue a explicarle la situación, pero no lo hizo. Él se apartó para dejarle pasar y ella se introdujo en la casa. Miró a su alrededor para comprobar que no hubiese roto nada, lo que no era muy probable ya que él no llevaba mucho tiempo en la casa. Todavía.

Se dio cuenta de que él no dejaba de mirarla, lo que le hizo sentirse incómoda.

—¿Cuándo ha llegado?

—Hace una hora más o menos. Todavía no he tenido tiempo de destrozar nada, pero siéntase libre de inspeccionar lo que quiera —dijo Theo. En aquel momento reconoció a aquella mujer; aquel pelo rubio y aquella delgada figura. Le invadió un sentimiento de resentimiento por haberla confundido con Elena. De cerca, aquella mujer no se parecía en nada a su novia. Tenía los ojos marrones, no azules, y tenía la piel un poco bronceada. Elena, que era realmente diferente a todas las chicas griegas que él había conocido, era una rubia preciosa, debido a su madre, que era escandinava. No soportaba bien el sol, siempre iba con gorros. Aquella mujer tenía un aspecto más robusto.

—No estoy aquí para inspeccionar nada —le aclaró Sophie sin rodeos—. He venido para asegurarme de que está contento con la comida que le he comprado y por si tiene que preguntarme dónde

están las cosas o cómo funciona algo. Yo no soy el ama de llaves, que es una chica que se llama Annie y que se pasará por aquí pasado mañana. La mujer que ha contratado para cocinar se llama Catherine. Todo lo que hará será cocinar y lavar los platos. Usted se tendrá que ocupar del resto.

—Si usted no es el ama de llaves ni la cocinera... ¿le importaría decirme quién es? —preguntó Theo, tratando de mantener con dificultad una expresión educada—. Porque creo que no me ha dicho su nombre. Y por la astronómica cantidad de dinero que voy a pagar por este sitio, esperaría un poco de educación.

Sophie sintió cómo se ruborizaba.

—Me disculpo si he parecido un poco... un poco... brusca... —dijo, intentando esbozar una sonrisa, pero sólo la presencia de aquel hombre en la casa, su casa, hacía que le invadiera el resentimiento —. Debería haberme presentado nada más llegar —le tendió la mano—. Me llamo Sophie Scott y soy la dueña de esta casa.

—Entonces tal vez debiera empezar a pensar en ser educada con las personas que alquilan la casa —dijo Theo, ignorando la mano que le tendía ella. No podía imaginar cómo había confundido a aquella mujer con su amada Elena, que nunca hubiera sido grosera con un extraño. Pero era cierto que las mujeres inglesas podían llegar a ser raras. Incluso tras vivir en Londres durante más de ocho años, todavía encontraba el atrevimiento de éstas divertido pero desagradable a la vez.

Se dio cuenta de que ella le estaba siguiendo, lo que le irritaba mucho ya que todo lo que él quería hacer era sentarse delante de su ordenador, con una copa de vino, y comprobar su correo electrónico.

Se dirigió hacia la cocina y abrió la nevera para ver qué había allí.

—No hay vino.

—No, señor Andreou. Pensé que le gustaría elegir lo que quiere beber de alcohol. Si iba a tener tantas ganas de beber nada más llegar, debería habernos informado de ello y nosotros le hubiésemos traído algo.

Theo frunció el ceño mientras miraba a Sophie, cerró la puerta de la nevera y se sentó a la mesa de la cocina. Ella estaba muy seria y con una expresión muy educada, pero... ¿había querido decir que

él era un borracho?

—Bueno, tal vez quiera resolver este problema ahora. Vino. Blanco. A ser posible que sea Chablis. Me lo puede cargar en mi cuenta a final de mes, así como un poco más de dinero por los inconvenientes.

—Desde luego, señor Andreou, aunque en realidad debería volver ya a mi casa. ¿Podía esperar a mañana para tomar su vino? Mandaré a Annie con una selección de vinos blancos.

—Es posible, pero he tenido un largo y cansado viaje y beber un vaso de vino frío es lo que me apetece ahora.

Theo no sabía por qué estaba llevando las cosas al límite. Desde el accidente de Elena había hecho bastantes cosas imprudentes, pero ahogar sus penas en alcohol no había sido ninguna de ellas. De hecho, había evitado el alcohol la mayor parte del tiempo. Pero el enfado que mostraba aquella mujer hacia él era un cambio que le resultaba agradable, acostumbrado como estaba a que la gente que le rodeaba tuviera mucho cuidado en no decir algo inoportuno.

—Bien. ¿Desea algo más?

—Sólo el vino.

Sophie asintió con la cabeza y se marchó de la casa. A Theo le llamó la atención que no diese un portazo al salir, pero si la casa era suya tendría que ser amable con su inquilino. Un inquilino que estaba pagando mucho dinero aunque la temporada alta ya había terminado.

Sophie regresó en quince minutos. El aire frío no había hecho gran cosa para mejorar su estado de ánimo.

Sí, aquel hombre quizá sería un escritor y los escritores tenían muy mal carácter y eran muy caprichosos, pero eso no era excusa para ser tan grosero.

Sophie pensó, enfurecida, que quizá aquel hombre, que seguramente era alcohólico ya que no podía estar sin beber unas horas, se pensaba que su aspecto le daba algún derecho para que se cumplieran sus deseos.

Contempló la atractiva posibilidad de decirle que se tenía que buscar otro sitio donde quedarse ya que ella prefería no tener ningún inquilino antes que tener a uno como él.

Pero el sentido común hizo que cuando éste abrió la puerta de la casa ella esbozara una educada sonrisa, sorprendida por el aspecto

de aquel hombre.

—El vino —dijo, acercándole la bolsa con las botellas.

—Pase.

—¿Perdone?

—Beba un vaso de vino conmigo. Así me disculparé por mi aptitud arrogante —le dijo él, sonriendo. Ella se quedó sorprendida.

Hacía mucho tiempo que Theo no esbozaba una sonrisa como aquélla. Hacía años y siempre había sido para conquistar a bellas mujeres. Pero entonces conoció a Elena en casa de su madre. Se quedó en Grecia diez días más de lo que había tenido planeado en un principio, tras lo cual se comprometió con ella. Cinco meses después Elena murió y con ella también murieron los sueños de él de casarse y de tener una familia. Desde entonces, y a pesar de las mujeres que revoloteaban a su alrededor, Theo se había mantenido completamente célibe.

Sophie se lo quedó mirando como un animal salvaje enjaulado.

—No sé si eso sería muy apropiado, señor Andreou...

—¿Por qué no? —Theo se dirigió hacia la cocina, sin ayudarse del bastón. A pesar de lo que habían dicho los médicos, el ejercer presión sobre su pie le había hecho adquirir una cierta inmunidad al dolor.

Sophie cerró la puerta tras ella despacio y contó hasta diez. Se recordó a sí misma que tenía que ser educada. Tal y como había señalado aquel odioso hombre, él estaba pagando sus facturas.

—¿No está cansado? —le preguntó mientras lo seguía hacia la cocina para así no responder a su pregunta. No parecía cansado, pero no andaba correctamente—. Sé que venir desde Londres puede ser agotador, sobre todo cuando hay tráfico. Aunque supongo que vino en tren; no he visto ningún coche aparcado fuera de la casa.

—Es una casa grande para una sola persona. ¿0 vivía aquí con alguien más?

Sophie respiró profundamente y trató de seguir sonriendo.

—Es una casa grande para que la alquile un solo hombre, ¿o tiene planeado que venga alguien más a hacerle compañía?

Theo se dio la vuelta para mirar a Sophie. La impresión que se estaba llevando de aquella mujer iba de mal en peor.

—Quiero decir que... —continuó diciendo ella apresuradamente, sentándose a la mesa de la cocina—. ... a Cornwall vienen muchas

familias... ¿Tiene usted familia, señor Andreou?

Theo sirvió dos vasos de vino.

—No me llames señor Andreou. Mi nombre es Theo —dijo, poniendo un vaso delante de ella.

—¿Va a venir su... tu familia aquí en algún momento? ¿O prefieres estar solo para escribir? —preguntó Sophie. Se bebió el vino y se dio cuenta de que había acertado al comprar la botella más cara de las que había en la tienda.

—¿Perdona? —Theo no se podía creer que aquella mujer realmente pensara que cada hombre que alquilara una casa en la costa tuviese que ser escritor.

—Estaba preguntándote si planeas traer...

—Yo no tengo familia.

—Vale.

—Estabas preguntando sobre... ¿mi trabajo de escritor...?

—Sí. Simplemente me preguntaba si habías alquilado la casa porque necesitabas estar a solas para escribir —Sophie bebió un trago de vino. Le resultaba imposible mirar a Theo a los ojos.

—Y piensas que soy escritor... ¿porque...?

—Porque Johnny me lo dijo. Lo siento. Sé que no es asunto mío. En realidad, debería haberme marchado ya —dijo ella, que se fue a levantar.

—¡Siéntate!

Sophie se quedó muy impresionada por aquello y se quedó mirando a Theo.

—¿No debería un escritor ser un poco más sensible? —a Sophie se le acabó la paciencia—. ¡Gritarle a la gente no es una manera educada de comportarse! Y te voy a decir una cosa... si pretendes actuar de esa manera, no me va a quedar otra cosa que hacer que retirarte los servicios de Catherine y Annie. ¡Ambas tienen un carácter muy dulce y no voy a permitir que les grites!

Theo no sabía qué decir, cosa extraña en él.

Era un hombre que se había acostumbrado a decir lo que quería y a que sus órdenes se cumplieran. De hecho, ni siquiera tenía la necesidad de levantar la voz. Simplemente hablaba y era obedecido. Era así de simple.

Miró a Sophie, que estaba ruborizada y supo que lo mejor sería decirle que se marchara. Era demasiado desagradable, demasiado

directa y pelearse con alguien era lo último que necesitaba.

—No te has terminado el vino —replicó él suavemente—. ¿Por qué no te lo terminas y me dices quién es este tal Johnny? No me gusta que hablen de mi vida a mis espaldas. No me gusta el cotilleo.

Sophie respiró profundamente. ¿Cómo se le ocurría sugerir que ella era una cotilla?

—Yo no cotilleo, señor Andreou.

—Te he dicho que me llames Theo.

—John Taylor es el hombre de la agencia inmobiliaria que se encargó de este alquiler. Según parece, la mujer que actuó en representación tuya dijo que vendrías aquí para escribir un poco. Él pensó que sería oportuno decírmelo porque yo estaba un poco reacia... Bueno, es suficiente con que te diga que era importante para mí saber que no ibas a ser de este tipo de arrendatarios que destruyen las casas. Hemos tenido algunos problemas a lo largo de los años con algunos inquilinos de la industria del cine que han destrozado casas durante las fiestas que hacían en ellas. No estábamos cotilleando sobre ti.

Theo sonrió al pensar en el hecho de que Gloria no hubiera revelado su identidad. ¡Pero decir que era escritor! Se preguntó qué tipo de libros podría él estar interesado en escribir.

—¿Qué tipo de libros escribes?

—Ah... novelas de misterio.

—¿Qué tipo de misterios tratas más en tus novelas? Debes utilizar un seudónimo...

—Quizá novelas de misterio no es el calificativo adecuado para mis... ah... libros —dijo Theo. Era extraño, pero a la vez agradable, que no le encasillara como al poderoso hombre de negocios al que la gente tenía un gran respeto—. Relato vivencias de gente que han sufrido situaciones peligrosas. Ahora mismo estoy trabajando en algo relacionado con carreras peligrosas.

Para Sophie aquello tenía sentido. Aquel hombre tenía un aire misterioso y peligroso.

—Debe ser muy excitante para ti... vivir de lo que te gusta... escribir sobre lo que te interesa. ¡Mucho más estimulante que trabajar en una oficina en la ciudad!

Sophie pensó en el aburrido trabajo de oficina que se había visto forzada a tomar. Su padre había tenido la obsesión de invertir

dinero en la creación de cosas nuevas y había viajado durante años acudiendo a exposiciones de inventos. Había gastado una fortuna en ello. Y, en ese momento, ella tenía que tratar de arreglarlo todo.

Quiso dejar de pensar en ello y miró a Theo.

—¿Habré leído alguno de tus libros? Quiero decir… ¿bajo qué seudónimo escribes? ¿Por dónde vas con tu nuevo libro?

—Preferiría no hablar sobre eso —Theo se sirvió otro vaso de vino y se relajó en la silla—. Háblame sobre el pueblo. Seguramente tendré que ir en algún momento.

Sophie se llevó la impresión de que la había puesto en su lugar. Con pocas palabras le había dicho que se ocupara de sus asuntos. No podía entender por qué tanto secretismo sobre su trabajo. ¿No debería estar promocionando sus libros? Después de todo, ella era un miembro del público y era el público quien le proporcionaba a él su modo de vida al comprar sus libros.

Y debía tener una vida muy acomodada, dada la cantidad de dinero que estaba pagando por el alquiler de la casa, eso sin mencionar el ama de llaves y la cocinera. Lo miró y pudo ver que la estaba mirando de una manera muy fría.

Ella lo miró de la misma manera y le empezó a hablar sobre las tiendas que había en el pueblo. Mientras lo hacía se levantó y empezó a abrocharse la chaqueta. Theo ni se inmutó, todo lo que hizo fue colocar los pies sobre una silla.

—¿Vives en este excitante y pequeño pueblo?

—Sí.

—¿Y cómo te diviertes por las noches? —por un momento Theo se preguntó si ella tendría novio, pero pensó que seguramente no sería así. ¿Qué hombre podría sentirse atraído por una mujer tan mordaz? Recordó tristemente que Elena era muy dulce. Pero le sacó de sus pensamientos el final de una frase que estaba diciendo ella, que, aunque no sabía exactamente de qué estaba hablando, por el tono que utilizaba ella, era otro ejemplo más de un sarcasmo impropio de una dama—. ¿Qué has dicho?

—Me preguntaste que cómo me divertía en este excitante y pequeño pueblo —Sophie se dio cuenta de que él tenía la cabeza en otra cosa. ¡El hombre que había invadido su casa despreciaba el modo de vida del pueblo!—. Nos solemos sentar en la plaza del pueblo, llevando nuestras gorras, con ramitas en la boca y bebemos

cerveza.

—Creo que ya te debes marchar —le dijo Theo con frialdad—. Gracias por el vino y no te olvides de cargármelo en mi cuenta.

Sophie sabía que se debía disculpar, pero no tenía ganas. Aquel hombre era arrogante e insoportable. Hubiese preferido un hombre gordo, bajito y de mediana edad. Asintió con la cabeza y le dijo algo sobre que podía llamarla a cualquier hora si tenía alguna queja.

—Espero que disfrutes de tu estancia —logró decir ella, junto con una forzada sonrisa.

Se quedó allí de pie hasta que Theo se dirigió hacia la cocina y le dio la espalda, ante lo que no le quedó ninguna duda de que se podía marchar. Lo único que la consolaba era pensar en el cheque que significaba tener a aquel hombre en su casa.

Helada por el aire frío de la noche, tomó una decisión; dejaría que él se las arreglara solo y haría que Annie y Catherine le informaran sobre el estado de la casa. Contaría las semanas que faltaban para que él volviera a Londres.

Capítulo 2

ESTÁS seguro de que estás siguiendo las recomendaciones del médico y de que estás descansando? ¿Sientes alguna mejoría en el pie? Sí, aquí nos las estamos arreglando bien. Desde luego que voy a preparar esas conferencias telefónicas... pero, ¿estás seguro de que no deberías estar descansando?»

Tras cuatro interminables días, Theo podía sentir cómo le resonaba en la cabeza lo que la gente no le paraba de repetir; que tenía que descansar. Tomarse las cosas con calma nunca había sido una cualidad suya. Le estaba resultando muy difícil adaptarse a aquella situación.

Era media tarde. Habían limpiado la casa a conciencia. Había comido la pasta que la cocinera había preparado para él y hacía una hora había terminado su conferencia telefónica.

Afuera, una fría brisa amenazaba con convertirse en vendaval. Miró por las pequeñas ventanas y pensó que, aparte de haber salido un par de veces al jardín, no había salido fuera desde hacía días. De hecho, no lo hacía desde que la insoportable mujer se había marchado.

Por primera vez desde que había conocido a Elena, la imagen de otra mujer que no fuese ésta cruzó su mente. Sintió cómo esbozaba una sonrisa, pero enseguida se desvaneció. Apagó su ordenador y tomó su teléfono móvil. Se puso la chaqueta sobre los hombros y se dispuso a salir a la calle.

Efectivamente hacía mucho frío. El camino hacia el pueblo estaba plagado de arbustos. Llevaba su bastón, aunque había estado haciendo ejercicio para no tener que utilizarlo tanto.

Cuando dobló la primera esquina en el camino, lo primero que vio fue la oficina de aquella mujer. En vez de una oficina, por la decoración que tenía, parecía más un sitio donde relajarse. Pero no

le extrañó ya que por el comportamiento de Sophie, estaba claro que no era una buena profesional.

Aunque se dirigía hacia la cafetería que estaba al lado de la oficina, se detuvo en ésta y llamó a la puerta, que se abrió. Lo que vio ante sus ojos fue un caos total. Sophie estaba allí, con una mano en la cabeza, mirando un documento y frunciendo el ceño. Había tres personas a su alrededor, que parecían estar haciendo cosas, aunque Theo no sabía qué. Eran dos mujeres y un hombre rubio que le sonrieron con una sana curiosidad. Se estaba arrepintiendo de haber entrado allí

—Soph, tienes una visita.

Sophie levantó la vista y al mirar a Theo a los ojos se dio cuenta de lo mucho que había estado pensando en él... durante cuatro días... y aunque se había sentido incómoda cada vez que había pensado en él, no podía evitar hacerlo.

—Oh, eres tú —miró a su alrededor y se lo presentó con bastante indiferencia a Moira, Claire y, por supuesto, a Robert.

—Éste es el señor Andreou, el hombre que ha alquilado la casa. ¿En qué puedo ayudarte? —Sophie sintió cómo le invadía el enfado al ver que aquel hombre no se contentaba con vivir en su casa, sino que también estaba invadiendo la privacidad de su lugar de trabajo.

Se acercó a él, consciente de que todos la estaban mirando.

—Salí a dar un paseo y pensé en entrar.

—¿Cómo sabías dónde trabajo?

—Te vi cerrando la puerta cuando llegué el primer día.

—No tenía por qué haber entrado, señor Andreou... —volvió a llamarlo de usted, enfadada.

—¿Cuándo vas a empezar a llamarme Theo? —preguntó él, repentinamente irritado.

—Theo. Escribí mi número de teléfono y lo dejé en la mesa del pasillo. Creo que te lo dije.

—Así que es aquí donde trabajas... —Theo se introdujo en la oficina. Robert le tendió la mano.

—Soy Robert Bell. Su cara me es familiar. ¿Lo conozco de algo?

—No —dijo Theo rotundamente, ignorando la mano que le tendía Robert y acercándose a una mesa.

—Probablemente lo reconozcas de alguna portada de algún libro. Theo es escritor.

—Así que estamos ante un famoso —remarcó Robert, sonriendo —. Tienes mucha suerte, Soph. ¡Puedes hacerle una foto y hacerte famosa! Se gana mucho dinero con ello —le puso un brazo por encima a Sophie. Ésta se apartó y se acercó a Theo, que estaba curioseando unos papeles.

—No me has dicho qué querías. ¿Está todo bien en la casa? ¿Están Catherine y Annie trabajando bien? —le preguntó, quitándole los papeles y dejándolos de nuevo sobre la mesa.

—Está bien. La casa está más que limpia y la comida buenísima.

—¿Entonces por qué has venido? —preguntó ella sin rodeos—. Tengo mucho trabajo que hacer y no puedo estar de charla.

—Parece que estáis un poco... agobiados...

—No estamos agobiados, sólo...

—Tratando de arreglar el caos... —aclaró Robert, acercándose a ellos—. Sophie ha heredado todo esto de su padre y...

—¿Te importa, Robert? Estoy segura de que el señor... de que Theo... ¡no está interesado en todo eso! —Sophie apaciguó la brusquedad de su respuesta con una sonrisa para disculparse y le apretó el brazo a Robert cariñosamente. Este había sido un gran apoyo para ella en los últimos meses.

—¿Qué clase de trabajo hacía tu padre? —preguntó Theo, al cual se le despertó la curiosidad al observar que ella quería establecer ciertos límites—. ¿Era médico?

—¿Por qué lo dices?

—Porque parece que los documentos así lo indican.

—Mi padre era farmacéutico y tras jubilarse se dedicó a otras cosas... —hablar de su padre todavía le disgustaba—. Te tengo que pedir que te marches, tengo mucho que hacer.

—Tómate un descanso. Ven conmigo a tomar un café en la cafetería de al lado —Theo se sorprendió a sí mismo al invitarla, pero lo que no le sorprendió fue cuando ella le rechazó—. En realidad hay un par de cosas que me gustaría hablar contigo sobre la casa.

—Creía que habías dicho que todo estaba bien —Sophie lo miró, preocupada. Tras analizar las pertenencias de su padre, una cosa estaba clara; sus bienes estaban muy comprometidos. Su padre le debía dinero a mucha gente que estaban esperando cobrar. Estaban teniendo mucha paciencia, pero pronto se les acabaría.

La casa era el bien más preciado que poseía y la tenía que alquilar porque no soportaría tener que venderla. Si Theo no estaba contento, tampoco lo iba a estar el gerente del banco.

—¿Qué clase de cosas? —preguntó, frunciendo el ceño.

—Podríamos hablar sobre esto en la cafetería... —Theo observó cómo ella miraba el caos que había a su alrededor y se pasaba una mano por el pelo. Parecía que estaba muy cansada. Tenía el pelo recogido en una coleta muy despeinada. Se dio cuenta de que Robert trataba de protegerla.

La oficina de Theo en Londres no tenía nada que ver con aquélla. Poseía un edificio entero de ocho plantas lleno de oficinas donde trabajaban eficientemente sus empleados.

—Supongo que podré tomarme unos minutos de descanso —concedió Sophie, tomando su bolso—. Sólo será un ratito —les dijo a los demás.

Sonrió cuando Moira le dijo que se tomara el tiempo que quisiera.

—En el futuro sería mejor que me telefonearas si tienes algo que preguntarme —fue lo primero que le dijo a Theo cuando salieron de la oficina—. Sé que soy la responsable de lo que pase en la casa, pero a no ser que sea una emergencia, preferiría que esperases a que yo terminase de trabajar.

Andando al lado de Theo, Sophie se sintió muy bajita, aunque en realidad no lo era. Pero él parecía muy alto y grande. De hecho era agobiante. Lo miró y se preguntó cómo lo haría para estar tan elegante cuando sólo llevaba puestos unos pantalones de pana y una chaqueta bastante normalita. Estaba enfadada consigo misma por haberle permitido de nuevo salirse con la suya.

Theo abrió la puerta de la cafetería sin molestarse en responderle.

—¿Entonces cuál es el problema? Has dicho que Catherine y Annie estaban trabajando...

—Perfectamente...

—¿Entonces?

A Theo le llamó la atención que a las tres y media de una tarde de otoño aquella cafetería estuviese prácticamente llena. ¿De dónde sacaba el tiempo toda aquella gente? A las tres y media de la tarde, en Londres, París o Tokio, él estaría presidiendo alguna reunión

muy importante o andando por su oficina, con su asistente personal hablando sobre un millón de cosas que ya deberían haber sido resueltas. A veces se quedaba trabajando por la noche, hasta que ya no podía más de cansancio.

Pero el tiempo en aquel lugar parecía no pasar. Incluso realizando todas las llamadas telefónicas que tenía que hacer, enviando sus correos electrónicos y escribiendo sus extensos informes, le quedaba tiempo libre al final del día.

Cuando la camarera se acercó para tomarles nota, pidieron té.

—¿Entonces? —quiso saber Sophie, que se ruborizó al observar cómo la miraba él.

—Es la calefacción —improvisó Theo. Al verla desde tan cerca, se dio cuenta de que sus enormes ojos marrones tenían unas largas pestañas, muy oscuras, lo que contrastaba con su pelo rubio—. Me temo que me vas a tener que enseñar cómo funciona —Theo nunca le había pedido a nadie que lo ayudara en nada, sobre todo en nada tan sencillo como el sistema de calefacción de una casa—. No es que no pueda hacerlo yo solo… —le obligó a decir su orgullo griego.

Sophie lo miró con cautela, tras lo cual se rió. ¡Así que tenía un punto débil!

Aquella titubeante sonrisa hizo que Theo se sintiera desconcertado y frunció el ceño.

—Lo sé —dijo ella con una preocupación fingida—. Es terrible para un hombre tener que admitir que no puede hacer algo, ¿verdad? Pero tú eres escritor, así que supongo que es normal.

—¿Porqué?

—Porque se supone que los escritores no saben cómo hacer cosas en casa, tales como saber cómo funciona la calefacción o cambiar una bombilla.

Theo estaba escandalizado ante aquella generalización; ella pensaba que él era un idiota con la cabeza vacía, pero lo aceptó a regañadientes. Se preguntó por qué se habría inventado una historia tan tonta. Realmente no sabía ni por qué se había molestado en hacerlo. No entendía por qué buscaba la compañía de aquella mujer que, aparte de otras muchas cosas, no era nada respetuosa.

—¿Es eso verdad? —dijo él, arrastrando las palabras.

—Sí, aunque quizá tú, como no escribes ficción, seas diferente. Pero está bien, me pasaré después del trabajo y echaré un vistazo.

No habrá ningún problema. Siempre nos hemos encargado de que el sistema de calefacción de la casa fuese revisado. Hace demasiado frío por aquí como para no hacerlo.

—Tú has… tú y tu padre…

Sophie se limpió los dedos en la servilleta y llamó a la camarera para que les trajera la cuenta.

—Así es —dijo—. Si hay algo mal, será que hay que ajustar el temporizador. Pensaba que querrías la calefacción durante más tiempo de lo normal porque trabajas todo el día en casa.

Cuando trajeron la cuenta, ella protestó mucho ya que Theo quería pagar.

—¿Cómo murió tu padre?

Sophie sabía que Theo no estaba pasándose de la raya. Simplemente estaba siendo educado, incluso comprensivo, pero aun así a ella le molestaba aquella pregunta. No era asunto suyo. Hacer preguntas tan personales no estaba bien. El era un inquilino, no un amigo. Y ni siquiera era un inquilino agradable.

—Supongo que no es un secreto —dijo Theo con sequedad—. Pero si prefieres cambiar de tema, está bien.

—Sufrió un ataque al corazón. Fue bastante repentino. No era mayor y estaba en muy buena forma.

En ese momento, a Theo le vino a la cabeza el recuerdo de la muerte de Elena y tuvo que contener la respiración; había comenzado aquel día de diferente manera a como solía hacerlo, conducía por una carretera distinta a la que siempre utilizaba y si no se hubiese parado a responder su llamada telefónica tal vez su vida no se habría roto en mil pedazos.

—Así que tienes que arreglar todas sus cosas —dijo él bruscamente.

—Para serte sincera, es todo un lío. Creo que voy a requerir la ayuda de un financiero en algún momento, aunque por ahora lo estoy haciendo lo mejor que puedo —miró la hora y se levantó—. ¿Te vas a quedar aquí y tomar algo más? —preguntó educadamente —. Yo me tengo que marchar. Hace un poco de frío y hace viento, pero las tiendas están abiertas hasta dentro de una hora más o menos y puedes ir a echar un vistazo.

—Quizá lo haga —dijo Theo, sin tener realmente ninguna intención de hacerlo—. Y te veré… ¿a qué hora…?

—Oh, sobre las seis, una vez haya cerrado.

Era viernes por la tarde y ella era una chica joven. Cierto que la zona no parecía ofrecer salvajes fiestas nocturnas, pero... ¿no tenía ella adónde ir?

A Theo le invadió la curiosidad y se levantó, esperando a que ella saliera antes de marcharse de vuelta a la casa. Cuando llegó tocó los temporizadores para que su ridícula historia cuadrase.

Por una vez, la panacea del trabajo pasó a un segundo lugar. Gloria lo telefoneó. Le puso al día de varios acuerdos que estaban tratando en el momento y de algunos cotilleos, sobre los que él no estaba para nada interesado. Mientras ella hablaba, Theo pensó en Sophie, para dejar de hacerlo bruscamente al darse cuenta de que lo estaba haciendo.

A las seis oyó que tocaban al timbre. Al abrir la puerta vio a Sophie allí de pie. Estaba más arreglada y peinada que cuando la había visto en la oficina.

—¡Qué puntual! —dijo él, apartándose para permitirle el paso.

—Vivo justo encima de la oficina. Sólo tardo diez minutos en llegar aquí —Sophie miró a su alrededor y observó que, como se había imaginado, la casa estaba impecable. Theo sería muy arrogante, pero por lo menos era relativamente ordenado.

Lo miró y sintió algo en el estómago. Cuando él se acercó a ella, se le aceleró el pulso de tal manera que tuvo que hacer un esfuerzo para no retroceder. Incluso con aquella leve cojera que tenía, Theo se movía con la gracia de un atleta. Sus músculos eran perfectos.

Sophie sintió cómo sus pechos se tensaban ante tanta masculinidad. Tenía que admitir que él era guapísimo. Pensó que seguramente era un rompecorazones.

—Voy a echarle un vistazo a la calefacción y después me marcho —explicó ella. Se dirigió hacia la sala de calderas, donde, tras pocos minutos, ajustó el sistema. Cuando se dio la vuelta, se encontró a Theo apoyado en la puerta, con los brazos cruzados.

—Tenías razón. Es bastante fácil.

—Es muy fácil. Ahora, si no te importa...

—¿Por qué no te quedas a tomar algo?

—No puedo.

La siguió de vuelta al pasillo, donde ella se puso su chaqueta. Parecía que tenía mucha prisa por marcharse.

Theo no estaba acostumbrado a que ninguna mujer tuviese prisa por marcharse cuando estaban con él. De hecho, era él el que las evitaba a ellas.., antes de Elena.

—¿Adónde vas a ir? —preguntó él educadamente. La chaqueta que llevaba ella le quedaba muy grande y Theo se preguntó si no habría sido de su padre o del hombre rubio de la oficina.

—Oh —Sophie se lo quedó mirando durante unos segundos, ruborizándose mientras trataba de inventarse algo divertido que fuera a hacer.

—¿Vas a algún club nocturno? —provocó él suavemente, sirviéndose otro vaso de vino—. ¿Vas al cine? ¿Al teatro? ¿Quizá a algún restaurante? —hizo una pausa para beber—. 0, desde luego, siempre puede ser que vayas al bar, aunque te apresuraste a negar el mito de que la gente del pueblo lo que hace es ir al bar y beber cerveza.

—Te crees muy listo, ¿verdad? —dijo ella con la voz temblorosa.

Él se encogió de hombros y se dirigió al salón. Sophie lo siguió muy calmada.

—Quizá seas escritor. ¿Quién sabe? Tal vez incluso seas famoso en el pequeño círculo en el que te muevas, ¡pero a mí eso no me impresiona!

—¿Qué pequeño círculo? —preguntó Theo, intrigado por saber la imagen que ella tenía de su misteriosa e inventada vida.

—Oh, ¡ya sabes a lo que me refiero!

—No. No lo sé.

—¡Ese pequeño círculo de académicos! ¡Todos sentados alrededor de una mesa, bebiendo vino y felicitándose los unos a los otros por ser mucho más inteligentes que el resto de la humanidad!

Theo pensó que aquello que había dicho ella era muy perspicaz; se podía aplicar también al círculo del que él se rodeaba, formado por financieros y hombres de negocios.

—Tienes razón.

—¡No pienses que puedes pavonearte por aquí e intimidar a la gente! —dijo ella antes de darse cuenta de lo que había dicho él—. ¿Qué acabas de decir?

—He dicho que tienes razón. Hay mucha gente que se pavonea alardeando de superioridad moral cuando se reúnen gente importante y rica. Es realmente nauseabundo.

—Así que estás de acuerdo conmigo.

—Estoy de acuerdo con el concepto, pero no... —dijo Theo perezosamente—....no se aplica a mí.

—¿Porque...? —Sophie se sintió aturdida.

—Porque yo soy un hombre muy modesto —contestó él, aunque tuvo que admitir para sí mismo que bastante gente no estaría de acuerdo con eso.

A Sophie le pareció que aquello no era cierto, pero tuvo que admitir que le había dado la razón. Cuando le volvió a ofrecer vino, ella aceptó. Trató de convencerse a sí misma de que había aceptado porque le gustaba estar de nuevo en aquel salón, aunque fuera con la presencia de un hombre como Theo Andreou.

El había abierto las persianas y la habitación estaba tal y como a ella le gustaba, se percató ella con añoranza.

—Odias esto, ¿no es verdad?

Volviendo a la realidad de forma abrupta, Sophie miró a Theo y frunció el ceño, incómoda.

—¿Que odio el qué?

—El hecho de tener que alquilar esta casa a un desgraciado arrogante como yo.

—Es difícil tener que alquilarla; a ti o a quien sea.

—Pero has tenido que hacerlo porque necesitabas el dinero.

—¿Esto es lo que hacéis los escritores? —preguntó ella con tensión en la voz—. ¿Interrogar a la gente para luego utilizar sus reacciones como material para vuestros libros?

—¿Y es esto lo que tú haces?

—¿Qué?

—Catalogar a la gente.

—Yo no catalogo a la gente —contestó Sophie—. Bueno, no lo hago normalmente. Mira, tienes razón. Tengo la casa alquilada porque necesito el dinero y no, no me gusta hacerlo. Está llena de recuerdos para mí.

—¿Y qué pretendes hacer una vez que los asuntos de tu padre se hayan arreglado? ¿Sus gastos fueron tan astronómicos como pensabas?

Sophie fue a decirle que su situación económica no era problema suyo, pero se lo pensó mejor y no lo hizo. No le había contado a nadie su situación económica. Robert lo sospechaba, pero los demás

no tenían ni idea y no sería justo que lo supieran. Su padre nunca había dejado que se inmiscuyeran en sus asuntos económicos, ni siquiera a ella, que era su propia hija, se lo había permitido. Ella había vivido contenta en la ignorancia. Había ido a la universidad en Southampton e iba a visitar a su padre desde allí cada dos semanas. Sólo fue cuando éste murió, hecho que le hizo interrumpir la etapa final de sus prácticas de magisterio, que se enteró de la desastrosa situación financiera en la que se encontraba su padre.

Este había vivido obsesionado con descubrir cosas. Sophie, con los años, había tomado aquella obsesión de su padre como un pasatiempo inofensivo. Su padre era muy inteligente y al jubilarse, aquella obsesión le tenía entretenido.

Theo la estaba mirando con el ceño fruncido. Pero ella sabía que no insultaría la memoria de su padre preguntándole cómo éste había sido tan irresponsable como para dejar a su única hija a cargo de sus deudas.

—Peor que eso —confesó Sophie.

Él no dijo nada. Se levantó para servirle más vino a ella. Sabía que si dejaba claro algún indicio de que no quería escucharla ella se marcharía. Se preguntó qué había de malo en animarla a hablar. En un pueblecito como aquél sería difícil encontrar a alguien a quien confiarle ese tipo de cosas, a no ser que quisieras que todo el pueblo se enterara de tus asuntos. Al menos eso era lo que él pensaba.

—¿Quieres contármelo? —preguntó él, contento consigo mismo por molestarse en escuchar problemas ajenos. De hecho, ¡estaba obedeciendo las órdenes del médico!—. Te darás cuenta de que soy muy bueno para que te desahogues.

Capítulo 3

SOPHIE observó la dura expresión que tenía reflejada en la cara Theo y se preguntó de dónde vendría aquella extraña necesidad que estaba sintiendo de contar sus preocupaciones.

Aquel hombre no derrochaba simpatía precisamente. De hecho, se tenía que recordar a sí misma que él era escritor porque no poseía ninguna de las cualidades necesarias para realizar una profesión creativa.

Pero, en aquel momento, parecía que el mundo se le caía encima; las deudas de su padre parecían no tener fin. Pero no podía contárselo a nadie de los que conocía. Sus amigos de la universidad la entenderían, pero tenían la cabeza en sus asuntos y, de todas maneras, hacía mucho que no los veía.

Y hablar de ello con alguien del pueblo, incluso con alguien con quien ella hubiese crecido, hubiese sido un error. Sophie se había propuesto preservar la reputación de su padre.

Desde luego que estaba Robert. Sophie frunció el ceño al pensar en él. Teóricamente él representaba el mejor hombro sobre el que llorar, pero por alguna razón ella procuraba evitar confiarle cosas. Él no la forzaba a hacerlo y varias veces le había dejado claro que estaría allí para ayudarla, fuese cual fuese el desastre económico en el que se encontraba.

Incluso parecía peligroso mirar los verdes y enigmáticos ojos de Theo en ese momento ya que la estaban tentando para que abriera su corazón. Roben se sentiría muy traicionado.

Pero Robert era demasiado esencial en su vida. La ventaja que tenía Theo era que se marcharía en un par de semanas y con él todo lo que ella le contara.

—Has escuchado problemas de mucha gente, ¿no es así? —preguntó Sophie, esbozando una irónica sonrisa.

—Normalmente no animo a la gente a que me cuente sus problemas.

—Creía que habías dicho que eras muy bueno para que la gente se consolara contigo.

—Y lo soy. Lo que no significa que sea yo el que los anime a que me cuenten sus problemas.

—Gracias por decirme eso. ¡Es justo lo que necesito para sentirme cómoda! —pero extrañamente se sentía tontamente relajada—. ¿Por qué no te gusta que la gente te cuente sus problemas?

—Porque a la mayoría les gusta que les den consejos, quieren soluciones. Quieren que les digas lo siguiente que tienen que hacer y nadie puede aconsejar a otra persona qué es lo que tiene que hacer para arreglar sus problemas. Así que para evitar que me pidan consejo, me mantengo apartado de la línea de fuego.

—A veces simplemente ayuda poder hablar del tema —dijo Sophie lentamente.

—Y, como ya he dicho, estoy dispuesto a escuchar —aclaró Theo, el cual nunca había hablado sobre Elena. En su funeral, había estado rodeado por personas que le desearon que se recuperara pronto. Pero en ningún momento se sintió con ganas de contarle a nadie lo que estaba pasando. Ni siquiera su madre pudo penetrar el muro que él había creado.

Como de todo lo demás en su vida, también se podría ocupar él mismo de sus sentimientos.

—¿No sabías que tu padre tenía deudas? ¿Es ése el problema?

—Parte de él —admitió Sophie—. ¿Te importa si me sirvo otro vaso de vino? No estoy acostumbrada a hablar de mi vida privada con extraños.

—No hay nada menos privado que un problema financiero —dijo Theo secamente.

—¿Por qué dices eso?

—Porque esos problemas siempre necesitan ser arreglados y es casi imposible esconder las herramientas con las que lo arreglas una vez te pones a trabajar.

—¡No digas eso!

—¿Por qué no?

—Porque no quiero que la reputación de mi padre se manche.

No quiero que se le recuerde como al hombre que le dejó a su hija un tremendo embrollo por resolver. No quiero que me tengan pena.

—No, claro que no —Theo podía entender aquello perfectamente—. ¿Cómo de grave es el embrollo?

—Para serte sincera, no sé ni por dónde empezar. Mi padre era la persona más desorganizada del mundo. Tenía garabateadas notas en trozos de papel en sitios en los que a nadie se le ocurriría mirar. Precisamente ayer encontré una carpeta detrás del sofá del salón del piso de arriba de la oficina.

—¿Que tu padre utilizaba...?

—Oh, cuando estaba muy ocupado por la noche revisando cosas. Lo que añade otro problema. No entiendo mucho de lo que hay escrito en sus carpetas. No sé si tirarlas o no. Robert se ha portado muy bien conmigo ayudándome con esto, ¡pero hay tantas!

—Háblame sobre Robert.

—¿Por qué?

—¿Qué tiene él que ver en todo esto?

—Trabajaba de vez en cuando con mi padre. Él también es farmacéutico. Creo que vio en mi padre a un mentor y, como mi padre no tenía ningún hijo varón que continuara el negocio, le agradó tener a Robert acompañándole durante los últimos años, sobre todo porque yo no he estado aquí mucho tiempo ya que me fui a la universidad y a hacer las prácticas de profesora.

—Así que los dos os conocéis desde hace mucho, ¿no es así?

—Sí, así es —dijo Sophie en un tono precavido.

A Theo le invadió la curiosidad y su viejo talento para analizar a las personas del sexo opuesto.

—¿Por qué siento un poco de reticencia por tu parte al hablar de él? Normalmente, cuando una mujer se pone así es porque hay implícita una relación y es muy frecuente que no haya relaciones sexuales de por medio. ¿Tengo razón?

Sophie se quedó mirando a Theo, estupefacta.

—Sólo era una observación —murmuró él, mirando a su vaso, que estaba vacío, y acercándose a tomar la botella. La adrenalina le recorrió las venas.

Se sintió vivo y eso le hizo sentirse culpable. Sabía que si las circunstancias fueran distintas, si estuvieran en Londres, él se habría molestado con ella por despertarle la capacidad para sentir,

pero en aquel lugar las cosas eran distintas. Era como si estuviera en una burbuja, alejado de la realidad; era un misterioso escritor que no tenía pasado ni futuro. No tenía que soportar ningún peso sobre sus hombros. En un par de semanas haría las maletas y volvería a retomar su vida.

Mientras tanto, podía ser quien quisiera.

El anonimato nunca le había parecido más agradable.

—Los problemas financieros normalmente incluyen a más de una persona. De ahí mi curiosidad por saber el papel que ha jugado este tal Robert en todo esto. Seguramente sepa mucho más de lo que tú te crees sobre las deudas de tu padre. ¿Estás segura de que todo tiene que ver con su trabajo? Si él y este chico estaban unidos, quizá puedas considerar la posibilidad de que tu padre le hubiese estado dando dinero, tratándole como a un hijo al que hay que sacar de algún apuro de vez en cuando. O quizá este viejo amigo tuyo haya estado tomando dinero de la caja y de ahí lo predispuesto que está a ayudarte ahora. Lo que implica que estará al corriente de todo lo que le atañe a él...

—¿De qué demonios estás hablando? —Sophie se rió brevemente—. ¿Cómo sabes que los problemas económicos incluyen a más de una persona?

—Yo sé muchas cosas —dijo Theo suavemente—. Desde luego lo suficiente como para sospechar cuando se trata de asuntos económicos.

Sophie fue a decirle algo a aquel engreído, pero no lo hizo. Se dio cuenta de que, en realidad, probablemente él supiera muchas cosas.

—No hay nadie más implicado —fue todo lo que dijo, sonriendo al pensar en la idea de que su padre hubiese sido una especie de loco y en el bueno de Robert tomando dinero en secreto de la caja.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Pensar en que mi padre pudiese haber estado involucrado en trapicheos. ¡Y Robert no fue ningún cómplice ruin que alteraba los libros! La verdad es mucho más simple. A mi padre le encantada hacer experimentos. Siempre estaba metido en el laboratorio, lo que volvía loca a mi madre. Hizo experimentos y escribió sus notas. Hay muchísimos documentos que estamos tratando de ordenar. El problema es que también hay documentos en esta casa. Lo sé. Y en

el piso que está encima de la oficina. ¡Y Dios sabrá dónde más! Robert sólo está tratando de ayudarme a arreglarlo todo.

—¡Qué amable de su parte! —susurró Theo. Sophie debía estar ciega si no se daba cuenta de que Robert estaba enamorado de ella.

La miró. La analizó. Observó su cuerpo mientras que se incorporaba en la silla. Los pantalones de combate que llevaba le quedaban muy sexy, seguramente porque era muy delgada. Podía observar cómo se marcaban sus pechos bajo el jersey. Tras su largo celibato autoimpuesto, el deseo le invadió como un mazazo por todo el cuerpo. Cruzó las piernas para tratar de evitar que la evidencia física de ello se notara.

Ella le estaba hablando de su padre, de sus hábitos y él estaba más que contento de escucharla; estaba haciendo que su cuerpo volviese a la normalidad.

Trató de visualizar la cara de Elena, pero no pudo. La reacción física que había tenido era demasiado poderosa. Se puso una mano en el muslo y se quedó quieto, incómodo.

—¿Estás bien? —preguntó Sophie, preocupada—. ¿Te estoy aburriendo?

—Para nada —susurró Theo, que la miró a los muslos ya que había notado que no llevaba sujetador y cuando se echaba para delante de esa manera...

—Puedo marcharme...

—¡No! —Theo le indicó que se quedara con la mano, aunque ella ni siquiera se había levantado—. No, mira, ¿por qué no te quedas y cenas conmigo? Hay comida en la nevera. Catherine se ha esmerado mucho... asegurándose de que yo no pase hambre.

—No sé... —Sophie pensó en la cena a solas que le esperaba en su piso. Roben le había invitado a cenar, pero ella había declinado la oferta ya que estaba muy cansada. Hacía una hora realmente estaba agotada. Era un misterio qué había pasado con su cansancio.

—Está bien —dijo una vez que se decidió—. Pero no me quedaré mucho. Esta semana ha sido agotadora —se levantó, esperando que él la siguiera.

—Tú... ve a la cocina... en un momento estoy contigo. Voy a darme... una ducha rápida...

—¿Ahora?

—Voy a aprovechar —dijo él. Esperó hasta que ella se marchara

a la cocina para levantarse y subir a su habitación. Una vez estuvo allí respiró aliviado.

No se había sentido tan excitado desde que era un quinceañero. El agua fría tardó un poco en hacer efecto. Pero cuando de nuevo bajó abajo ya estaba más calmado y en control. Ella había puesto la mesa en la cocina.

Sophie lo miró y se le revolucionó el corazón. Él todavía tenía el pelo húmedo y se había cambiado de ropa. Llevaba unos pantalones beige y una ancha camiseta blanca.

—No has permitido que me olvide de que ésta es tu casa —dijo Theo, tomando otra botella de vino de la nevera y sirviéndolo en dos vasos—. Pero aun así se me hace extraño entrar en la cocina y ver la mesa puesta.

Deseaba no haberle pedido que se quedara. En aquel momento en que ya estaba calmado, sentía un amargo resentimiento por el modo en que su cuerpo le había traicionado. Y aquella escena doméstica que tenía delante de él sólo estaba empeorando las cosas.

Se preguntó qué estaba haciendo. Su cuerpo estaba reaccionando como el de un perro en celo ante una mujer cuya personalidad no le gustaba.

—Me parecía extraño no ponerla —contestó Sophie—. Mis disculpas por haberme comportado como si estuviese en mi casa...

—Realmente estás en tu propia casa —Theo se rió y observó cómo ella se encogía de hombros.

—Mientras que haya un inquilino en ella, no es mi casa. Es sólo un conjunto de ladrillos que hay que cuidar para que no haya ningún problema. Quizá esto no haya sido muy buena idea. Deberías haberte comido el pollo tú solo y yo debería haber salido a cenar con Robert.

Theo le dirigió una rápida mirada, pero ella no lo estaba mirando. Tenía la mirada perdida.

—Deberías tener cuidado con ese hombre —susurró Theo sin saber si ella lo había escuchado. Pero tras unos segundos, ella lo miró estupefacta. Estaba muy enfurecida.

—¿Tengo que preguntar por qué o me lo vas a decir de todas maneras?

—Está bien. Quizá él no sea un sinvergüenza, pero he conocido a hombres como él...

—Oh. ¿En el fascinante mundo de la literatura?

Theo ignoró la interrupción.

—Son inseguros, vacilantes... están desesperados por conseguir un poquito de amor. Son de los que se casan con la primera mujer que conocen porque así pueden dejar de sufrir por encontrar esposa. En esencia, son unos perdedores.

—¡Eso es lo más ridículo que he oído nunca! Robert no es un perdedor.

—Tristemente, los hombres como él... —reflexionó Theo, ignorando lo que había dicho ella—.... van detrás de las mujeres con mucho carácter, como tú...

—Ni siquiera voy a fingir que estoy escuchando —dijo ella, colocando el arroz en el microondas. Se dio cuenta de que él la estaba mirando y fue como si la estuviera tocando. Se ruborizó.

Deseó haberse puesto sujetador, pero no había pretendido quedarse a cenar.

—La cena —dijo cansinamente cuando ésta estuvo preparada.

—Y supongo que será también el final de nuestra ,

conversación.

Sophie lo miró. Pensó que sería tonta si no se diese cuenta de que el enorme ego que tenía él debía haber sido creado por el efecto que tenía en el sexo contrario. Dijese lo que dijese él, ella no podía creer que tuviera mucho contacto con gente. La profesión de escritor era una profesión solitaria. Si escribía sobre hechos reales, tendría que entrevistar a las personas en las cuales basaba sus novelas, pero tras ello estaría solo. El escribir desde un escritorio en algún lugar de Londres no le cualificaba para darle consejos sobre su amigo más cercano.

Se preguntó si él pensaba que ella no sabía nada de los hombres porque vivía en aquel lugar atrasado.

De repente, Sophie sintió la necesidad de proteger a Roben. Pensó en lo amable que había sido con ella últimamente.

—Puedes decir lo que quieras de Robert, pero él es muy amable y considerado. De hecho... —hizo una pausa para darle más énfasis a lo que iba a decir—.... incluso me ha ofrecido su dinero, sus ahorros, para ayudarme a salir de este lío...

—¿De verdad?

—De verdad —Sophie esbozó una pequeña sonrisa.

—Quizá sólo quiera acostarse contigo y sabe que haciéndote una oferta que seguramente vayas a rechazar es la manera más fácil de conseguirlo.

—Tal vez eso sea lo que él quiera. Aunque quizá no necesite que me halague con esa oferta para acostarme con él… —Sophie se encogió de hombros. No sabía si era por el vino o por la conversación que estaban manteniendo, pero se empezó a sentir embriagada. Tenía veintiséis años y no recordaba haber tenido nunca una conversación como aquélla. No sabía si aquello le gustaba o no, así como tampoco sabía si le gustaba lo excitada que se estaba sintiendo.

—A mí me parece que es demasiado dócil para una mujer como tú. A no ser, claro está, que a ti te guste dominarlo —dijo Theo, terminándose de comer su pollo. Se echó para atrás en su silla y se quedó mirando a Sophie, que tenía la barbilla manchada con salsa del pollo, cerca de su boca. Se permitió pensar qué haría ella si él se acercara a lamérselo. Se sintió culpable, pero ya no era un sentimiento tan profundo como lo habría sido hacía meses—. Te has manchado la barbilla.

—¡Oh! —Sophie se limpió con el dedo, tras lo cual se lo metió en la boca. A Theo, aquello le pareció muy erótico. La erección que momentos antes había apaciguado le estaba recordando de nuevo que era un hombre… con necesidades físicas.

—Si no te importa que te lo diga, si realmente no sabes si el hombre te quiere o no, entonces su táctica no debe ser muy persuasiva… —murmuró él, volviendo a retomar la conversación.

Antes de que su cuerpo reaccionara por sí mismo, Theo se levantó y empezó a recoger los platos, insistiendo en que ella se quedara allí mientras él lo hacía.

—Soy un hombre del siglo XXI —dijo él, lo que le hizo incluso reír. Una ex novia suya le puso el apodo de Dinosaurio y aunque habían pasado años, Theo todavía consideraba las tareas de la casa como algo estrictamente femenino. De hecho, si lo pensaba, no recordaba la última vez que había hecho lo que estaba haciendo; recoger los platos y llevarlos a la cocina.

Normalmente, si iba a comer con alguna mujer, lo hacía en algún restaurante o, si no quedaba más remedio, en casa de ella. Tener mujeres revoloteando en su cocina le hacía sentirse un poco

inquieto. Hasta que había conocido a Elena. Aunque...

¿Había conocido ella alguna vez para él? No... no hubo suficiente tiempo para disfrutar de los placeres del hogar antes de que aquella tragedia se la llevara.

Se dio cuenta de que Sophie estaba haciendo algún comentario sobre lo que él había dicho de ser un hombre del siglo XXI, en un tono muy mordaz.

—¿Qué es lo que estoy haciendo? —exigió saber Theo, distraído, blandiendo un plato en su mano.

—Estás colocando tu plato, que está sucio, en la pila y has sido lo suficientemente educado como para llevarte también el mío. Yo no... —añadió ella con un feroz sarcasmo—. ... tendría mucha prisa por participar en una competición como la del Hombre del Año...

Antes de que ella pudiese continuar, él se acercó adonde estaba sentada y colocó sus brazos sobre la silla de ella. Estaba tan cerca de ella que Sophie pudo observar lo largas que eran sus pestañas y la boca tan sexy que tenía.

También se dio cuenta de la reacción de su cuerpo. Sus pezones presionaban contra el jersey y sintió como si todo su cuerpo se estuviese derritiendo.

Podía olerlo. Podía oler aquel aroma a hombre que hizo que tuviera que contenerse para no suspirar y cerrar los ojos.

—Y según tu opinión, ¿qué cualidad me daría derecho a entrar en esa competición del Hombre del Año...? —preguntó Theo, arrastrando las palabras. Miró los exuberantes pechos de Sophie, para volver a mirarla a la cara rápidamente.

—Desde luego que no la capacidad de mover un plato desde un lugar de la cocina a otro...

Theo sonrió y se rió levemente.

—¿Entonces qué?

Se miraron a los ojos y Sophie se quedó paralizada. Tenía el corazón revolucionado y el pulso acelerado. Creía que iba a perder hasta la capacidad de hablar.

Si él le dejase un poco más de aire, quizá se pudiera calmar un poco, pero lo que estaba sintiendo era cómo le ardía la cara.

Theo debió haberle leído el pensamiento ya que, para su alivio, se apartó y tomó dos tazas del armario.

Carraspeando, Sophie le dijo que se tenía que marchar.

—Perdóname si te he hecho sentir mal al hablar sobre tu novio...

—¡Robert no es mi novio! Y en cualquier caso, no me has hecho sentir mal. No soy tan inocente en lo que a hombres se refiere.

—¿No?

—No —dijo ella con firmeza. Se levantó, asegurándose de mantenerse alejada de él. Aquella cocina, que siempre le había parecido suficientemente grande, en aquel momento le parecía claustrofóbica—. ¿Te echo una mano con los platos? —preguntó educadamente. Estaba segura de que los iba a dejar allí para que Annie los negara por la mañana.

—¿Y correr el riesgo de darte una razón más importante para que me acuses de no ser el ejemplo perfecto del Hombre Moderno...? —murmuró Theo, provocando una sonrisa en Sophie—. Todavía estoy interesado en oír la definición que tú tienes del Hombre del Año...

—Oh, es la misma que tendría cualquier otra mujer...

—A algunas mujeres les gusta que sus hombres sean verdaderamente hombres...

—¿Estás seguro de que no quieres decir trogloditas? —preguntó ella mordazmente—. Hoy en día, a las mujeres les gustan los hombres que lo comparten todo, desde las tareas domésticas hasta criar a los niños. Les gustan los hombres a los que no les da miedo llorar y que están dispuestos a admitir cuándo han cometido un error...

—No a todas las mujeres... —señaló Theo, conteniendo la risa y acercándose a ella. Sabía que estaba flirteando y se sintió bien, aunque sólo lo hiciera por un rato.

Aquella mujer no significaba nada para él ni nunca sería así. Era demasiado directa e impredecible. En un segundo pasó de ser muy femenina y erótica a no ser nada atractiva.

—Quizá no a las mujeres con las que tú te relacionas... —replicó ella. Se preguntó con qué clase de mujeres se relacionaría él. Se las imaginó a todas muy guapas y altas.

—¿Sinceramente me puedes decir que prefieres a un hombre sensible que se excite por cocinar la cena y que llore con las películas tristes?

Sophie esbozó una mueca con la boca y miró sus pies.

—Quizá... —murmuró Theo— funcione si quieres a un hombre

que se siente a tu lado por las tardes y haga punto de cruz mientras chismorrea sobre el último concurso televisivo…

Sophie no se iba a dejar llevar por la tentación de reírse ante aquello.

—Sí. Alguien que te haga compañía es siempre maravilloso… —reflexionó ella—. Obviamente lo del punto de cruz es demasiado, pero un hombre que pueda cocinar… bueno, no creo que puedas encontrar muchas mujeres que huyan de eso…

—Tal vez tengas razón. Tal vez hayan sido las mujeres con las que me he relacionado. Me hicieron creer que lo que les excitaba de un hombre era un carácter fuerte…

Theo se colocó el paño que estaba utilizando sobre el hombro y se dirigió hacia Sophie, que casi grita del susto. Esta se levantó y se dirigió hacia la puerta principal. Le contestó dándole la espalda, diciéndole que un carácter fuerte no tiene por qué ser incompatible con ser sensible. Sabía que él estaba justo detrás de ella y que la acompañaría hasta la puerta para así poder cerrarla cuando ella saliera. Cuando llegó a la puerta, agarró el picaporte justo cuando Theo se acercó a ella.

El perfume de Sophie desprendía una esencia floral. Theo lo podía oler ligeramente. Le sonrió cuando ella levantó la cabeza y lo miró.

—Si las mujeres desean a los hombres sensibles y que les guste cocinar, entonces… ¿puedo darte un consejo…? Los hombres desean a las mujeres que no están siempre enfadadas.

Theo pensó que Sophie se iba a poner furiosa, pero en esa ocasión no lo pudo evitar y se rió.

Ella, sin saber qué decir, se lo quedó mirando con la boca abierta.

—Claro está que… —murmuró él en un tono bajito muy peligroso—… hay una manera infalible de calmar a una mujer furiosa…

Sophie debería haber intuido lo que él iba a hacer pero, cuando éste bajó su cabeza y acercó sus labios para besarla, la tomó por sorpresa. Dio un grito, pero él la besó más intensamente, con la pasión que lo hace un hombre que no ha tenido relaciones sexuales durante mucho tiempo.

Tenía inclinado el cuerpo sobre ella, la cual pudo notar lo

excitado que estaba. Los pechos de Sophie, que ejercían presión sobre el pecho de él, estaban deseando que él le levantara el jersey y los acariciara con su lengua.

Segundos después ambos se dieron cuenta de lo inapropiado de la situación y Theo se apartó de ella. Se sintió lleno de desprecio por sí mismo.

Peor incluso que la falta de control que había tenido era que había disfrutado de cada minuto de aquel beso y había querido más…

—Vete… —bramó Theo. Sophie abrió la puerta corriendo, temblando como una hoja.

Él la cerró tras ella. Los acontecimientos lo habían tomado por sorpresa y tenía que analizar qué iba a hacer. Porque si había una cosa que no le gustaba a Theo eran las sorpresas; siempre iban acompañadas de algo desagradable. Y él quería apartar de su vida todo lo que fuera desagradable, costase lo que costase…

Capítulo 4

SOPHIE pensó que era un triste recordatorio de los pocos hombres que habían pasado por su vida el que durante los tres días siguientes a que Theo la besara no pudiese dejar de pensar en ello. No podía entender cómo había pasado. Apenas conocía a aquel hombre y no le gustaba lo poco que conocía. Pero aun así, no podía recordar haberse excitado nunca tanto con un beso.

Suponía que aquella ridícula sensación que tenía no tardaría mucho en desaparecer y se propuso tratar de no encontrarse con él para así olvidar todo aquello cuanto antes. Además de que volver a verse sería vergonzoso para ambos. A ella le había impresionado lo que pasó, pero la reacción de él fue mucho más exagerada; parecía enfadado e indignado consigo mismo. La había echado de la casa con tantas prisas que a ella le sorprendió salir entera de allí. Estaba segura de que a él tampoco le gustaría recordar su breve encuentro físico.

Y por ello estaba mirando tan consternada la nota que tenía en su escritorio.

—¡No pueden hacer esto! —le dijo a Robert protestando. Moira y Claire ya se habían marchado y Sophie no las podía culpar. No había nada que pudiera destruir más el espíritu de la Navidad que contemplar todos aquellos documentos que tenían que ser comparados y analizados. Sólo Robert era leal a la causa. Trabajaba despacio, pero era muy concienzudo y no se quejaba de nada.

—Pueden hacerlo y lo van a hacer —dijo Robert—. Quizá no te hayas dado cuenta, pero esta parte del mundo no está a la misma altura que Londres, Tokio o Nueva York...

—¡Lo que no quiere decir que la compañía eléctrica nos tenga que dejar a oscuras en pleno invierno! —protestó ella.

—¡Sólo será por unas horas, Soph! ¡Creo que nos las podremos

arreglar para estar sin electricidad mañana entre las ocho y la una! Claro está que no podremos trabajar aquí —señaló él—. Este lugar sin luces es como una mazmorra.

Sophie se preguntó si le habrían informado a Theo del corte de luz. Probablemente no. Era responsabilidad suya informar a sus inquilinos de esas cosas.

Lo que significaba tener que verlo.

—¿Por qué no nos tomamos mañana el día libre? Podemos ir a hacer algunas compras de Navidad... No te vendrá mal un descanso. Te invito a comer...

Sophie seguía pensando en cómo podría evitar el tener que ir a informar a Theo del corte de luz. Se estremeció al pensar en la reacción que tendría éste al verla en la puerta. En su puerta.

—¿Hola? ¿Hay alguien?

Sophie se dio cuenta de que Robert le había estado hablando, pero no sabía de qué.

—Lo siento, Robert. ¿Qué estabas diciendo?

—Estaba diciendo que necesitas tomarte un descanso, Sophie —Robert indicó los documentos que había desperdigados por la oficina—. En realidad, todo esto no es importante y tú te estás consumiendo...

—Cuanto antes lo revise todo antes terminaré de arreglarlo y podré volver a mis prácticas de profesora.

—¿Y te vas a marchar? ¿Y qué pasa con la casa? ¿Y con todo...?

—Sólo por un tiempo...

—¿Y si no te puedes permitir marcharte?

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que si no hay dinero en la caja, tendrás que abandonar tus estudios o vender la casa. Sé que no quieres...

—Tener esta conversación... —Sophie se levantó y se puso su abrigo. Su vida estaba sumida en el caos en aquel momento, pero esperaba que el futuro lo resolviera. No quería afrontar la lúgubre posibilidad de que quizá nada se iba a resolver—. No me puedo permitir tener esta conversación —continuó diciendo, tomando su bolso—. No me puedo permitir pensar que todo lo que me rodea se va a desmoronar.

—No tienes por qué... —dijo Robert, que se levantó y siguió a Sophie, que estaba buscando las llaves de la oficina en su bolso.

—¡Oh, Robert! Otra vez esto no. Sé que te da pena mi situación…

—¿Es eso lo que piensas?

—Bueno… sí —Sophie se rió, nerviosa, ya que él estaba muy cerca de ella, un poco nervioso, lo que a ella la confundía—. Sí que lo pienso. Quiero decir… nos conocemos desde hace muchos años y supongo que nunca pensaste que esto pasaría. Es por eso por lo que has sido tan amable conmigo, ¿no es así…?

Sophie encontró las llaves y se metió las manos en los bolsillos del abrigo.

—¿Por qué crees que trabajé con tu padre durante tanto tiempo…? —Robert se acercó a ella y le acarició el pelo. Sophie se quedó con los ojos abiertos como platos. Aquélla estaba siendo una semana de muchas emociones. Primero Theo y en aquel momento Robert declarando… ¿el qué? Theo tenía razón; Robert era vulnerable e inseguro con las mujeres.

—¿Porque te agradaba mi padre? —ofreció Sophie, esperanzada, pero Robert negó con la cabeza.

—Desde luego que me agradaba tu padre… —dijo él con verdadera añoranza—. Y me gustaba su compañía, su entusiasmo, pero también me gustaba estar por aquí porque así podía verte…

—¿A mí? —chilló ella.

—Es por lo que quiero ayudarte a pagar la fianza de todo este lío si al final tienes que hacerlo… —dejó de hablar durante unos segundos—. ¿Qué pasaría si al final de todo esto lo que descubres es que hay una montaña de deudas? Puedes vender la casa, pero todavía está hipotecada.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Cómo se entera la gente de por aquí de las cosas? —contestó Robert, esbozando una irónica sonrisa—. Los pájaros… Pero lo que estoy diciendo es que he ahorrado el suficiente dinero como para que tú puedas continuar con tus estudios, para que hagas lo que quieres hacer…

—¿Y me prestarías el dinero? —preguntó Sophie con recelo—. ¿Aunque no voy a ser capaz de devolvértelo durante algún tiempo?

—No tendría que prestarte el dinero —contestó él pacientemente. Agitó la cabeza al ver que ella se quedaba mirándolo con un desconcertante silencio—. Lo que estoy diciendo

es... ¿Considerarías casarte conmigo? —se rió nervioso y la tomó de la mano, sacándola del bolsillo del abrigo.

—¿Casarme contigo?

—Sé que no tenemos una relación sentimental convencional...

—¡Robert, nosotros no tenemos ningún tipo de relación sentimental!

—Y yo lo quiero remediar... me encantaría sentar la cabeza, formar una familia.

—Pero sólo somos buenos amigos, Robert...

—No tiene por qué seguir siendo así. Me gustas, Soph...

—¡No, no te gusto!

—¡Sí que me gustas! ¿Qué puedo decir para convencerte?

Por segunda vez en pocos días, a Sophie la pillaron desprevenida; de repente él la estaba besando. Tardó unos segundos en reaccionar, pero cuando lo hizo fue con bastante rigor.

Se apartó de él, temblando, y se quedó mirándolo enojada.

—¡Está bien! —dijo él, alzando las manos. Sonrió torciendo la boca—. Pero piensa sobre ello, Sophie. Prométeme que vas a pensar en ello... —cuando llegaron a la puerta, se paró y la miró—. Simplemente creo que ambos estamos preparados para un compromiso. Sé que yo lo estoy y, de alguna manera, por tu situación económica, parece como si el destino quisiera que estuviéramos juntos. Podría ayudarte en tus problemas económicos y podríamos tener juntos una vida maravillosa.

—Robert...

Éste se colocó un dedo sobre la boca, pidiéndole que mantuviera silencio.

—De todas maneras voy a estar fuera durante unas cuantas semanas. Mi padre no está bien, así que voy a ir a echarle una mano a mi madre. Iba a marcharme a principios de la semana que viene, pero me voy a ir mañana para darte tiempo para que pienses a solas sobre lo que te he preguntado... Sabes que mi madre te querría... Está desesperada por tener nietos. Pero de todas maneras, cuando vuelva, quizá podríamos salir juntos para hablar sobre ello...

Robert no le dio tiempo para responder, aunque Sophie no podría haberlo hecho de todas maneras; estaba muda del asombro.

Se preguntó cómo no se había dado cuenta antes de todo aquello cuando Theo se había percatado tras sólo verlos juntos unos

minutos. Podía haberse pasado el resto de la tarde preocupándose por ello, pero en vez de eso, hacerle una visita a Theo parecía ser menos horrible y así no tendría que pensar en lo que acababa de pasar.

Una vez Robert se hubo marchado y tras cerrar la oficina, se dirigió directamente a ver a Theo. Pero cuando vio las luces de la casa dudó. ¡Claro que él estaba! ¿Dónde iba a estar si no? Pero estando allí delante de la casa, volvió a preguntarse cómo iría a reaccionar él cuando la viera. Esperaba que actuase como ella y fingiera que nada había pasado, pero... ¿y si le cerraba la puerta en las narices?

Sophie sabía que no era el prototipo de mujer que a Theo le gustaba. No entendía por qué le había besado; quizá el estar aislado le había llevado a no poder resistirse y ella estaba por allí. Él había sabido que ella respondería al beso porque... ¿qué mujer no lo haría? El era muy guapo. Pero se había dado cuenta de su error tan pronto como lo cometió. Porque ella no era muy sexy. Ella era sólo una chica normalita. Se preguntó si debería estar agradecida por la proposición de Robert. Le había pillado desprevenida, pero quizá debería pensar en salir con él al menos una vez. Quizá Robert no despertara pasión en ella, pero por lo menos no la rechazaría con desagrado tras haberla besado.

Theo levantó la vista de su ordenador cuando llamaron a la puerta. Estaba trabajando en su estudio, desde donde podía ver la puerta principal. Pudo observar la expresión meditabunda de Sophie.

En vez de levantarse, Theo siguió mirándola. Había sabido que ella volvería. Antes o después. Si no lo hubiese hecho, él habría ido a buscarla utilizando algún pretexto.

Sophie llamó de nuevo a la puerta y él pudo observar cómo miraba hacia la parte de arriba de la casa, impaciente. Suspirando levemente, Theo se levantó y se dirigió hacia la puerta.

No fue deprisa. Quería pensar en lo que había decidido. Los últimos tres días no habían sido fáciles para él. Tras los largos meses de duelo casi se sentía aliviado. Pero por lo menos sabía lo que era el duelo. Era una emoción que entendía y podía sobrellevarla.

Pero haber sucumbido a diez segundos de conexión física con

otro ser humano había catapultado a Theo a un estado de inaceptable confusión.

No había sido capaz de concentrarse en nada desde que la había besado. No podía pensar en otra cosa que en cómo sabían los labios de ella, en cómo había sido sentir la suave piel de ella sobre su cuerpo… y en notar su cuerpo dejándose llevar por todo aquello.

Pero aquello era un problema y para él todos los problemas tenían solución. Había sobrellevado la muerte de Elena y desde luego que podría sobrellevar la repentina guerra que se despertó en ese momento entre su cuerpo y su mente.

Lo que le preocupaba era por qué no había podido resistirse con Sophie, una mujer brusca y no muy atractiva. Había habido muchas mujeres deseables interesadas en él y él las había ignorado a todas. De hecho, le habían puesto furioso.

Llegó a la conclusión de que había sido por las circunstancias en las que se encontraba; alejado de Londres y sin nadie conocido alrededor. Y con la libertad del anonimato.

Se sentía vivo por primera vez en más de un año. Si su cuerpo le estaba diciendo que estaba volviendo a la vida, él iba a obedecer los requerimientos de éste. Y que el objeto de esos requerimientos fuera una mujer a la cual nunca hubiese mirado dos veces era una buena cosa. No había riesgo de que se prendara por ella. Ambos se sentían físicamente atraídos el uno por el otro, pero no había nada más que eso. Puede que a ella incluso no le gustara él como persona.

Sabía que ella se sentía atraída por él, que había disfrutado cuando la tocó y que había querido más. Para él, eso era suficiente. Para ella, no era ningún problema ser un romance pasajero. De hecho, él no quería otra cosa.

Cuando abrió la puerta, esbozó una pícara sonrisa que hizo que a Sophie le diera un vuelco el corazón. Había pensado que tal vez no la dejaría pasar, pero Theo se apartó y, tras un momento en que dudó, entró en la casa.

—No esperaba esta sorpresa —dijo él, arrastrando las palabras. Cerró la puerta con cuidado y se dio cuenta de que ella no se había quitado el abrigo—. ¿Te gustaría beber algo?

—No, gracias. Simplemente he venido a informarte de que va a haber un corte de electricidad mañana. Sólo por unas horas, pero me temo que no podrás utilizar tu ordenador. Nada más. Bueno, no

podrás utilizar cosas que necesiten electricidad, que es casi todo —Sophie sonrió, nerviosa, mientras veía que él la miraba frunciendo el ceño. Ella quería acercarse a la puerta, pero él se había quedado allí de pie, justo delante de ella. Sabía que él no tenía intención de encerrarla allí dentro. De hecho, parecía muy relajado, casi amistoso. Obviamente se había olvidado del pequeño incidente y aquello le alivió muchísimo.

—Deberías hacer una copia de tu libro —le aconsejó ella.

—Buena idea. Gracias —dijo Theo. En un minuto ella se marcharía y él no lo iba a permitir. En aquel momento, una vez que ya tenía las ideas claras, sabía lo que pretendía. Se acercó a ella y notó cómo ésta se estremeció. Se preguntó qué sería lo que se imaginaría que él iba a hacer. Pero estaba claro; estaba recelosa de que fuera a tocarla. Se preguntó qué le daría más miedo a Sophie... pensar en que él la tocara o en la respuesta que ella daría.

Sin el peso de la culpabilidad sobre él, Theo sintió cómo la adrenalina le recorría todo el cuerpo. Si alguien le hubiese dicho hacía dos semanas que iba a estar mirando a otra mujer de aquella manera, que iba a estar divirtiéndose antes de llevarla a la cama, se habría enfurecido con quien fuese por atreverse a insultar la memoria de la mujer con la que había estado a punto de casarse.

Pero en aquel momento estaba allí, observando cómo Sophie se empezaba a ruborizar.

—¿Te estoy poniendo nerviosa? —preguntó.

—¡No! ¿Por qué tendrías que hacerlo?

—Porque la última vez que te vi las cosas se nos escaparon un poco de las manos... —se acercó aún más hacia ella—. Ninguno de nosotros pretendía que ocurriese —mientras hablaba, Theo la miraba directamente a los ojos.

—Yo preferiría... no hablar sobre ello... —tartamudeó Sophie. Respiró profundamente y levantó la barbilla.

—Bueno, a mí me gustaría... —dijo Theo suavemente. Se había alejado de ella y la puerta estaba despejada. Pero no se podría escapar de aquella situación tal fácilmente. Deliberadamente o no, él había arrojado el guante.

—¿Por qué? —preguntó Sophie, tragando saliva. Tenía la garganta seca y tuvo que apartar la vista ya que la mirada de Theo la estaba poniendo muy nerviosa.

—Mira, ¿por qué no nos tomamos una taza de café? Te doy mi palabra de que no te voy a poner un dedo encima… a no ser, desde luego, que me lo pidas…

Sophie dio un grito ahogado ante la provocadora oferta de Theo. Pero se dio cuenta de que él debía estar de broma. Seguramente para ver cómo respondía ella. Sabía que él consideraba que ella no tenía experiencia en el asunto y le parecería divertido tomarle el pelo. Si lo pensaba, había algo de depredador en él… ¿y no les gustaba a los depredadores divertirse jugando con sus presas antes de matarlas?

Cuando sus miradas se encontraron, ella sintió cómo se le erizaba la piel.

—Muy gracioso —logró decir con la voz ahogada.

—Vamos. Tu nerviosismo me está poniendo nervioso a mí —dijo él, esbozando una tranquilizadora sonrisa—. Quítate el abrigo. Ahora que la calefacción ya funciona correctamente, la casa está lo suficientemente cálida como para llevar unos pantalones cortos y una camiseta. No creía que las construcciones antiguas pudiesen conservar la calefacción de una manera tan efectiva —de repente, parecía muy importante no asustarla. Aquello quizá sólo sería una salvación temporal, un poquito de normalidad que la vida le ofrecía, pero lo deseaba tanto que llegaba a dolerle.

La seduciría, pero nunca la forzaría. No era su estilo y nunca podría llegar a serlo. Si ella era tan precavida como para mantener las distancias, él lo respetaría.

Pensó en cuando volviese a Londres; las mismas caras en la misma sociedad. Se preguntó si aquel extraño alivio que había encontrado allí continuaría una vez volviese a su vida normal, o si volvería al limbo que había dejado atrás. En aquel lugar, pensaba en Elena, pero su recuerdo no lo atormentaba.

Se dirigió hacia el salón, con el deseo de que ella lo siguiera. Pero no lo hizo. Cuando la buscó con la mirada, ella estaba como paralizada en el mismo sitio.

—No vienes… —dijo Theo, un poco incrédulo. Ella mantuvo una admirable expresión seria.

—Muy observador.

—¿Por qué no vienes? Te dije… —continuó diciendo, tratando de controlar la tensión que se denotaba en su voz—. No te morderé.

—Y yo te he dicho que no quiero discutir la inapropiada situación que se creó. Si tú no respetas lo que yo digo, entonces yo me siento libre para ignorar lo que tú dices.

Theo se quedó mirándola y se preguntó cómo demonios había pensado que era crédula. Estaba ruborizada, pero eso no le había impedido hablar alto y claro.

—Tenemos que hablar sobre ello —insistió él, pero ella no se movió de donde estaba. Theo comenzó a sentirse impotente ante tanta falta de cooperación por parte de ella.

—¿Por qué? —preguntó Sophie.

—Porque... —trató de aparentar paciencia, torpemente— tú eres mi casera. Nos vamos a tener que ver de vez en cuando y tenemos que resolver esto, para que no nos incomode como está haciendo ahora.

—Nos está incomodando porque tú has sacado el tema —señaló Sophie, que se estaba dando cuenta de que nunca antes un hombre le había llamado de aquella manera la atención. Irradiaba sensualidad. Aquello no parecía ser justo. ¡Ya la alteraba mucho tener que hablar con él de cosas banales como para tener que hablar sobre sexo!

—¡Nos está incomodando porque pasó!

—Sí. Y yo estoy dispuesta a fingir que nunca fue así.

Al oír aquello, Theo se quedó en silencio, anonadado. En su mundo, por lo menos en el mundo en el que vivía antes de haber conocido a Elena, había podido jugar con las mujeres de una manera muy fina y siempre había sido una experiencia satisfactoria para ambas partes.

—Quiero decir que hablar sobre ello y discutir lo que pasó no va a cambiar nada. Lo que tenemos que acordar es que no vuelva a pasar y apreciaría si tú no... no... lanzaras ninguna indirecta sobre ello. Quizá te parezca gracioso, pero a mí no me lo parece.

Se creó un incómodo silencio entre ellos y Sophie se preguntó si no le habría malinterpretado y por qué le habría advertido de que no la tocara, ¡como si él no pudiese resistirse a sus encantos femeninos! Era normal que él se hubiese quedado allí de pie, sin saber qué decir, mirándola como si ella hubiese perdido la cabeza. ¡Seguramente de lo que había tenido intención él era de decirle que no lo tocara!

—Bien. Sólo vine para decirte lo del corte de electricidad. Hay una chimenea en el salón y también en los dormitorios, así que si hace mucho frío las puedes encender. No he pedido mucha leña todavía, pero hay suficiente para que las tengas encendidas hasta que vuelva la electricidad.

—No es probable que utilice el dormitorio por la mañana, ¿no es así? Así que no habrá necesidad de que encienda la chimenea en él y creo que me las podré arreglar durante unas pocas horas para no caer en un estado de hipotermia.

Theo se dio cuenta de que su intento de seducción había sido un desastre. Quería aparentar que estaba normal, pero estaba desconcertado por la nueva y sorprendente sensación de ser rechazado.

Y, tras haber dicho lo que tenía que decir, estaba claro que ella estaba deseando marcharse, lo que a él en realidad debería agradarle. Quizá el destino había decidido jugarle una mala pasada recordándole que estaba vivo y que tenía necesidades, pero que la mujer no merecía la pena.

—¿Y cómo pretendes pasar el tiempo por la mañana teniendo en cuenta que no podrás hacer nada útil mientras que no haya electricidad?

—No sólo el trabajo es útil —señaló Sophie.

—¿Quieres decir que no estarás encerrada en tu oficina suspirando entre tantos documentos?

—¡Alguien tiene que hacerlo! ¡Hablas como si me gustase sentarme allí a mirar montones de documentos!

—Bueno, ¿qué preferirías hacer?

—¡Lo que fuese! ¡Ir a dar un paseo por la playa! ¡Ir a ver una película al cine por primera vez en seis meses! Comer en un buen restaurante... ¡lo que no he hecho nunca!... Lo siento —se encogió de hombros levemente, invitándole a reírse de su explosiva respuesta, pero no lo hizo. En vez de eso, Theo frunció el ceño y se quedó mirándola en silencio.

—¿Por qué lo sientes? —preguntó. Parecía extraño mantener una conversación con el pasillo de por medio.

Sophie, que se preguntó qué hacía manteniendo una conversación con él cuando lo que había intentado era marcharse, se acercó a la puerta.

—Porque debería dejarte para que siguieras trabajando —contestó ella, que se sintió obligada a ser educada tras el arrebato que le había dado—. ¡Supongo que si trabajas mañana tendrás que escribir a mano! ¿No es muy trabajoso cuando todos nos hemos acostumbrado a escribir en el ordenador?

Sophie pudo sentir la energía que desprendía el cuerpo de él mientras se acercaba a ella. Cuando tomó el picaporte de la puerta entre sus manos, se dio la vuelta y lo miró por encima de su hombro.

—Normalmente son muy fiables en cuanto a las horas que dicen que cortarán la electricidad, pero hazme saber…

—… si quiero algo. Sí, creo que eso ya lo he entendido…

Mientras Sophie se marchaba y se perdía en la oscuridad, Theo pensó que el problema era que ella no estaba obligada a darle lo que realmente quería él…

Capítulo 5

CUANDO Theo pensaba en Elena, lo que le venía a la mente eran cosas delicadas y femeninas. Cuando la había conocido, se sintió sexualmente atraído por ella, pero por encima de eso se le había despertado un instinto de protección por ella. Elena poseía todas las cualidades de lo que para él era la mujer perfecta.

Era extremadamente bella; pelo rubio, ojos azules, pero no había nada provocativo en ella, lo que para Theo era muy importante a la hora de elegir una futura esposa. Era diferente pero tenía personalidad. Nunca criticaba. Para él era perfecta.

Se preguntó si habría estado llorando su desaparición para siempre si se hubiese quedado en Londres. Tumbado en aquella cama se preguntó qué tendría Sophie que había logrado meterse en su cabeza, cuando la mayor parte del tiempo era desagradable e irritante.

Él, que consideraba que todos los problemas tenían solución, no entendía por qué se molestaba con una mujer que le crispaba, cuando, sin mucho esfuerzo, podía encontrar una que no lo hiciera. Analizando todo aquello con lógica, se preguntó por qué iría a involucrarse en una situación que tenía el potencial de darle dolores de cabeza. Él creía firmemente que las mujeres nunca deberían dar dolores de cabeza a los hombres ya que, al ser el sexo débil, debían ser tranquilas.

Trató de concentrase en un libro de negocios que estaba leyendo, pero no podía. No podía dejar de pensar que Sophie Scott no transmitía tranquilidad.

Cerró el libro y apagó la luz. Recordó fragmentos de la conversación que habían mantenido. Se preguntó cuál era el propósito de un reto si no lo aceptabas. Él siempre aceptaba los retos. Había saboreado la posibilidad de tenerla, de encender el

fuego que sabía ella tenía dentro.

Cuando se despertó al día siguiente por la mañana tenía mucho frío. Recordó que no había calefacción en la casa. El haber dormido sin pijama no ayudó. Pero, en realidad, el frío lo ayudaría a apaciguar el estado de excitación en el que se encontraba. Se dio una ducha fría muy rápida y sobre las nueve y media ya estaba dirigiéndose hacia la oficina de Sophie.

Cuando llegó, la vio sentada en el suelo; llevaba mucha ropa. Casi ni se dio cuenta de que Theo abrió la puerta de la oficina. De hecho, no se dio cuenta de que estaba allí hasta que éste estuvo sobre ella, momento en el que una sombra le indicó que había alguien más en la oficina. Se levantó un poco asustada.

—¿Qué haces aquí? —exigió saber.

—¿Dónde está el resto de tu variopinto personal?

—No me has contestado —Sophie ya había desistido de recordar que ella era su casera y que estaba obligada a comportarse bien con él. Había estado sentada en el suelo trabajando casi una hora ya que prefería estar al mismo nivel que los libros en vez de tener que estar agachándose para tomarlos. Estaba llena de polvo. Se sentía muy sucia y allí estaba él, delante de ella, indignantemente atractivo e impecablemente vestido con pantalones de pana y chaqueta de cuero.

—Pensé en acercarme y echarte una mano con estos documentos... ya que yo no puedo hacer nada debido al corte de electricidad.

—Puedes seguir escribiendo aunque no sea en el ordenador —Sophie se sintió obligada a señalar. Esperaba que aquello no fuese parte del juego de él para pasar la mañana molestándola—. ¿No se supone que los escritores tenéis que ser ingeniosos?

—Creo que te estás refiriendo a personas como tu padre.

—He dicho ingeniosos, no inventores.

—Enséñame lo que has hecho hasta el momento y cómo trabajas.

—No tienes que sentarte a ayudarme.

—En otras palabras; preferirías que no lo hiciera.

—Trabajaría mucho más rápido si no tuviera que estar explicándote las cosas.

—Aprendo muy rápido. Te sorprenderías.

—Deberías aprovechar esta oportunidad para hacer un poco de turismo —sugirió Sophie, desesperada—. Quiero decir... eso si no te ves capaz de escribir un par de capítulos de tu libro sin el ordenador.

—¿Por qué no aceptas mi oferta de ayuda? —dijo Theo, impaciente—. Sobre todo porque no hay nadie que te eche una mano. ¿Dónde está la pandilla? ¿De compras navideñas?

Sophie pensó en Robert. Como le había dicho, no apareció por allí, pero ella se había pasado todo el tiempo temerosa de que la telefoneara. Pero, para su alivio, no lo había hecho. La proposición que le había hecho le había impresionado mucho. Él había sido un amigo para ella y siempre le había echado una mano cuando lo necesitaba, pero eso no era motivo para que tuvieran una relación. Aunque la verdad era que ella ya no era una jovencita y ellos dos se llevaban muy bien, por lo menos de un modo superficial.

¿Qué habría de malo en ver si podían llegar a algo más?

—No me digas que tu novio ha abandonado el barco hundido —dijo Theo, abriendo un cajón y observando los documentos que allí había—. Necesitas un ordenador. Es la única manera en la que conseguirás enterarte de lo que tienes aquí y, aparte de eso, todo esto es un peligro.

—Tengo un ordenador —dijo Sophie sin darle importancia.

—¿Dónde está?

—Arriba. Simplemente no he empezado a... Lleva tiempo, ya sabes... Todo lo que conlleva el ordenador... Para ti es fácil, sólo tienes que sentarte y escribir historias.

Theo se dio cuenta de que su ocupación ficticia se estaba convirtiendo en una carga, pero se recordó a sí mismo la satisfacción de estar de incógnito.

—Sé un poco sobre ordenadores. Podría echarle un vistazo a lo que llevas hecho hasta el momento, por si hay que actualizarlo.

—¿Sabes informática? ¿Cómo? ¡No! ¡Déjame que adivine! De la manera que parece que conoces todo; la información te impregna, por ósmosis. ¡Qué suerte tienes!

—No has registrado nada de esto en el ordenador, ¿verdad que no?

A Sophie le entraron ganas de preguntarle cómo tenía tan poca vergüenza de entrar de aquella manera en su oficina. Le dieron

ganas de tirarle todo aquello encima y decirle que lo arreglara todo mientras que ella se iba a la cama a dormir durante semanas, hasta que todo hubiese pasado.

—He tenido la intención de hacerlo pero... —admitió Sophie, malhumorada.

—Bueno, por el momento no podemos hacer nada, pero tan pronto como vuelva la electricidad yo sugeriría que instalásemos un programa muy simple para que podamos recopilar toda la información esparcida en estas cajas.

—¿Podamos...? —Sophie se sintió obligada a dejar claro lo poco que sabía sobre ordenadores—. Los ordenadores y yo nunca nos hemos llevado muy bien.

—Siendo ése el caso, me sorprende que... ¿cómo se llamaba?... no te haya echado una mano con ello.

—Creo que estábamos tan ocupados tratando de recopilar todo que... que...

—Que nunca se te ocurrió que había un modo mucho más rápido de hacerlo... —dijo él, tomando un montón de carpetas y colocándolas sobre el escritorio de ella, acercando una silla para sentarse a su lado—. Está bien. Mira —le señaló varios símbolos y algunas palabras clave, que no tenían ningún significado para ella —. Podíamos instalar un programa que reúna automáticamente toda la información que sea del mismo asunto. Por ejemplo, los experimentos en los que tu padre hubiese trabajado con la misma persona podrían colocarse todos en una misma carpeta.

—¿Podrías hacer eso? —preguntó Sophie, realmente impresionada—. ¿Cómo? —exigió saber—. ¿Hiciste un curso de informática en el instituto?

—Lo aprendí en la universidad —explicó Theo.

—Ah, vale.

—¿Sorprendida?

—Oh, no. Para nada. Bueno, no me impresiona que fueses a la universidad. Me sorprende el hecho de que prestases atención a la informática. ¿Fue parte de tu curso de escritura creativa?

—¿Quién ha hablado de escritura creativa? —la pequeña mentira que había creado Gloria para protegerle parecía que se le estaba empezando a echar encima.

—Bueno, ¿qué estudiaste en la universidad? —preguntó Sophie,

frunciendo el ceño.

—Económicas y Derecho.

—Estás de broma, ¿no?

—¿Por qué iba a estar bromeando? —preguntó Theo con sequedad.

—Porque... —farfulló Sophie—. Bueno... sí, puedo entender que estuvieras interesado en la informática si te gustaban Derecho y Económicas...

—¿Crees que por eso soy una persona aburrida? —preguntó él, sonriendo.

—¡Eres la persona menos aburrida que jamás he conocido! —dijo Sophie antes de pensar cómo sonaba aquello. Trató de pensar en cómo explicar que lo que había querido decir era que él era muy arrogante, demasiado dogmático y demasiado listo como para ser considerado aburrido. ¡Lo que no significaba que fuera divertido o estimulante!

—¿Es eso verdad?

—Lo que quiero decir es que... —Sophie se preguntó qué era exactamente lo que quería decir. Él la estaba mirando expectante—. Mi ordenador no es muy moderno —dijo, cambiando de tema—. No pude permitirme comprar uno nuevo cuando comencé mis prácticas como profesora y me he dado cuenta de por qué la gente se cambia de ordenadores tras un par de años; se quedan anticuados. Así que espero que este maravilloso programa que tienes en mente se pueda instalar en mi ordenador.

Theo se echó para atrás en la silla y se quedó mirándola. Justo cuando estaba a punto de entenderla un poco más ella se escabulló de nuevo. No sabía qué pensar. Le había dicho que no lo encontraba aburrido, aunque él tenía la sensación de que deseaba no haberlo hecho. Se sentía atraída por él, aunque no quería actuar al respecto. Se preguntó si tendría algo con el tal Robert, aunque cuando se lo había insinuado ella lo había negado categóricamente. De todas maneras... ¿dónde estaba él? Sophie no le había respondido cuando se lo preguntó.

—Lo comprobaré —dijo Theo con indiferencia—. Siempre podemos conseguir uno nuevo.

—¿Conseguir uno nuevo? —Sophie lo miró como si hubiese perdido el juicio.

—Los ordenadores están bajando de precio cada vez más con los años...

—Pero comprar uno nuevo seguirá siendo caro, ¡no importa lo que hayan bajado de precio a lo largo de los años! ¿Por qué crees que he tenido que alquilar la casa? ¡Necesito el dinero! —miró a su alrededor, desesperada—. Sólo he revisado la mitad de todo esto. Hay más documentos arriba y aún más en la casa. Tengo miles de facturas que pagar. ¡No tienes ni idea! Lo que me has pagado de alquiler ya lo he tenido que dar para pagar a los acreedores.

La simpatía que denotaba la cara de Theo fue demasiado para Sophie, que se levantó y trató de calmarse dirigiéndose a poner dos tazas de café. Pero se acordó de que no había electricidad y por lo tanto no podía poner la tetera a funcionar.

—Lo siento. No has venido aquí a que yo te agobie con mis problemas.

—¿No hay nadie que te pueda dar un préstamo hasta que tú puedas pagar?

—En realidad no...

—¿Qué significa en realidad no?

—Robert ha dicho que me daría un préstamo. Pero eso dependería de cuánto dinero acabe debiendo...

—¿Dónde está él ahora? —Theo frunció el ceño—. De todas maneras, ¿dónde está la trampa?

—¡Oh, no hay ninguna trampa! —Sophie negó con la mano, queriendo no darle importancia al asunto—. Te prepararía café, pero no hay electricidad para poder calentar agua en la tetera. ¿No hace demasiado frío para ti? Es un corte de electricidad localizado. Si sales de la zona, podrás realizar algunas compras y sentarte en algún sitio caliente a tomar un té...

Theo se preguntó por qué ella estaba tan desesperada por cambiar de tema.

—Sophie, nadie da nada gratis y puedo intuir por la expresión de tu cara que la oferta de tu amigo conlleva algo más. ¿Qué es lo que pide? ¿Muchos intereses? ¿La casa como garantía? Yo tendría mucho cuidado en tomar dinero de un usurero —Theo se sintió acalorado al pensar en un oportunista aprovechándose de ella y sacándole hasta el último centavo. A él no le importaría darle el dinero, pero sabía que ella no lo aceptaría.

—¡Robert no es un usurero! De todas maneras, o es aburrido e inseguro o es un oportunista muy listo. ¡No puede ser ambas cosas a la vez! —objetó ella acaloradamente, arrepintiéndose de su metedura de pata.

—Yo nunca he dicho que fuese aburrido… Has sido tú la que lo has dicho. Interesante. Bueno, ¿qué es lo que tienes que darle a cambio del préstamo? —preguntó Theo, con una mezcla de cinismo y curiosidad.

—Deja de darle vueltas a lo que digo. Todo lo que te estoy diciendo es que si creo que lo necesito, tengo un salvavidas. ¡Y si he mencionado la palabra aburrido es porque ésa es la imagen que quieres crear de él cada vez que su nombre sale a relucir!

Theo se dio cuenta de que ella estaba hablando sin dejar nada claro, lo que aumentó su curiosidad.

—¿Entonces? —presionó él—. Tengo mucha experiencia en todo lo que se refiere al dinero, así que no me sorprende nada que esté relacionado con él.

—No haces más que echarte flores, ¿verdad? —dijo Sophie con aspereza—. ¿Existe algún área en la cual admitas que no eres bueno?

Theo consideró la escritura, excepto la más prosaica.

—He sido inteligente y he aprendido muchas cosas en el camino —dijo él, extendiendo las manos como queriendo decir no me culpes por ser bueno en todo.

Sophie simplemente asintió con la cabeza.

—Bueno, te diré cuál es la trampa, aunque nadie lo llamaría trampa —Sophie hizo una pausa—. Robert me ha propuesto…

—¿Te ha propuesto el qué?

—¡Me ha propuesto que nos casemos! —exclamó ella. ¿Era tan difícil entender que alguien le había pedido matrimonio?

—¡Estás bromeando!

—No. No estoy bromeando. Quizá pienses que lo sabes todo ya que eres muy listo porque aprendes muchas cosas, pero está claro que no conoces a las mujeres muy bien ya que sino sabrías que nunca bromean sobre propuestas de matrimonio.

Por alguna razón, a Theo le estaba costando aceptar lo que Sophie acababa de decir. No sabía por qué.

—¿Y…? —quiso saber él—. ¿Aceptaste su amable oferta?

Supongo que era una tentación demasiado grande como para resistirse.

Sophie dudó qué contestar; ya se estaba arrepintiendo de haberle confesado todo aquello.

—Lo estoy pensando —farfulló.

—No tenía ni idea de que tu relación con él fuese tan seria.

Sophie pensó que ella tampoco lo sabía.

—¿Y todo lo que quiere es casarse contigo? —interrogó Theo, frunciendo el ceño.

—Asombroso, ¿a que sí?

Theo miró a Sophie y pudo observar la expresión petulante que estaba poniendo... una expresión que podía llevar la paciencia de un hombre al límite.

—Pensándolo bien, no. Como ya te he dicho, es un chico inseguro... y la situación en la que te encuentras tú probablemente sea la única garantía que le haga sentirse un hombre —Theo sabía que aquello era muy arrogante, pero por alguna razón le parecía desagradable pensar en Sophie y en aquel tipo teniendo alguna clase de relación.

—¡Gracias por el cumplido!

—Seguramente sea uno de esos hombres que no pueden esperar para tener una familia...

—Oh, y eso es lo que todas las mujeres evitan... ¡un hombre de familia! Porque todas queremos un mujeriego ramplón.

—Normalmente acierto al analizar a las personas —Theo se encogió de hombros.

—¡Oh, claro! Otro de los prácticos talentos que has ido aprendiendo por el camino.

—Muy práctico —estuvo de acuerdo Theo, regocijándose por cómo ella no pudo evitar esconder el enfado que le causó que él ignorase su sarcasmo—. La vida es mucho más fácil si puedes analizar a la gente y cómo yo veo todo esto es que su propuesta te ha hecho pensar, pero... ¿sería suficiente decir que tú no lo amas? Porque si lo amaras, no tolerarías que lo describiera como a un pelele...

—Pero la verdad es que a mí tu opinión no me importa. Y de todas maneras, ¿qué es el amor? —se burló. A ella le habían hecho creer que era maravilloso. Sus padres habían tenido uno de esos

apasionados y duraderos romances y le habían dado la información errónea de que ella, algún día, disfrutaría de la misma clase de amor. Bueno, Sophie todavía estaba esperando. Hasta aquel momento, ni siquiera le habían roto el corazón. Nadie había sido tan significativo en su vida como para poder hacerlo. Ella se decía a sí misma que aquello era una buena cosa. ¿Quién quería que le rompieran el corazón? En aquel momento sería el colmo.

Y si no había amor… ¿por qué no podía ver el matrimonio como un negocio?

—¿Es éste el modo que tienes de convencerte para casarte con alguien a quien no amas?

—Este es el modo que tengo de contestarte —dijo entre dientes Sophie—. De todas maneras, si tú eres tan aficionado al tema del amor, ¿cómo es que no estás casado?

—Oh, tienes razón —contestó Theo con serenidad—. ¿Por qué no me enseñas el ordenador para que yo pueda comenzar a trabajar en este programa en cuanto restablezcan la electricidad?

—Oh —Sophie se sintió un poco decepcionada por el cambio de conversación. Entonces se apresuró a decirle que no tenía por qué involucrarse en aquella situación. Incluso le dijo que ella preferiría que no lo hiciera.

—¿Por qué? Te haría la vida mucho más fácil y sería un método mucho más eficiente de documentar todo esto.

—No te podría pagar…

Aquello hizo que Theo se enfadara mucho.

—No creo que te haya pedido que me pagues por ello —dijo fríamente.

—No estaría a gusto sabiendo que has tomado tiempo de tu trabajo para ayudarme —aclaró Sophie, levantando la barbilla—. No soy una obra de caridad.

—No, pero eres tonta.

—¡Perdona!

—A caballo regalado no le mires el diente —dijo Theo con dureza—. Me estoy ofreciendo a echarte una mano. Acéptala de buena manera.

—Pero como tú has dicho, nadie regala nada. ¿Cuál sería tu precio?

Theo la miró frunciendo el ceño. Sophie se dio cuenta de que esa

pregunta no había sido acertada, pero lo había dicho sin pensar.

—Considéralo un intercambio. Tu casa ha hecho maravillas en mi... libro y te debo dar algo a cambio —pero en ese momento le vino a la mente la imagen de ella pagándole con su cuerpo, tumbaba debajo de él, haciéndole retorcerse de placer...

Pero no podría ser. El nunca se involucraría con una mujer que tuviera una relación con otro hombre.

—¿Dónde lo... harías?

—¿Dónde haría... el qué?

—Instalar el programa en el ordenador —aclaró ella pacientemente—. Puedes trabajar aquí con nosotros, pero comparado con la casa está todo muy apretujado. Pero si lo prefieres no hay problema... las carpetas están por todas partes... —trató de imaginarse a Theo allí trabajando con ellos y sintió mariposas por la tripa.

—No. Me lo llevaré a la casa. ¿Hay algunas carpetas en el ordenador que preferirías que no viera?

—¿Como qué?

—Usa tu imaginación —dijo Theo con sequedad.

—No. ¡No! Sólo hay cosas de trabajo.

—Bien. Bueno, no habrá mejor momento —dijo Theo. Se levantó, así como también lo hizo Sophie. Se dirigieron al piso de encima de la oficina y a ella se le erizó el pelo de la nuca al sentir a Theo andando tan cerca de ella.

El piso era pequeño pero práctico. Tenía todo lo necesario para hacer la vida agradable, aunque sólo por pequeños espacios de tiempo. El ordenador estaba en un escritorio que había en la salita. Theo había pensado que sería un ordenador portátil... pero no lo era. Era tan grande como una televisión y él, con su pie todavía no recuperado del todo, sería incapaz de llevarlo a la casa.

—No lo pensé —dijo Sophie en voz baja—. Tu pie. Es demasiado peso para ti —observó cómo a él se le reflejó el orgullo en los ojos y sintió empatía por él—. ¿Cómo pasó? —preguntó, curiosa.

Theo se encogió de hombros y se sentó.

—Porque fui un idiota —dijo él. Sophie tomó una silla y se sentó a su lado—. Pensé que iba a poder ganar una carrera peligrosa, pero la naturaleza tenía una pequeña lección que darme. Y ahora... —dijo con desdén—....supongo que te daré pena.

—No creo que nadie sienta pena por ti, Theo —dijo ella sinceramente—. Eres demasiado... dominante —le dirigió una pícara sonrisa.

—Supongo que eso es una buena cosa... —murmuró él.

—Tiene sus... ventajas... —respondió Sophie—. Pedir bebidas en un bar lleno de gente... librarte de los pesados vendedores a domicilio... enseñarle a un perro ladrador quién es el dueño...

Theo sonrió, lo que hizo que ella casi se quedara sin aliento. De hecho, estaba segura de que, por unos segundos, había dejado de respirar...

—Entonces es útil.

—Sí, lo es.

—Pero no muy atractivo...

Todo lo que pudo hacer Sophie, que estaba pasmada, fue quedarse mirando la preciosa cara de él, que tenía una expresión más dulce debido a la leve sonrisa que estaba esbozando. Casi ni se dio cuenta de que se echó para delante, ni de que cerró los ojos, ni del suspiro que dio antes de besarlo.

Capítulo 6

FUE UN beso que denotó una pasión prohibida; fuerte y apremiante... vergonzosamente hambriento.

Theo se quedó sorprendido unos segundos, tras los cuales saboreó la dulzura de los labios de Sophie. No se movió. Fue ella la que se inclinó sobre él y gimió levemente cuando éste le acarició la cintura.

—Lo siento... —se disculpó ella cuando tuvo que parar para respirar, confusa y desorientada.

—¿El qué sientes? —Theo le estaba acariciando el pelo y, en vez de apartar su mano, atrajo a Sophie hacia sí y le besó el cuello, lo que hizo que ella se estremeciera. Él había decidido no hacer nada con ella, pues estaba relacionada con otro hombre, pero el beso que le había dado hizo que se le olvidaran todas aquellas intenciones. Todo vale en el amor y en la guerra y además, ella no podía tener una relación tan profunda con Robert cuando estaba dispuesta a estar con otro hombre. Él, que no había tenido contacto físico alguno durante mucho tiempo, tuvo que respirar profundamente para controlarse un poco.

—Esto no debería haber pasado —consternada por su propio comportamiento, Sophie trató de apartarse, pero la mano que tenía detrás sujetándola era como el acero. Cuanto más trataba ella de apartarse, más firmemente la sujetaba él. Al final, dejó de forcejear —. No estoy a gusto hablando contigo así. Me va a dar un tirón en la espalda en cualquier momento.

—Pero si te dejo te vas a marchar. Y entonces, la próxima vez que nos veamos, me dirás que debemos fingir que no ha pasado nada —dijo él, introduciéndole una mano por el jersey y acariciándole la espalda—. No tienes que escapar —murmuró—. Y no es bueno que finjas que no hay nada entre nosotros...

—¡Pero es que no hay nada… entre nosotros! Y por favor, ¿puedes dejar de hacer eso?

—¿Hacer qué? —Theo introdujo la mano por los pantalones de ella y agarró la parte superior de su ropa interior—. ¿Excitarte?

Sophie sintió cómo un escalofrío le recorría el cuerpo e hizo un último intento de alejarse de él.

—No debes… no debemos… No es… correcto…

—¿Por qué? ¿Porque hay un hombre en tu vida?

Sophie, que ni por un momento se había parado a pensar en Robert, farfulló algo totalmente inaudible. Su cabeza le pedía que buscara cualquier excusa para alejarse de aquello, pero su cuerpo estaba deseando todo lo contrario… estaba deseando que la tocara por todas partes.

—Sophie, no tienes una relación seria con él —murmuró Theo —. Ven y siéntate en mi regazo y te diré por qué…

Sophie nunca antes se había sentado en el regazo de un hombre. Bueno, suponía que se habría sentado en el de su padre cuando era pequeña, pero nunca en una situación como aquélla.

Mientras se dirigía hacia él, pensó que estaba en su mano marcharse de allí. Pero no lo hizo. Él la tomó y la sentó sobre él.

—¿No está mejor así? Y más calentito, ahora que no hay calefacción. Para mantenerse caliente lo mejor es el contacto físico. Te sorprendería saber el calor que desprendemos.

Sophie se perdió en la indecencia de los ojos de él… que eran de un verde muy puro y profundo. Sintió cómo se derretía su cuerpo y le acarició el pelo.

—Bueno… estaba diciendo… —Theo reposó su mano en el muslo de ella, masajeándolo suavemente por encima de los pantalones—. El chico… Robert… quizá te haya propuesto matrimonio y quizá, sólo quizá, se haya engañado a sí mismo pensando que os compenetraríais, pero tú sabes, y yo lo sé también, que ése no sería el caso, ¿no es así?

Sophie deseó que él no estuviera esperando que ella contestase a lo que acababa de decir ya que en aquel momento ella no podía decir nada coherente…

—Quiero decir que… —reflexionó Theo mientras que ella abría sus piernas levemente para dejarle subir la mano— a pesar de la historia que se ha creado de ser tu príncipe azul, ese hombre no te

conviene.

—Todas las chicas necesitan un príncipe azul… —Sophie dio un grito ahogado cuando él tomó la cremallera de su pantalón y comenzó a bajarla. Le introdujo la mano por debajo de su ropa interior y gimió de placer cuando ella se echó para atrás, con los ojos cerrados, disfrutando de la forma con la que él le acariciaba con sus dedos.

—Creo que deberíamos ir a algún sitio donde haya una cama —dijo él.

Sophie supo que aquélla era la última oportunidad que tenía para detener aquello. Podía utilizar la excusa que quisiera; ambos sabían lo que estaba pasando.

Sophie nunca había corrido riesgos. Cuando era una quinceañera nunca se reveló. Se contentaba con observar, manteniéndose al margen, mientras que otras chicas rompían las normas.

Ir con Theo sería el mayor riesgo que habría corrido.

—Vamos —Sophie se sorprendió a sí misma diciendo eso y besándolo en la boca.

Esas dos palabras supusieron un gran salto para ella. No era sólo que se fuera a acostar con él. No. Sabía que era mucho más que eso. Se iba a acostar con un hombre que apenas conocía. No había habido noviazgo, ni citas, ni romance, y era una situación que no iba a ninguna parte. ¡Estaba dispuesta a ir en contra de todo en lo que siempre había creído y tenía muchas ganas!

Mientras se dirigían a su dormitorio, pudo sentir cómo su excitación aumentaba. Cuando llegaron, se acercó a cerrar las cortinas. Tras hacerlo, al darse la vuelta, vio a Theo apoyado en la puerta de la habitación, mirándola.

—Es muy simple.

—Es perfecta —dijo él. Cuando ella comenzó a intentar quitarse el jersey, él le dijo que no lo hiciera y se acercó a ella—. El calor que desprendemos, ¿recuerdas?

—¿Qué… quieres decir? —aquello era una locura, pero él la estaba haciendo sentirse increíblemente sexy.

—Quiero decir que nos deberíamos desnudar… cuando estemos muy juntos…

La abrazó y ella pudo sentir la erección de él. Justo cuando creía que se iba a desmayar por el efecto de ésta sobre ella, él comenzó a

besarla… la besó apasionadamente.

Para Theo, la delicada disposición del cuerpo de Sophie fue como un bote salvavidas. Tras la muerte de Elena, se había sugestionado tanto con no sentir nada que no lo hacía. Daba igual si había una mujer irresistible delante de él; Theo no sentía ningún deseo hacia ella.

Incluso con Elena, el sexo no era parte del menú. La delicada fragilidad femenina de ésta no alentaba su lado más salvaje y por lo tanto había decidido esperar hasta que llegara el momento.

Hacía mucho tiempo que su cuerpo no estaba satisfecho. Hundió su cabeza en el pelo de Sophie y respiró la fragancia que éste desprendía.

Y, milagrosamente, no sintió que traicionara a nadie.

—Te llevaría en brazos a la cama, pero…

—Pero te gustaría ahorrarme el bochorno de ser la responsable de que acabes en el hospital con la espalda rota…

Theo se rió. Sophie tenía sentido del humor, lo que era una buena cosa. Significaba que no le estaba dando mayor importancia a todo aquello.

—Creo que en un caso como ése, los dos nos sentiríamos avergonzados —pero, en realidad, a Theo le hubiese encantado llevarla en brazos a la cama.

Pero lo que no le iba a permitir es que se quitara ella la ropa. Eso era una cosa que pretendía hacer él, para saborear la experiencia muy despacio.

Sophie estaba disfrutando mucho. Se preguntó cómo podía estar disfrutando tanto con un hombre que también era capaz de sacarla de quicio. Suspiró cuando él le bajó los pantalones.

Aunque había cerrado las cortinas, todavía se veía muy bien en la habitación. Sophie observó cómo se le marcaban los músculos en los brazos a Theo mientras le quitaba los pantalones y cómo, arrodillándose a los pies de su cama, se quitó el jersey. Tenía el cuerpo de un atleta, sin una pizca de grasa. Era perfecto. Por un momento pensó que todo aquello sería demasiado para ella, pero apartó ese pensamiento de su mente.

Más apremiante era el hecho de que su ropa interior no estaba a la altura. Estaba segura de que las mujeres con las que se había acostado él… ¡a saber cuántas habían sido!… llevaban una ropa

interior muy sexy, no como la suya.

Pero aquel pequeño problema duró sólo tres segundos, ya que él se colocó entre sus muslos y a ella se le olvidó todo. Para Theo fue muy difícil no dejarse llevar por lo que su cuerpo le pedía y satisfacerse a sí mismo, pero quería que ella disfrutara y ver cómo le respondía.

Respiró profundamente y se acercó a quitarle el jersey. Cuando lo hizo, pudo ver que no llevaba sujetador. Estaba deseando acariciarle los pechos, pero al hacerlo se dio cuenta de que quería hacerlo con la boca, quería satisfacer todos sus sentidos.

Para lo delgada que era, tenía unos pechos muy exuberantes, con unos grandes pezones muy bien definidos que Theo acarició, primero con sus dedos, hasta que la excitación que ella sentía hizo que estuvieran duros, y luego con su boca, con su lengua y con sus dientes.

Theo no podía parar de disfrutar del dulce sabor de los pechos de Sophie, que le pidió gimoteando que parara, que necesitaba que la penetrara.

—Todavía no —dijo él, que comenzó a besarla por la tripa, alrededor del ombligo. Pudo sentir la respiración entrecortada de ella y el alivio que sintió cuando él encontró con su lengua la protuberante semilla de su feminidad.

No se quedaría allí por mucho tiempo. Sabía que ella estaba a punto. Así como él. Cuando ella comenzó a estremecerse por el placer que le estaba causando su lengua, él se levantó y la penetró. La penetró de tal manera que les llevó a ambos al límite. El alivio que sintieron fue glorioso, espectacular.

Cuando finalmente él se tumbó a su lado, sus cuerpos estaban empapados en sudor. Theo quería preguntarle qué era lo que estaba pensando y se dio cuenta, incómodo, de que ésa era la pregunta que le solían hacer a él las mujeres. Y era una pregunta que siempre había encontrado irritante.

Movió a Sophie para que lo mirara y, suavemente, le apartó el pelo de la cara.

—¿Debimos hacer... lo que acabamos de hacer? —preguntó ella, que sintió cómo la ansiedad se apoderaba de su cuerpo. No. No se arrepentía de haber abandonado sus principios pero, como toda la gente de principios, no podía evitar preguntarse qué sería lo

siguiente que pasaría; el proceso lógico que justificara su comportamiento. Por un lado, deseaba que él le dijese que todo había sido un error, para así poder crearse su fortaleza.

Pero en vez de eso, él sonrió y levantó las cejas.

—¿Qué clase de pregunta es ésa? —dijo él, besándole una esquina de la boca, lo que hizo que Sophie obtuviera la respuesta que estaba buscando; hacer el amor con él había estado bien—. ¿Tienes miedo de que como amante tuyo comience a pedirte que me rebajes el alquiler? —bromeó él, besándola con más ganas y sintiéndose ridículamente satisfecho cuando ella le respondió.

—¿Tienes tú miedo de que como mi amante te comience a pedir más dinero por el alquiler?

—Sabes que lo haría...

—¿Hacer qué? Estaba de broma.

—Pagaría más... en otras palabras, lo suficiente para que arreglaras tus problemas económicos.

—Yo nunca, nunca te pediría que hicieras eso —Sophie se puso tensa.

—Sé que tú no lo pedirías. Te lo estoy ofreciendo yo.

—Gracias. Pero no, gracias —ella comenzó a tratar de apartarse, pero él la sujetaba con fuerza por los hombros, evitando que se marchara.

—Sophie, no pretendo que discutamos sobre esto. Era sólo una oferta. La has rechazado. Está bien. No insistiré con el tema —Theo estuvo tentado de hacerle ver la pequeña línea que separa el orgullo y la estupidez, pero no habría salido muy bien, aunque le enfurecía que ella considerase a Robert como a alguien a quien dirigirse en caso de necesidad. Pero aquello no era problema suyo.

—No soy una causa benéfica —a Sophie no le calmó aquello. Él no debía sugerir que la sacaría de sus apuros económicos. Fuera lo que fuese lo que habían tenido entre ellos, incluso si sólo duraba esa vez o una vez más, no quería que se estropeara por las tuercas y tornillos del día a día.

Y hablar de prestar dinero era lo peor.

—No creo que sea una buena idea que me ayudes con este programa de ordenador —prosiguió ella, preguntándose si prestar dinero era diferente a prestar tiempo o energía. Si la ayudara, ella se sentiría en deuda igualmente y eso la llevaría a sentirse muy

culpable. Culpable de estar haciendo algo que no debería hacer, culpable por sentir que la estaban utilizando, culpable porque no debería estar pasándoselo bien… no cuando su amado padre había muerto y había tantos problemas que resolver.

Theo sintió que podía leer los pensamientos de aquella mujer como si fuesen un libro abierto. O quizá era que su cara era tan transparente que expresaba todo lo que pensaba. Se quedó momentáneamente encantado ante el concepto de alguien incapaz de esconder sus sentimientos.

—Si tú lo dices —murmuró él, que sabía que si le llevaba la contraria sería demasiado para ella.

—Sí.

—Está bien.

Sophie frunció el ceño. Por lo menos no iban a discutir. Ella no quería discutir con él; quería pasárselo bien. Era perverso y no tenía sentido, pero no se lo iba a cuestionar.

—Bien —dijo ella firmemente. Se acurrucó en él, encantada al sentir el masculino cuerpo de él sobre el suyo. Ella no era la única a la que su cuerpo le respondía. Bajó su mano y acarició la excitación sexual de Theo, masajeándola suavemente, tras lo cual la acercó para presionar con ella su propio sexo, gimiendo suavemente al ver cómo él disfrutaba.

Theo no pudo hacer otra cosa que dejarse llevar por lo que le pedía el cuerpo. Aunque hacía el amor con la delicadeza de un maestro, siempre había una parte de sí que le permitía controlarse y permanecer distante. Era la misma parte de su cerebro que debería haberle permitido ignorar las caricias de Sophie y terminar la conversación cuando hubiese llegado a un punto satisfactorio para él. Pero no estaba funcionando en ese momento. No podía hacer otra cosa que tocar y sentir mientras que ella lo acariciaba, cada vez más rápido, hasta que no pudo evitar eyacular como un quinceañero incapaz de controlarse.

Agarró la mano de Sophie y gimió.

—Eres una bruja —dijo él, riéndose levemente. La hizo girarse para que estuviera sobre él—. ¿Te gusta así? —acercó la cara de ella a la suya y la besó. Mientras lo hacía, Sophie se introdujo el sexo de él dentro de su cuerpo, lo que la llenó de tanto placer que sintió que le faltaba el aliento.

Se arqueó sobre él para que sus pechos rozasen incitantemente su cara, provocando con sus pezones la boca de Theo, hasta que éste consiguió agarrar uno y chuparlo con fuerza mientras que ella se empezaba a mover más rápido.

Sophie no había hecho nada parecido antes. No tenía mucha experiencia sexual y desde luego que nunca se había excitado tanto como para dejarse llevar de aquella manera. Lo miró, observó lo guapo que era, y se estremeció al verlo chupándole los pechos.

El aroma a sexo impregnaba el aire como un dulce incienso. Sophie apenas se percató del sonido que hizo la calefacción central al empezar a funcionar de nuevo. Estaba perdida, absorbida por las sensaciones que estaba sintiendo.

Cuando ambos alcanzaron el clímax, ella se quedó agotada y sintiéndose un poco extraña. Se apartó de él, pero cuando fue a taparse con las sábanas él la detuvo.

—De ninguna manera. Quiero tumbarme aquí y verte desnuda —dijo él, acariciándole un pecho, jugueteando con su pezón.

Theo quería dejar claro que todas las preguntas sobre Robert habían sido contestadas. Por el bien de Sophie, tenía que evitar que se involucrase en una relación con el hombre equivocado y por razones equivocadas.

—¿Te gustaría decirme que ningún hombre te ha hecho sentir como yo acabo de hacer?

—Pues no —contestó Sophie, cuando la realidad era que ninguno lo había hecho. ¡Gracias a Dios que él no podía leerle la mente!—. Nos tenemos que levantar. No nos podemos quedar aquí todo el día.

—¿Por qué no? ¿Esperas a alguien?

—No, pero...

—Mm. Ya sé. Es muy decadente, ¿no es así? —murmuró él, divertido—. Quedarnos aquí tumbados durante el día... Hay que reconocer que en algún momento nos tendremos que vestir y tendremos que comer... A no ser que tengas algo en tu cocina, caso en el que sólo tendríamos que ir allí tal como estamos y comer algo... Pero eso sería demasiado excitante...

—Estás bromeando —Sophie se ruborizó porque el hecho de pensar en hacer eso le parecía lujurioso, lo que decía mucho de su excitante vida. Mientras que los jóvenes disfrutaban de su tiempo

libre paseándose desnudos por las cocinas con sus amantes, allí estaba ella, tan retraída como una solterona de cincuenta años.

Le invadió la curiosidad… ¿haría él aquello normalmente? ¿Se tomaría tiempo libre durante el día para hacer el amor? ¿Se quedaría tumbado en una cama con una mujer, levantándose sólo para comer? ¿Con qué mujer? ¿Con cuántas habría estado? ¿Y por qué no había ninguna en ese momento?

Sophie logró controlar la urgencia de preguntarle sobre esas cosas. Algo dentro de ella le decía que su creciente curiosidad la llevaría a una peligrosa necesidad de conocerlo y conocerlo no era parte del plan. Ya conocía demasiado de él. No en detalle, pero sí en general… conocía el hecho de que podía llegar a ser tan divertido y ocurrente como arrogante. Incluso su arrogancia tenía un absorbente encanto. Su inteligencia sobrepasaba a la de todos los hombres que había conocido, incluso a la de su padre, a quien ella siempre había considerado extremadamente inteligente.

—Me voy a dar un baño —dijo repentinamente, bajando sus piernas de la cama.

—Voy contigo —dijo él. Pero hacer que ella esperara era como tratar de mantener agua en la palma de su mano. Theo pudo sentir cómo se escabullía de sus manos, pero no iba a dejar que eso pasara. Tocarla y haberle hecho el amor le había dejado con la sensación de que necesitaba más. También necesitaba saber cuál era su postura con respecto a Robert, a quien no veía tanto como una amenaza sino como a una innecesaria irritación.

—Me puedo bañar sola —dijo Sophie, tratando de mantener una distancia apropiada y de atenuar la pequeña excitación que sufrió al pensar en aquel hombre tan poderoso bañándola.

Se le puso la carne de gallina en los brazos al levantarse de la cama, ya que la calefacción estaba sólo empezando a funcionar.

—Siéntate —le ordenó él cuando llegaron al baño.

Theo parecía enorme en el pequeño cuarto de baño. De repente, ella se sintió muy vulnerable, allí sentada en la taza del váter mientras que él preparaba la bañera, probando el agua y echando sales. Obviamente su nuevo rol de mujer decadente se limitaba al dormitorio. Una vez fuera de éste, volvía a ser como era siempre y se preguntó ansiosa si había hecho lo correcto.

—Deja de hacer eso ahora mismo —dijo Theo sin mirarla.

—¿Que deje de hacer qué?

—Que dejes de morderte el labio y de cruzar los brazos sobre el pecho preocupándote por lo que ha pasado entre nosotros —dijo, volviéndose para mirarla. Se acercó a ella y le apartó los brazos para poder mirar sus pechos sin reparo. Sophie tenía unos pechos preciosos. Él se podría pasar horas disfrutando con sólo mirarlos. Se arrodilló frente a ella y los tomó con ambas manos, sintiendo su peso y oyendo la respiración entrecortada de ella. Aunque pareciera mentira, podía volver a hacerle el amor. Pero en vez de eso, guardó la compostura y apartó sus ojos de los duros pezones de ella.

—Entra en la bañera.

Sophie pudo sentir cómo él la devoraba con la mirada mientras que ella se dirigía a la bañera y se metía dentro del agua, que estaba a la temperatura perfecta.

—Es mucho mejor en una bañera más grande —murmuró él—. Me podría meter contigo...

—¿Y lo haces? —preguntó Sophie—. ¿Te metes en bañeras con mujeres?

—No. No por regla general.

Theo tomó la esponja y comenzó a lavarle el cuello y la espalda. Era una experiencia maravillosa. Sophie cerró los ojos y se sentó con los pechos hacia arriba, para que él pudiese enjabonarlos.

—Ahora levántate.

Ella obedeció, con los ojos todavía medio cerrados. La sensación de ser frotada por todo el cuerpo con una cálida agua jabonosa era realmente exquisita. Theo lo hizo despacio, enjabonándole todo el cuerpo, apartándole las piernas para poder enjabonarle su parte más íntima una y otra vez, hasta que ella gritó de satisfacción.

Sophie nunca, nunca, ni siquiera en los recovecos más profundos de su mente, se podía haber imaginado que podría llegar a tener orgasmos de aquella manera, con un hombre mirándola, sacudiéndose descaradamente hasta lograr todo el placer posible y respirando profundamente de satisfacción.

Observó cómo él se levantaba y se acercaba para besarla. La había visto disfrutar de su experiencia más íntima y a ella no le espeluznaba. De hecho, sonrió y le dijo lo que él quería oír; que aquél había sido el baño más placentero que nunca se había dado. Lo abrazó por el cuello.

—Y te voy a devolver el placer, no te preocupes.

En poco menos de una hora después salieron del baño. Los ojos de Sophie echaban chispas. Comieron juntos, un poco de pan con queso, y bebieron vino. Hablaron. Theo trató de que ella se abriera, para así poder hablar de Robert.

Al final, en una atmósfera hogareña, con las tazas de café delante de ellos sentados en el pequeño salón, que era cálido y acogedor, Theo, tentativamente, sacó el tema de Robert.

—Soy un amante posesivo —le dijo—. Ni siquiera me gusta que otro hombre mire a mi mujer.

Mi mujer. Sonaba estupendo... hasta que Sophie se recordó a sí misma que aquello sólo era un escarcen, dos barcos que se habían encontrado en la noche para luego seguir sus propios caminos.

—Por el momento, Robert es sólo un amigo —dijo ella, colocando sus pies debajo del muslo de él.

A Theo no le gustó eso de por el momento, aunque rápidamente se dio cuenta de que lo que hiciera ella en un futuro con aquel hombre no era asunto suyo. Aquello era sólo una pasión momentánea.

—Al igual que esto es algo que ha pasado en el momento —añadió ella, aplastando el arrepentimiento que se estaba apoderando de ella—. Creo que ambos sabemos lo que hay —quería dejarle claro que no tenía que temer que ella se encaprichara de él. Ella era una mujer moderna, capaz de saber llevar una relación moderna, que significaba un sexo maravilloso y pleno sin preguntas de por medio. Sabía perfectamente que él se iría; justo dos semanas antes de que una pareja y sus hijos alquilaran la casa para Año Nuevo.

En ese momento más que nunca supo que Robert nunca ocuparía su corazón y se lo iba a decir. ¿Pero por qué dejárselo saber a Theo? ¿No tenían sus secretos las mujeres modernas?

—Disfruta del momento —murmuró él, acurrucándola en su pecho.

—Nunca creí que fuera a hacer eso —confesó ella—. Me refiero a tener una relación con un hombre sabiendo que no va a ninguna parte...

—Pero puedes conmigo... —a Theo no le gustó cómo sonaba eso, así como tampoco le gustaba que ella no echase a Robert de su

vida... otro ilógico pensamiento que apartó de su mente.

—Mmm —Sophie se dio la vuelta para abrazar a Theo por el cuello. Él se había puesto unos calzoncillos y ella una camiseta y la ropa interior—. No hay mañana para nosotros.

—Oh, creo que mañana seguro que sí —dijo él, arrastrando las palabras—. De hecho, puedo pensar en varias cosas que podíamos hacer mañana...

—Sí... —Sophie se rió— ¡Tú tienes que escribir y yo que trabajar!

—Nuestro trabajo... —dijo Theo, ladeándole la cabeza a ella para que lo mirara—. Voy a instalar el programa, Sophie, te guste o no, así que vas a tener que guardar tu orgullo en una caja y sacarlo otro día.

—No tendrás tiempo... no quiero interferir en tu trabajo.

—No te preocupes por... por eso... —le dijo él—. Me relajará. Desde luego que tendré que establecer una serie de disposiciones, esenciales para que instale el programa satisfactoriamente...

Pudo sentir cómo ella se reía y le invadió la satisfacción. Satisfacción y... paz.

—¿Qué disposiciones son ésas...?

—Oh, tener sexo en lugares poco corrientes y posiblemente a horas intempestivas... Paseos por la playa para que podamos hablar sobre el trabajo, sobre ordenadores y otros temas estimulantes como ésos... Que por lo menos cocines una vez para mí sin llevar nada encima... —Theo se preguntó de dónde habría sacado aquello último, pero tras decirlo se excitó muchísimo. Con un inquietante salto de su imaginación, pensó que nunca le podría haber pedido eso a Elena. Ella había despertado su excitación en otros aspectos, pero desde luego que nada parecido a aquel fiero deseo que le quemaba como ácido por las venas. Sophie ya estaba distrayéndole de sus pensamientos, jugueteando con él, recordándole toda la vida que había fuera, más allá del trabajo que había dominado sus días durante tantos meses.

Lo único que importaba era aquel momento. Acostumbrado a controlar el curso de su vida y de su futuro, Theo se dejó llevar...

Capítulo 7

SOPHIE sabía que estaba jugando con fuego. Se daba cuenta de ello cada vez que estaba con él... cada vez que aquellos impresionantes ojos verdes recorrían su cuerpo, cada vez que lo acariciaba. Incluso cuando no había contacto físico entre ellos, cuando paseaban por el pueblo, con un montón de capas de ropa encima para combatir el frío que hacía, aun así ella se sentía tentada por él.

Theo Andreou no era la clase de hombre con el que ella debería tener una relación. Pero, después de todo, sólo se vive una vez y... ¿para qué perder el tiempo persiguiendo lo correcto cuando uno se puede divertir tanto con un poco de lo malo? Eran dos adultos que querían divertirse.

Cuando Sophie lo miraba de esa manera, se convencía de que estaba haciendo lo correcto. Pero, cada vez más, desagradables pensamientos estaban empezando a estropear la intachable fachada de la relación sin ataduras que tenían.

Cuando no estaba con él, lo echaba en falta y se preguntaba por un futuro que no estaba en las cartas. Descubrió que la única manera de sobrellevar el no verlo cuando todo aquello terminase sería apartarlo de su mente. Algo dentro de ella le decía que tenía que renunciar, que los tipos como Theo estaban a otro nivel que ella... pero no hacía caso.

Se convenció a sí misma de que aquello estaba bien, de que el pequeño mundo que habían creado alrededor suyo a medida que una semana se convirtió en dos y dos en tres... y tres en cuatro era absolutamente maravilloso. Trató de consolarse diciéndose a sí misma que era la forma en la que la gente joven se divertía y disfrutaba de la vida. No había preguntas sobre matrimonio ni compromisos, sólo se trataba de disfrutar con la otra persona

mientras que durase.

Y Theo nunca le dio ninguna indicación de que las cosas no se estropearían cuando él se marchara de Cornwall.

Como una adicta disfrutando de un tabú, Sophie podía darse cuenta de lo peligroso de su situación, pero aun así quería más de lo mismo.

De todas maneras, aquella noche pretendía hacer una pregunta que sabía sería incómoda. La ayudaría el hecho de que cenarían fuera ya que con sólo que él la tocara perdía todas sus buenas intenciones.

Se miró de nuevo en el espejo para asegurarse de que estaba bien, aunque Theo jamás le había dicho otra cosa que no fuera que era guapa. De hecho, él tenía la habilidad de hacerla sentirse especial, sólo tenía ojos para ella, lo que ella sabía que era un regalo que le hacía ya que ella no era ninguna supermodelo.

Cuando pensó en lo especial que él le hacía sentir, casi mágica, se rió. Salió de su casa. Hacía un frío helador y un viento que se colaba hasta los huesos. Normalmente habría sido Theo el que hubiese ido a buscarla en su coche, pero ella había querido encontrarse con él en el restaurante.

Cuando llegó, lo vio cómodamente sentado en el bar y mirando hacia la puerta con el ceño fruncido.

El restaurante era uno de los más populares de la zona y ella se preguntó cómo habría logrado reservar una mesa con tan poco tiempo de antelación. Pero Theo tenía un raro don para conseguir lo que quería.

—Te dije que deberías haber venido conmigo —gruñó él tan pronto como ella se sentó a su lado.

—Es una manera muy agradable de recibirme... —bromeó Sophie— teniendo en cuenta que no me has visto durante un par de días —aquélla era otra de sus preocupaciones; tratar de mantener contacto con la independencia que parecía estar dejando atrás. Había pasado dos noches con sus amigos de la universidad y, aparte del hecho de que había estado pensando constantemente en Theo, se lo había pasado estupendamente.

—Hace un frío helador en la calle —dijo Theo, ignorando la interrupción de ella—. Acabarás en un hospital con neumonía. Supongo que has venido en autobús en vez de en taxi, ¿no es así?

—No tienes por qué preocuparte por mí, Theo —dijo Sophie, apoyando un codo en la barra del bar y mirando la cara de éste con gran placer—. Estoy acostumbrada a ir en autobús. Algunos lo estamos.

—No vas a empezar a despotricar sobre los ricos y los pobres, ¿verdad que no?

—Preferiría beber una copa de vino, pero si quieres que empiece a despotricar…

Theo sonrió a regañadientes, sintiéndose relajado tras un día muy estresante. Una mujer que le había estado persiguiendo antes de que se marchara de Londres lo había llamado tres veces para, a pesar de la evidente falta de interés de él, invitarle a una fiesta de Navidad. Obviamente había sido Gloria la que le había dado el número de teléfono de la casa, quizá pensando que él necesitaba un poco de compañía para no estar tan sólo. Tendría que hablar con ella sobre eso.

Además, dos peliagudas reuniones en Hong Kong tenían que celebrarse. Podrían esperar hasta después de navidades, pero la perspectiva de la normalidad y todo lo que ello conllevaba, le habían puesto de mal humor.

Para empeorar las cosas, Sophie había estado fuera, divirtiéndose y haciendo lo que Dios sabría.

—¿Cómo te las has arreglado para conseguir una mesa? —preguntó ella, mirando a su alrededor y observando lo arreglada que iba la gente. Theo iba vestido con unos pantalones oscuros y una camisa color crema de Ralph Lauren, acorde con el resto de los comensales. Ella se sentía muy a gusto con él, pero a la vez se daba cuenta de lo poco apropiado que era para él. ¿Por qué? ¿Porque estaba en otra órbita que ella? ¿0 porque ella sabía que la información que daba él de sí mismo era insuficiente?

Su mesa estaba al fondo del restaurante, rodeada de plantas.

Theo se había percatado de que Sophie no se había dado cuenta de lo rico que era. Sabía que aquella noche ella se ofrecería a pagar la mitad de la cuenta. El le diría que era mucho menos dinero de lo que él esperaba y que debería seguirle la corriente aceptando su generosidad.

Había utilizado esa excusa muchas veces. A veces ella lo aceptaba, pero otras veces insistía en darle dinero y, cuando podía,

él le volvía a meter de nuevo en el bolso.

Y, a diferencia de cualquier otra mujer que había conocido, Sophie nunca esperaba nada de él. Varias veces, mientras paseaban por alguno de los pueblos que habían visitado, él se había ofrecido a comprarle algo que ella había visto en un escaparate y que le había gustado. Pero ella siempre se había negado. Theo se preguntó si actuaría así por su naturaleza, pero no podía creérselo; no había ninguna mujer sobre la faz de la tierra que no aceptara regalos de un hombre. Sophie no podía ser diferente. Era sólo que no tenía idea de lo rico que era él. Si lo supiera, entonces aceptaría gustosa sus regalos.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? —Sophie, observando la expresión distante de Theo, sintió que le invadía el miedo y se preguntó si aquello sería el principio de la pérdida de interés de él por ella. Le había estado contando un cotilleo del pueblo—. Tenías la mente en otra parte, Theo.

—Oh, ¿sí...? —Theo le dirigió una de sus largas sonrisas, dirigidas a decirle que cuando estaba con ella no había ni un segundo que no estuviera centrado en ella, aunque no lo pareciese.

—¿Es por eso que sé perfectamente lo que me estabas contando sobre Jane y Henry Glover y el pequeño escándalo que han armado?

Sophie le sonrió a él a su vez, tontamente aliviada. Se quedó todavía más aliviada cuando él le tomó la mano.

A veces sentía como si tuvieran algo que pudiese ir a algún sitio, que su relación sentimental podría funcionar. Y en ese momento lo sintió. Cuando él la miraba como si pudiese leerle el alma, ella no podía evitar pensar que él sentía por ella lo mismo que ella por él.

De repente se preguntó qué era lo que en realidad sentía por él. La imagen de ella como mujer del siglo XXI y disfrutando de una relación que no iba a ninguna parte, sólo basada en divertirse, se evaporó por la ventana como si fuese humo.

Y entonces vio una imagen más real; la de una mujer enamorada. ¡No deseaba verlo cuando no estaba con él ni lo echaba de menos porque le atrajera su cuerpo! Ni tampoco se reía ante las cosas que él decía, ni confiaba en él y ni compartía sus cosas porque fuera sexy. Era una mujer diferente cuando estaba con él porque había hecho lo inconcebible y se había enamorado de él.

Pudo sentir cómo se quedaba pálida. Cuando les trajeron la comida, algunos comensales miraron a su mesa, sonriendo, quizá pensando que la pareja a la que miraban estaba celebrando algo memorable.

Sophie pensó, con un gran optimismo, ¡que tal vez lo estuvieran haciendo! Sonrió, ruborizada, y levantó su copa para brindar, pensando que quizá, sólo quizá, aquel maravilloso champán era un símbolo de lo que su subconsciente le estaba diciendo a Theo; que había algo que celebrar, que lo suyo no era sólo un romance pasajero, sino que era algo verdadero y substancial que merecía la pena celebrar.

—Esta comida... —dijo él entre bocado y bocado— no he comido nada en Londres que esté más bueno.

—Cuéntame dónde vives —pidió ella ya que cada vez que habían tocado brevemente algún aspecto de su vida, Theo había cambiado de tema. Estaba dispuesta a que no pasara en aquella ocasión. Quería averiguarlo todo sobre aquel hombre fue le había robado el corazón contra su voluntad. El sabía mucho más de ella que ella de él.

—Ya sabes dónde vivo —dijo él abruptamente.

—Sí, en Londres. ¿Pero cómo es tu casa?

Hablar sobre Londres y sobre su casa le recordó a Theo la lúgubre realidad que le esperaba en menos de tres semanas. No había tenido planeado quedarse en Cornwall tanto tiempo como estaba haciendo, pero estaba allí todavía y con intención de quedarse hasta el final sin pensar en Londres. Pero Sophie no se daba por vencida fácilmente y a regañadientes le contestó brevemente. Vivía en un moderno apartamento, no dijo ni cómo era ni dónde estaba. Se rió cuando ella bromeó sobre la casa, preguntándose en alto cómo él podía disfrutar de algo tan distinto a lo que estaba acostumbrado.

—La variedad es la salsa de la vida —dijo él, echándose para atrás en su silla y observando la expresiva cara de Sophie.

—Me encantaría vivir en Londres, por lo menos por un tiempo —dijo ella con nostalgia.

—Lo odiarías.

Sophie, que se había imaginado explorar Londres con él, avanzando algunos pasos para conocerse mejor, fue abruptamente

devuelta a la realidad por el carácter definitivo de la voz de él.

—¿Por qué dices eso? —preguntó.

—Porque está lleno de gente, de polución y es muy solitario.

—En tal caso... ¿por qué vives allí? —Sophie se echó para atrás mientras que la camarera les servía los segundos platos.

—Porque me he acostumbrado a estar entre mucha gente, con polución, y a la soledad.

Sophie se rió y comenzó a comer su segundo plato. No se podía imaginar a Theo sintiéndose solo. Era demasiado carismático como para sentirse así.

—Por otro lado, tú estás acostumbrada a los espacios abiertos y a paisajes preciosos.

—Pero la variedad es la salsa de la vida —Sophie repitió lo que había dicho él y él asintió con la cabeza—. A veces, Cornwall no es precisamente perfecto. Lo que quiero decir es que es precioso en invierno —dudó unos segundos tras los cuales lo miró directamente a los ojos—. Lo que me lleva al día de Navidad. ¿Tienes planeado volver a Londres? Supongo que tendrás amigos y familia con los que quieras compartir ese día...

Sophie aguantó la respiración. Aquélla era la pregunta que había planeado hacerle cuando salió de su piso y, supersticiosamente, creía que la respuesta correcta indicaría si tenían futuro o no. Si él decidía quedarse o la invitaba a ir a Londres con él, entonces quizá tuviesen futuro. No quiso pensar en la otra posibilidad.

Theo se quedó mirándola en silencio durante un largo rato. Su madre quería que fuera a Grecia por navidades, así como el resto de su numerosa familia. Muchos amigos suyos le habían invitado a fiestas. Pero para Theo, el día de Navidad era un día para pasar en familia y mientras que normalmente regresaba a Grecia durante un par de días, ese año no tenía mucha intención de hacerlo. Tampoco le apetecía irse de vacaciones solo y practicar algún deporte de riesgo. Menos aún le apetecía pasar las navidades en compañía de la mujer que lo había llamado tres veces aquel mismo día.

De hecho, en aquel momento, no había nada que le apeteciera más que quedarse allí. Tenía que reconocer que se lo estaban pasando muy bien.

Negó con la cabeza, despacio, pensativo y a Sophie el estómago le dio un vuelco de alegría.

—¿Estás seguro? —preguntó un poco ansiosa, ya que todo lo bueno tenía su trampa. Pero él asintió con la cabeza, diciéndole que el aire puro y la vida apacible le vendrían bien. Todo lo demás podía esperar un tiempo.

A Sophie le invadió un poco de esperanza. Iban a pasar juntos las navidades, irían de compras, pondrían un árbol de Navidad, lo que no había pretendido hacer debido al duelo por su padre. Pero, después de todo... el hecho de que él tuviese ganas de pasar aquellas fechas tan importantes con ella era una señal más que suficiente de alguna clase de compromiso, fuera lo que fuera lo que hubiese dicho en el pasado.

Sophie se pasó el resto de la noche como en una nube. Comenzó a imaginarse la conversación que mantendrían alrededor del árbol de Navidad y le agradó mucho cuando él le contó un poco de su pasado... sobre las navidades que pasó cuando era niño y sobre cómo lo celebraban en Grecia.

Cuando Sophie miró a su alrededor, se dio cuenta de que la botella de champán ya se había acabado y de que la mayoría de las mesas estaban vacías. Y cuando, todavía flotando en su nube, se marcharon del restaurante, vieron que estaba nevando. No era una gran nevada. Sólo unos pequeños copos flotando como si fueran pétalos de flores.

Theo la guió hasta su coche y le dijo que pasaría la noche en la casa con él. Sophie, tras haberse bebido media botella de champán, no tenía ningún problema... de hecho, estaba deseando.

Pensó satisfecha que él también lo estaba deseando.

Cuando llegaron a la casa y cerraron la puerta tras ellos, Theo ya se había quitado el abrigo y la chaqueta y se estaba desabrochando la bragueta de sus pantalones.

Sophie todavía no se había acostumbrado a verlo desnudo. Sabía que a él su fascinación le parecía graciosa; de hecho, se lo había dicho varias veces, pero ella no podía dejar de mirarlo.

Llegaron al dormitorio justo cuando ambos se despojaron de toda la ropa.

Cada vez que hacían el amor era como una experiencia nueva de excitación, pero aquella noche fue diferente. Ella podía sentir una ternura entre ellos y se preguntó si él también la sentiría. Sabía dónde radicaba la diferencia para ella. No tenía nada que ver con el

acto físico que, mientras que él se movía dentro de ella, la tocaba con las manos, con sus dedos, con su boca y lengua, fue tan satisfactorio como siempre. La diferencia era que ella había descubierto lo que realmente sentía por él y el amor había hecho que experimentase una nueva dimensión en su pasión.

Tras alcanzar el clímax, agotada, se dio la vuelta y le acarició el cuello.

—¿Estás contento? —murmuró ella, todavía deleitada por la luminiscencia de saber que él quería pasar las navidades con ella.

Theo frunció el ceño y se preguntó por qué le preguntaría aquello, aunque, si pensaba en ello, sí que lo estaba. En aquel momento estaba contento. Y era un logro sorprendente, teniendo en cuenta todo lo que había pasado.

Pero… parecía una pregunta extraña y estaba pensando en cómo contestar cuando oyeron que llamaban a la puerta. Llamaron con mucha fuerza, pero en vez de levantarse corriendo, Theo y Sophie se quedaron mirando el uno al otro desconcertados.

—Alguien no se ha dado cuenta de que la casa está alquilada —dijo Theo con sequedad. Pero de repente le cruzó la mente un pensamiento que no le gustó—. Si es tú ex, líbrate de él.

Desde que Theo había aparecido en su vida, Sophie se había ido alejando más y más de Robert. Al principio puso la excusa de que necesitaba tiempo para pensar en lo que le había propuesto. Después, cuando él le había presionado para que le diera una respuesta, ella había atrasado lo inevitable, sintiéndose culpable por no dejarle las cosas claras, pero sin querer herirlo más de lo que ya lo había hecho.

¿Qué podría ser más devastador para el ego de un hombre que el saber que la mujer con la que pretendía casarse estaba más interesada en un extraño que apenas conocía?

Cuando, hacía unos días, él le había dicho que se iba a marchar a ver a sus padres de nuevo, ella se quedó muy aliviada. También le alivió que él no mencionara nada sobre el matrimonio.

Cuando Theo le había preguntado dónde estaba Robert, ella había sido muy imprecisa. Éste había asumido, cuando su relación se convirtió en física, que Robert no estaría cerca de ella y ella no lo había negado porque técnicamente era cierto. Cheltenham no estaba cerca de Cornwall. Tampoco le había querido dar a Theo la

satisfacción de saber que él era el responsable de que otro hombre hubiera salido de su vida.

Pero en aquel momento, si era Robert el que estaba abajo… ¿qué otra persona podía ser a las doce y media de la noche?… le aclararía las cosas de una vez y con Theo de testigo.

—Yo me ocuparé de esto —dijo, poniéndose el albornoz de Theo —. Por favor, no montes un número.

—Depende de cómo manejes la situación —crispó Theo, sacando lo primero que tomó del cajón; unos calzoncillos y una camiseta.

Dentro de sí había sabido que Robert no había desaparecido de la vida de ella, por lo menos no en la forma que le importaba. Pero se había convencido a sí mismo de que no debía preocuparse. Sophie y él estaban disfrutando de un breve romance y, mientras que estuviesen juntos, esperaba… no, exigía… ser el único hombre en su vida. Pero no podía pedirle que lo apartara de su vida para así disfrutar de su breve contacto.

Imaginándose a Robert de vuelta en escena y montado un número, se dio cuenta de que realmente le importaba que ella no hubiese aceptado a aquel hombre.

Sophie sintió cómo él la seguía hacia la puerta principal. Estaba convencida de que todo el pueblo estaba oyendo cómo llamaban a su puerta y no quería que cuando fuera a comprar el pan la miraran con mala cara. Se dio cuenta de que vivir en aquel pequeño pueblo en el que había crecido ya no tenía los encantos que tuvo cuando su padre vivía. Él había sido el que la había mantenido allí, en el lugar donde nació. Pero él ya no estaba y no tenía parientes, así que no había razón para que ella se quedara a vivir allí. Era cierto que todo el mundo la conocía desde pequeña. Estaba muy familiarizada con todo aquello. Pero con veintiséis años, el concepto de familiaridad parecía muy pobre comparado con el de excitación.

Londres era excitante. ¡La gran ciudad! Theo también era excitante. Se lo iba a decir a Robert de una vez por todas. Que fuese cual fuese la pequeña relación que hubieran tenido se había acabado. Que de ninguna manera se podría casar con él. Quizá incluso le revelaría su decisión de marcharse de Cornwall, tan pronto como los asuntos de su padre se resolvieran, para irse a Londres, donde podría terminar sus prácticas de enseñanza. Estaba segura de aquello y le haría saber a Theo que existía la posibilidad

de que su relación continuase más allá de su estancia en Cornwall. Cabía la posibilidad de que ella se convirtiera en parte de su vida en Londres.

—Simplemente líbrate de él —Theo la agarró por el brazo—. No deberías haberle dejado tener esperanzas. Ambos sabemos que no sientes nada por él.

—¡Claro que siento algo por Robert! —se defendió ella acaloradamente.

—Te gusta —Theo se encogió de hombros, pero sus ojos echaban chispas—. A mí me gusta mi sastre, pero eso no significa que me vaya a casar con él.

—¿Tienes un sastre? —preguntó Sophie, distraída por aquello—. ¿Cómo demonios un escritor se puede permitir tener un sastre? ¡Quizá debería abandonar mis estudios y hacer un curso de escritura creativa!

En ese momento volvieron a llamar a la puerta y Sophie corrió hacia ella. Se sintió agitada y extrañamente curiosa por lo que se iba a encontrar. Abrió la puerta y se quedó helada. El frío que entró acabó con sus sueños.

Más tarde, cuando intentaba recordar aquel preciso momento, se preguntó quién había sido el más sorprendido ante la persona que estaba allí de pie soportando el viento helado de la noche. La forma en la que Theo respiró reflejaba lo sorprendido que estaba.

—¿Qué demonios haces aquí?

Aquella mujer rubia, miró a Sophie brevemente antes de dirigir su azul mirada hacia Theo. Estaba completamente lívida.

—¡He estado horas intentando encontrar este lugar!

Sophie cerró la puerta tras ellos y se dio cuenta de lo inadecuado de su atuendo, algo de lo que aquella mujer no parecía haberse percatado ya que lo que quería era escapar del horrible frío.

Aquella rubia volvió a mirar a Sophie y luego a Theo, para volver a mirar de nuevo a Sophie, todo esto en un par de segundos.

Theo fue el que rompió con el silencio que imperaba. Volvió a repetir la pregunta en un tono muy serio.

—He venido… —dijo la mujer—. … para buscarte. Pensé que querrías un poco de compañía durante las navidades. ¡Obviamente estaba equivocada! ¡Obviamente, pobre de ti que estás de duelo y te has buscado una muchacha del pueblo para que te acompañe!

—¿Quién eres? —preguntó Sophie, realmente confundida.

La mujer la miró. Estaba claro que era modelo, tenía un pelo perfecto que mantenía intacto aunque había sufrido los avatares del tiempo.

—No creo que nadie te haya invitado a venir aquí, Yvonne. Hay un hostal en el pueblo. Te voy a reservar una habitación y mañana podrás volver a Londres. Me temo que has hecho el viaje en balde —dijo Theo en un tono extremadamente frío. Fue muy duro.

¿Era aquél el mismo hombre divertido, cálido y sexy con el que acababa de tener sexo salvaje?» La voz con la que habló hizo que a ella le recorriera un escalofrío por la espina dorsal.

¿Y quién demonios era aquella mujer de belleza despampanante? ¿Una ex? ¿0 una amante actual de la que ella no sabía nada?»

De repente, Sophie se dio cuenta de lo poco que sabía del hombre del que se había enamorado. Él le había contado muy poco sobre su pasado. Desde luego que no le había mencionado a una rubia alta que parecía como si fuera a posar para la portada de la revista bogue.

—Yo soy Sophie —dijo, tendiéndole la mano. La rubia le tomó la mano sorprendida—. ¿Y tú eres...? —sabía que Theo la estaba mirando, acariciándose el pelo, frustrado y enfadado.

—Yvonne Shulz.

—Pasa. Te haré una taza de té...

Capítulo 8

AUNQUE no había puesto el despertador, a la mañana siguiente Sophie se despertó a las ocho y media. Iba a ir a la casa para hablar con Theo, para que le respondiese a sus preguntas.

Debía haberle contestado la noche anterior. Contestó a algunas, pero no a todas.

Al pensar en Yvonne y en lo que había ocurrido, le dio un escalofrío. Le habría gustado preguntarle muchas cosas, pero Theo había tenido otras ideas y a ella no le apetecía quedarse allí mientras que su amante hablaba a solas con su ex o quien fuera que fuese.

No podía entender cómo éste había logrado sacar a Yvonne de su casa sin tener que levantar la voz. Ella había protestado, pero no por mucho tiempo. Sólo fue cuando empezó a llorar que se dio la vuelta y se dirigió a Sophie dándole la información que todavía no se podía creer.

¡Theo no era escritor! Sophie no podía recordar muy bien qué compañía era la que poseía, quizá eran varias, pero era muy rico. Era un hombre muy importante en Londres que siempre tenía mujeres a su disposición. Excepto porque... y aquí es donde todo se confundió un poco ya que Yvonne se estaba marchando hacia su coche... Theo no estaba con ninguna mujer ya que no le interesaban. Sophie se preguntaba qué habría querido decir con aquello.

De hecho, se había pasado la mayor parte de la noche preguntándoselo. ¿Por qué se habría retirado Theo a aquel rincón del mundo haciéndose pasar por escritor? ¿Sería porque tenía dudas sobre su sexualidad y necesitaba un descanso de todas las mujeres bellas que aparentemente no tenían otra cosa mejor que hacer en Londres que perseguirle? ¡Eso sería una prueba para un hombre que

tiene dudas sobre su sexualidad! No tenía claro el papel que ella jugaba en todo aquello, pero quizá no tenía ningún papel, quizá era sólo alguien con quien llenar el vacío mientras que estaba confundido.

Estaba enfadada consigo misma por haberse creído la historia de que él era escritor. Trató de calmarse respirando profundamente.

Recordó cómo Theo había llevado a Yvonne hasta su coche, la había empujado dentro e hizo que le esperara hasta que él tomara su abrigo y la acompañara hasta el hostal más cercano. Por encima del hombro, le dijo a ella que regresara a su casa, que era muy tarde para comenzar a discutir y que volviese por la mañana.

Sophie lo había mirado y apenas reconoció al hombre que amaba. Él era un extraño. Un extraño, con un extraño pasado, que le había mentido.

Cerró los ojos con fuerza y apretó los puños. Una parte de ella quería desaparecer hasta que él se hubiese marchado. Pero otra parte necesitaba averiguar lo que estaba sucediendo. Había sido una tonta, de eso no había duda, pero necesitaba saber hasta qué punto.

Lo único que la consolaba era el hecho de que no le había llegado a decir que quería proseguir con la relación que tenían una vez que él regresara a Londres.

La ponía enferma pensar que había estado a punto de contarle cómo se sentía. No fue hasta después de las nueve que se levantó de la cama. Cuando miró por la ventana descubrió que estaba nevando de una manera más intensa que la noche anterior. Dios sabría cómo iba Yvonne a llegar a Londres pero, pensó con amargura, Theo era un hombre rico y podría arreglarlo. ¡Probablemente hasta tendría su propio helicóptero para situaciones como aquélla!

Le había dicho, de manera cortante, que iba a estar en casa todo el día. Pero ella no iba a esperar. Iba a ir a verlo. Le diría que podía ponerse en contacto con la agencia inmobiliaria si necesitaba algo. O también podía pedir lo que fuera a través de Catherine o de Annie. No sería necesario que se volvieran a ver, ella no tenía ninguna intención de que así fuera. Simplemente quería que le respondiese a sus preguntas para así poder pasar página a aquel desafortunado episodio.

Se vistió abrigándose mucho. Finalmente se puso su abrigo negro, que estaría empapado para cuando llegara a la casa de él,

pero se había olvidado allí su impermeable.

Por primera vez tuvo miedo de verlo. A medida que se iba acercando a la casa iba andando más despacio. Cuando por fin llegó, tuvo que respirar profundamente para tratar de calmarse.

Empezó a nevar con más fuerza. No podría esperar allí fuera indefinidamente, tratando de encontrar el coraje para enfrentarse a él, ya que si lo hacía, acabaría ingresada en el hospital con neumonía. Respiró profundamente, se acercó a la puerta y llamó.

Theo respondió casi inmediatamente y a ella le gratificó darse cuenta de que él no tenía muy buen aspecto. Pasó por su lado y se paró en el pasillo, donde se dio la vuelta y lo miró inexpresiva.

—¿Conseguiste que Yvonne se pudiese quedar en un hostal? —preguntó ella educadamente. Theo frunció el ceño.

—Sophie, no tienes que ser tan... ¡maldita sea!... educada. No es que no nos conozcamos...

—Oh, pero no nos conocemos, ¿no es verdad? —Sophie no podía haber imaginado una mejor manera de recordarle por qué estaba allí y por qué se sentía como se estaba sintiendo.

—Mira, vamos a la cocina. ¿Has desayunado? Yo no. He tenido una noche horrorosa.

—Pobre Theo. Me imagino que debe ser repugnante cuando tu pasado salta sobre ti y te agarra por la garganta —dijo ella en un tono frío como el hielo y empalagosamente dulce.

Theo no respondió. Se metió en la cocina y, tras unos segundos, Sophie le siguió a regañadientes.

Lo más duro y doloroso fue recordar todas las veces que se habían sentado en la mesa de la cocina y habían tenido muchas conversaciones, tocándose mutuamente.

Se sentó y observó cómo él preparaba café. No dijo nada cuando le puso una taza delante y se sentó frente a ella.

—¿Por qué te has molestado en venir si te disgusto tanto? —preguntó él.

—Necesito saber a quién le he alquilado mi casa. Con precisión.

—¿Porque crees que no te voy a pagar el alquiler?

—Oh, no. No es eso —dijo Sophie mordazmente—. ¿Por qué irías a no pagarme cuando según parece eres el señor Dinero? Probablemente podrías comprar esta casa por su precio multiplicado por tres, así que alquilarla no es nada para ti —le

costó contener las lágrimas, lágrimas de dolor y resentimiento. No podía mirarlo. No podía mirar aquella cara preciosa y sexy que había hecho que toda ella, incluso su corazón, se derritiera.

—No me voy a disculpar por tener dinero.

—¡Yo no te estoy pidiendo que lo hagas! ¡Sólo quiero saber por qué me mentiste! ¿Por qué te inventaste esa estúpida historia de que eras escritor?

—No... no fue mi intención —dijo Theo con fuerza. Se levantó y se apoyó en el fregadero con los brazos cruzados. Ella parecía destrozada. Había descubierto en la peor de las circunstancias que él no era el hombre que había aparentado ser.

Tenía que poner distancia entre ellos porque lo que le provocaba hacer era arrodillarse ante ella y tomarle la mano. Pero no podía hacerlo. Ella probablemente le rompería la cabeza y, si él le tomaba la mano, le diría que todo iba a salir bien, pero eso sería otra mentira porque todo no iba a salir bien. Las cosas ya no volverían a ser lo mismo.

Maldijo a Yvonne por centésima vez. Había sido muy persistente en Londres y él debía habérsela quitado de encima de una manera más clara. Pero en vez de eso había sido educado, eludiendo de manera imprecisa las peticiones de ella de que debían tener una cita. Había utilizado excusas en vez de decirle directamente que no estaba interesado.

Se había pasado la noche entera recordando el momento en que Sophie había abierto la puerta. Incluso podía recordar lo que estaba pensando en ese preciso momento... que seguro que sería el ex de ella. Recordaba los celos que le recorrieron el cuerpo.

Ver a Yvonne le causó una gran impresión. Le había telefoneado, le había dejado un par de mensajes, pero no había insinuado que pretendiera acercarse a la casa.

—¿No? —dijo Sophie, levantando las cejas—. ¿Quieres decir que ocurrió contra tu voluntad? Nunca pretendiste fabricar una historia como ésa, pero cuando hablaste con la agencia inmobiliaria, de repente viste cómo tu boca hablaba por sí sola.

—Yo no reservé esta casa —confesó Theo—. De hecho, nunca había estado aquí.

—¿Entonces quién...?

—Mi asistente personal. Se acercó para echar un vistazo y

asegurarse de que...

—¿De que no era un basurero? —añadió ella.

—Algo así.

Sophie asimiló aquello. El hombre que se había ganado su corazón con su humor y con su inteligencia, que aparentaba ser sorprendentemente amable, no era más que un rico esnob. Recordó que aquélla había sido la impresión que se llevó de él al principio, lo que corroboraba que las primeras impresiones eran siempre las correctas.

—Porque tú no te podrías haber quedado en un basurero, ¿verdad? Quizá si realmente hubieses sido escritor, incluso uno conocido, habrías pasado por apuros económicos. Pero tú nunca has tenido esa experiencia, ¿a que no, Theo? —se preguntó cómo se le podría haber escapado aquello. El autoritarismo que tenía él era un claro ejemplo de que desde que nació había estado acostumbrado a mandar. La ropa que llevaba, incluso la que llevaba para estar por casa, era cara. Se le había escapado todo eso... porque no había estado observándolo.

—No. Nunca he tenido esa experiencia. Mira en internet si quieres ver un resumen de mi vida. Vivo en Londres y dirijo el negocio de mi familia así como varios negocios míos y tengo mucho dinero. Gloria, mi asistente personal, decidió decir en la agencia inmobiliaria que yo era escritor. Quizá pensó que harían menos preguntas sobre un escritor que quería un poco de tiempo libre que si sabían que era un exitoso hombre de negocios. Incluso podría haber tenido en cuenta la posibilidad de que alguien de por aquí me conociera.

—¿Y nunca te sentiste tentado a decirme la verdad? —preguntó Sophie suavemente, bajando la mirada.

—¿Para qué? ¿Habría cambiado algo entre nosotros? —Theo se sentía avergonzado de sí mismo al mirar la expresión de la cara de ella.

—No —contestó ella, para la cual él le había dicho todo lo que necesitaba saber—. No, supongo que no hubiera cambiado nada — pero lo cambiaba todo.

Lo vio claro; ella no significaba nada para él. Ella no le había merecido la pena lo suficiente como para decirle la verdad. Se habían divertido mucho en una relación que era sólo del momento.

No se habían hecho planes para un futuro y, en lo que se refería a Theo, no se había mencionado el pasado.

—¿Por qué viniste aquí, Theo? Dime la verdad. Una casa en Cornwall no es precisamente lo que buscan los hombres ricos, incluso si la casa es lo suficientemente presentable.

—¿Te ofende que mi asistente personal comprobara todo de antemano?

—No —contestó ella sin rodeos—. Pero no me has contestado. Claro, no tienes por qué hacerlo.

—Sophie, vamos al salón. Estaremos más cómodos allí.

Sophie no sabía cuántas cosas más necesitaba saber… o si lo podría soportar. Le pesaba el corazón. Se encogió de hombros y se dirigió al salón, recordando algunos de los momentos de felicidad que habían vivido allí mismo.

—Mi pie —Theo se sentó en una silla, observando que ella se sentaba en la más lejana. Si Yvonne estuviera allí, cabría una gran posibilidad de que la estrangulara—.. Mi médico me dijo que necesitaba reposo para que mi pie se recuperara o corría el riesgo de perder la movilidad en él. Como no había manera de que descansara en Londres, decidí tomarme un tiempo libre en algún lugar que estuviera a una distancia razonable de mis oficinas.

—¿Y ella era… alguien a quien dejaste atrás en Londres? ¿Alguien con quien tenías una relación? ¿0 con quien tienes una relación? —Sophie estaba orgullosa de la manera con la que estaba controlando el tono de su voz. Nadie diría que tenía el corazón hecho pedazos.

—Nunca ha sido nadie en mi vida —dijo Theo en tono grave.

—¿Quieres decir que es una completa extraña a la que se le ocurrió tomar el coche y conducir hasta aquí para abordarte?

—No. La conozco, pero no de la manera que quizá piensas tú.

—¿Entonces de qué manera?

—¿Qué vamos a ganar con todo este interrogatorio? —bramó Theo—. ¿No es suficiente con que te diga que no he tenido relaciones sexuales con ella… que nunca las he tenido y que nunca las tendría?

—No —contestó ella suavemente—. Para mí no es suficiente. De ninguna manera. Nos hemos acostado juntos y creo que eso me da el derecho a que me contestes algunas de mis preguntas. Claro está

que si no quieres contestar, simplemente dímelo...

—¿Qué quieres saber? —Theo sintió que aquello era inevitable.

Pero en la relación que había mantenido con Sophie siempre había habido algo de inevitable. Y eso había sido parte del encanto de la relación.

—Ella dijo que tú no tenías interés en las mujeres... —Sophie se ruborizó al decir aquello. Por dura que fuese la respuesta, necesitaba saber—. Me pregunto si...

—¿Si...? —Theo podía observar lo inquieta que estaba ella, lo tenía reflejado en la cara.

Frunció el ceño ante las profundas emociones que le invadían y se agitó.

—Si estás... confundido... —dijo ella apresuradamente.

—Lo siento. No te entiendo.

—Yvonne dijo que tú no estabas interesado en las mujeres...

—Sí, sí, sí. Me he enterado de eso. Es lo otro lo que no entiendo.

—Me pregunto si viniste aquí porque querías tiempo para pensar sobre tu sexualidad...

En medio de toda aquella tensión que había en el ambiente, Theo no se pudo contener. Se echó a reír y no paró hasta que no tuvo la cabeza entre las manos. Tras ello, la miró seriamente.

—¿Cómo, tras todas las veces que hemos hecho el amor, puedes haber albergado una idea tan ridícula? —preguntó él, controlando las ganas que tenía de reírse de nuevo.

—¿Por qué sino no te iban a interesar las mujeres? —preguntó Sophie a la defensiva—. Yo no tenía por qué saber que la razón por la que viniste aquí era por tu pie... sabía que lo tenías mal, pero no sabía la seriedad del asunto. Pero incluso si ésa es la verdadera razón por la que viniste, ¿qué quiso decir con eso?

Theo la miró y supo que, sin lugar a dudas, lo que iba a decir terminaría con lo que hubiera entre ellos para siempre y de una manera poco amistosa. Pero no veía cómo evadir su pregunta. Comenzó a andar por la habitación, consciente de que ella lo estaba mirando, para finalmente apoyarse en la ventana.

—Hay algo que no te he contado. No es un secreto pero no veía la necesidad de... crear problemas en lo que teníamos arrastrando cosas de mi pasado.

Sophie pensó que él conocía todas sus cosas, pero había sido ella

la que había decidido confiar en él. ¡Tonta que había sido!

—Oh, sí. ¿Y qué es?

—Una vez estuve comprometido —Theo fue al grano—. Con una chica que se llamaba Elena.

—Oh —aquello fue como un puñal en el estómago para Sophie. Él nunca había mencionado a otra mujer importante en su vida. Nunca había insinuado que hubiese tenido un pasado romántico. Sabía que había estado con mujeres, pero nunca se había imaginado que hubiese tenido novia. Pero en realidad él nunca le había mentido sobre su pasado; simplemente no le había contado lo más importante.

—¿Habría ganado algo mencionándola? —exigió saber Theo agresivamente—. ¿Qué habrías hecho? ¿Te hubieras compadecido de mí? ¿Me hubieras tomado la mano? Era mejor no mencionar el pasado.

Sophie se quedó mirándolo durante unos segundos. Estaba tan herida que no podía expresarlo.

Él no tenía culpa de nada. Ella lo sabía. Nunca había sugerido que entre ambos había nada más que una relación sexual ocasional. No le había dado importancia a compartir sus cosas porque eso era algo que se hacía para cimentar una relación normal. Y la única que había querido tener una relación normal había sido ella. Él ya había tenido una relación sentimental normal y no había funcionado.

—Supongo —dijo entre dientes, respirando profundamente y esbozando una espantosa sonrisa—. ¿Qué pasó? ¿0 preferirías no contármelo?

La noche anterior, cuando Theo había llevado a Yvonne al hostal, ésta se había puesto histérica. Lloró e hizo acusaciones. Un comportamiento típicamente femenino. Cuando en el pasado había roto con mujeres, había tenido que soportar reacciones muy parecidas. No era nuevo para él. Pero Sophie no estaba obedeciendo las reglas del comportamiento femenino. Estaba claramente disgustada, pero no lloró ni le recriminó nada y a él eso le pareció mucho más difícil de sobrellevar. Había sido un error muy grande haberse relacionado con ella.

—¿Qué quieres saber?

—Bueno... ¿qué pasó?

—Ella murió. En un accidente. No se pudo hacer nada para

salvarla.

—Theo, lo siento mucho.

Él la miró fugazmente y vio que ella tenía los ojos como platos. No tenía otra opción que sufrir la tortura de mirarla.

—¿Cuándo… cuando pasó?

—Hace veinte meses.

—Oh —Sophie estaba encajando todas las piezas en su cabeza y todo, como una pesadilla, cobraba sentido.

Hacía veinte meses Theo había sido un hombre feliz. Seguramente que era un hombre normal, relajado y comprometido con una mujer que amaba. No quería preguntar por Elena, pero estaba segura de que habría sido la candidata perfecta para ser su esposa. Un hombre como Theo nunca se hubiese comprometido con menos. Pero su sueño se destrozó. No necesitaba que él se lo dijera, pero estaba segura de que el accidente de esquí que había sufrido fue como consecuencia del duelo en el que estaba y sus esfuerzos para sobrellevarlo.

Y ya no le interesaban las mujeres. La mayoría de los hombres habrían estado tentados de mantener muchos romances, pero Theo no era como la mayoría.

—Lo que me lleva a lo que dijo Yvonne —dijo él. Ella estaba como ausente. Él supuso que estaría tratando de entender todo aquello y seguramente dándose cuenta de la verdad. Bueno, no era tonta y lo conocía mejor de lo que él desearía—. No he estado con ninguna mujer desde que murió Elena.

—Pero no te han faltado ofertas —dijo ella despacio—. Yvonne simplemente será muy persistente.

El no respondió porque no hacía falta.

—Pobre mujer —dijo Sophie, casi como hablando para sí misma. Theo frunció el ceño impaciente.

—¿Por qué pobre mujer? Créeme, nunca le di ninguna esperanza. Me enterré en mi trabajo y si las mujeres me veían como un desafío, ése era su problema.

Sophie se levantó y se dirigió hacia la chimenea ya que sintió frío.

Finalmente, se puso erguida y lo miró.

—¿No habías estado con ninguna mujer durante veinte meses?

—Hasta que llegué aquí.

A Sophie le hubiese encantado haber encontrado un poco de consuelo en aquello, pero sabía que no lo encontraría. A él ella no le importaba… por lo menos no de la manera que ella deseaba, duradera… pero tenía que averiguar por qué se había involucrado con ella. Quería saberlo todo antes de marcharse de la casa.

Asintió con la cabeza y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Por qué yo? —preguntó con calma.

—No creo que sea buena idea que sigamos hablando sobre esto —dijo Theo rotundamente—. Ya te he contado lo que querías saber y sí, quizá te lo debería haber dicho antes, aunque no había necesidad…

—Quiero saber por qué decidiste romper tu autoimpuesto celibato y acostarte conmigo. Y no me digas que fue por todos los encantos físicos que tengo. He visto a Yvonne. Sé con qué mujeres hubieses podido estar en Londres y yo no me puedo comparar a ellas.

A Theo le invadió el enfado al ver cómo ella se menospreciaba. Sin ser vanidoso, sabía que podía haber elegido a la mujer que quisiera. Antes de que Elena apareciera en su vida, se había acostado con algunas de las mujeres más bellas del mundo y le podía haber dicho a Sophie, y no mentiría, que ninguna se podía comparar a ella. Pero no tenía claro si eso era porque un hombre hambriento se divertía con cualquier menú que se le pusiese delante. ¿Habría sido simplemente que Sophie era la mujer adecuada en el momento adecuado? ¿Y de ahí que le hiciese sentirse tan realizado como ninguna otra?

—¿Bueno? —provocó ella—. Me hago una idea de por qué fue. Simplemente necesito rellenar algunos huecos.

—¿Porque te haría sentirte mejor?

Sophie pensó que no habría nada que le hiciera sentirse mejor. Él se marcharía dejando en su vida un oscuro vacío que nunca más se llenaría, pero las preguntas sin contestar harían que esa frialdad fuese incluso peor.

—Porque no tiene sentido contar sólo la mitad de la historia.

—Me acosté contigo porque… —Theo sintió cómo su rostro se ensombrecía. Una cosa era decirse a sí mismo que no había hecho nada malo y otra cosa era decírselo a una mujer que le estaba mirando como si lo viese por primera vez en su vida y como si no le

gustase lo que estaba viendo.

—¿Porque no te pudiste resistir a mí? ¿A mi encantadora personalidad? Quizá te pareció que yo era un reto porque no hice ningún esfuerzo contigo, porque sabías que no quería que estuvieses en mi casa. ¿Fue eso? —Sophie respiró profundamente un par de veces y se tranquilizó, porque no había nada que ganar gritando, incluso teniendo tantas ganas de hacerlo como tenía. Había visto a Yvonne y había sentido pena por ella porque había dejado claro lo que sentía. Pero ella no iba a permitir que Theo sintiera pena por ella. ¡Quién sabe! Probablemente ya lo haría, pero ella no iba a empeorar la situación perdiendo el control.

—¡Maldita sea, Sophie! Me acosté contigo porque... ¡me parecía bien! —Theo pensó que aquello no estaba bien, no estaba bien acabar de esa manera cruel con lo que habían tenido.

—¿Por qué?

—Porque... —Theo se quedó observándola. Entonces se levantó y comenzó a andar por la habitación, evitándola, deteniéndose sólo cuando hablaba—. Porque... no estaba en Londres ni estaba rodeado de amigos bienintencionados ni de mujeres que se estaban frotando las manos pensando en conseguirme. ¡Aquí gozaba incluso de otra identidad! ¡Un trabajo distinto! No era Theo Andreou, el multimillonario que tenía la carga de una novia muerta. Era Theo, un escritor, y estaba disfrutando de la paz de Cornwall y tú te acercaste a mí. Y sí, te deseé.

—Yo fui tu terapia —dijo Sophie con la voz apagada.

—Lo dices de una manera tan fea...

—Fea pero verdadera. La gente se comporta de manera diferente cuando están en un entorno distinto al suyo. ¿Lo sabías? Es por eso por lo que cuando la gente se va al extranjero de vacaciones, pueden tener romances y creer que eso es el amor verdadero cuando, en realidad, no lo es. Estudiamos un poco de psicología en la universidad y recuerdo que pensé que aquello era muy cierto.

Ambos se estaban mirando el uno al otro a los ojos.

—Viniste aquí, te diste cuenta de que podías romper el círculo en el que te encontrabas metido y yo fui con la que lo rompiste.

Theo se dio la vuelta, esbozando una mueca nefasta con su boca, rígido por el desagrado que sentía ante aquella conversación. Pero ella tenía razón.

—Lo que no quiere decir que no nos divirtiéramos haciendo lo que hicimos.

—No.

—Pero no nos iba a llevar a ningún sitio. Ambos lo sabíamos. Nunca te prometí nada —Theo se sintió enfermo. Quería decirle que podían seguir con lo que tenían, que podían disfrutar de ello mientras que él estuviese en Cornwall, podían fingir que Yvonne nunca había aparecido, pero sabía cuál sería su respuesta.

—No. No. No lo hiciste, Theo —Sophie miró al suelo porque le hacía mucho daño seguir mirándolo—. Ahora me voy a marchar —se levantó y se dirigió hacia la puerta, temblando.

—Sophie... —Theo dejó de hablar antes de decir algo que no debía; suplicarle que se quedara.

—Lo sé —dijo ella sobre su hombro—. De todas maneras esto era inevitable. Y no te preocupes; no te echo las culpas de nada —Sophie se puso su abrigo—. Nunca esperé nada —miró por última vez al hombre del que se había enamorado, con el picaporte de la puerta en la mano—. Habría sido agradable... que hubieses sido un poco más abierto conmigo.

Salió deprisa, antes de perder el control. Fue corriendo hasta su piso. Ni siquiera se dio cuenta del mal tiempo. De lo único que se percató fue del increíble esfuerzo que le estaba costando aguantar las lágrimas hasta llegar a la intimidad de su casa.

Capítulo 9

SOPHIE, ante la posibilidad de ir a Londres en tren o en coche, eligió ir en tren. Lo prefería... no, necesitaba un viaje tranquilo para poner en orden sus pensamientos y ver cómo podría manejar la situación que se le había creado la mañana anterior.

Pero fue un error muy grande. El viaje fue horroroso. Estaba lloviendo, demasiado para ser el mes de marzo, y había retrasos en casi todas las líneas. Cuando por fin estuvo en el tren, como había demasiada gente, tuvo que ir de pie la mitad del viaje.

Llegó a Londres mucho más tarde de lo esperado y con un aspecto horrendo. Necesitaba ir a alguna tienda y comprar un jersey, para quitarse el suyo, que estaba empapado, y comprar unos zapatos planos, ya que sus zapatillas le habían creado ampollas.

Reservó una habitación en un hotel barato en Earl's Court, donde dejó las bolsas, se arregló un poco el pelo y se maquilló. Tras hacerlo, se miró con ojos críticos en el espejo. Hacía más de tres meses que no veía a Theo. Quería que viera a una mujer que controlaba su vida, una mujer que ni necesitaba ni quería caridad, una mujer que había seguido adelante.

Desde luego que no era precisamente esa mujer, pero mientras que él no se diera cuenta de eso, ella estaría bien.

Cerró los ojos y respiró profundamente. No quería estar allí, no quería enfrentarse al hombre que todavía le venía a la cabeza cada vez que se despertaba y que ocupaba casi todos sus sueños. Pero menos todavía deseaba entrar en su oficina cuando todo el mundo estuviera saliendo, dejándola a solas con él. Pero la carta que tenía en el bolso estaba quemándole y no podía enfrentarse a otra noche sin dormir pensando en lo que le iba a decir o en cómo se sentiría.

Y, aunque eran más de las cinco, iría a su oficina aun temiendo que la fuera a destruir.

Por lo menos sabía que él estaría allí. Había tenido que ser muy ingeniosa; había telefoneado a su asistente personal. Preguntó por Gloria y se presentó como una vieja amiga de Theo. El hecho de que hubiese podido dar tantos detalles de su vida jugó a su favor. Le dijo a Gloria que deseaba sorprenderle. Sabía que no le gustaban las sorpresas pero, como estaba en el país y hacía mucho que no se veían, sería una pena dejar pasar la oportunidad...

No hubiese viajado a Londres simplemente esperando que estuviese allí. No cuando sabía que él viajaba mucho fuera del país.

Estaba muy elegante con una falda gris y una camisa blanca con jersey gris oscuro sobre ella. Llevaba el pelo arreglado en una coleta y sólo se había maquillado los labios un poco.

Tomó un taxi para ir a su oficina ya que no quería correr el riesgo de llegar empapada y exhausta. Sentada en la parte trasera de éste, mirando la hora, iba preocupada de que cuando llegara allí ya no hubiese nadie y tuviera que verlo a solas.

No estaba segura de lo que le esperaba pero, cuando a las seis y media el taxi se detuvo frente a un imponente edificio de cristal, se dio cuenta de que aquello no era lo que deseaba encontrar.

No se imaginaba a nadie que quisiera trabajar allí; seguro que al ver el edificio les entraban ganas de echar a correr... lo que le estaba pasando a ella en aquel preciso momento, pero en vez de hacerlo pagó al taxista y se dirigió hacia el edificio. Una vez dentro vio que no era tan austero y que incluso era agradable. Se acercó a la recepción, donde había tres mujeres que parecían sacadas de un desfile de modelos.

—Gloria me está esperando —dijo ella—. ¿Es en la tercera planta? Llego un poco tarde. Debería haberlo hecho hace una hora y media pero...

—¿Eres la visita sorpresa? Gloria me dijo que te indicara que subieras.

Sophie no esperaba que la oficina estuviera tan ajetreada, pero claro, no se consigue dinero vagueando, y Theo tenía muchísimo dinero. Había mirado en internet y la fortuna de éste era incalculable.

El divertido, arrogante y complejo escritor había resultado ser un icono en el mundo de las finanzas y de los negocios. Trató de convencerse de que iba a enfrentarse a un hombre que era un

completo extraño para ella y, aunque se habían acostado juntos, nunca lo había conocido.

En la tercera planta había tanto ajetreo como en el vestíbulo, aunque muchos trabajadores ya se habían marchado. Miró a su alrededor para tratar de encontrar el despacho de Gloria, pero ésta le salió al encuentro, acercándose a ella con una sonrisa.

—¡La visita sorpresa! —dijo Gloria, presentándose.

—Me alegra mucho que estés aquí todavía. Pensé que quizá ya te habrías ido a casa, pero no he podido evitar llegar tarde. Los trenes se han retrasado mucho y luego la lluvia...

Se alejaron del bullicio y se introdujeron en un pequeño vestíbulo, que tenía su propia recepción, y, mientras andaban, Gloria le explicó el funcionamiento de la empresa. Sophie miró a su alrededor y, a su pesar, le impresionó lo que veía.

En un momento dado se dio cuenta de que Gloria le estaba diciendo que esperaba que ella fuese capaz de hacer que Theo dejase de estar de tan mal carácter.

Sophie se preguntó nerviosa cómo iría a reaccionar éste al verla. La última vez que se vieron no fue en la mejor de las circunstancias. La chica para divertirse que él había deseado que fuese ella se había convertido en otra mujer más con exigencias y seguramente él respiraría aliviado al pensar en ella, si es que lo hacía. Desde luego que ella no iba a hacer que él se sintiera mejor.

Mientras se acercaban al despacho de Theo, a Sophie se le revolvió el estómago. Se calmó agarrando con fuerza el cierre de su bolso y recordándose a sí misma por qué estaba allí.

—Diviértete —susurró Gloria. Sophie esbozó una leve sonrisa—. Le diré que tiene una visita y el resto te lo dejo a ti. Le agradará tanto tener noticias de su casa. Sé que su madre ha telefoneado varias veces y, aunque le aseguré que su pie está como nuevo, parecía muy preocupada. ¡Puedes ponerte en contacto con ella y explicarle cómo están las cosas por aquí!

Sophie asintió con la cabeza, sintiéndose culpable, y se preguntó qué la habría poseído para haber montado una historia tan minuciosa. Durante los pocos segundos en los que Gloria se introdujo en la oficina, Sophie se vio invadida por turbias emociones, que fueron desde el enfado hasta un inmenso terror, pasando por la culpa.

Pero la expresión de su cara no reflejaba aquello. Parecía calmada cuando la hicieron pasar hasta el santuario interior, en el cual Theo estaba sentado tras un enorme escritorio, frunciendo el ceño mientras miraba un informe, como con la cabeza en otra parte.

A Sophie le llevó sólo un par de segundos darse cuenta de varias cosas muy importantes. Una era que él no había cambiado nada... La segunda era que su cuerpo respondía ante él de la misma loca manera que lo hizo la última vez que lo vio hacía tres meses.

Tosió para llamar su atención. Theo miró despacio hacia arriba y ella sintió que se iba a caer al suelo, cautivada por su carisma masculino.

Durante unos pocos segundos, ninguno de los dos habló. Sophie pensó que incluso aunque hubiese querido no habría podido hacerlo.

—Bueno, bueno, bueno. Vaya sorpresa —dijo finalmente Theo —. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Sabes perfectamente lo que puedes hacer por mí —Sophie volvió a sentir el enfado que había hecho que viajara hasta Londres lo más rápido posible cuando se enteró de lo que él había hecho. Se acercó hacia él y se quedó de pie frente a su escritorio.

Tuvo que poner toda su fuerza de voluntad para no sentirse agobiada por todos los recuerdos que tenía del tiempo que habían pasado juntos.

—¡Explícame de qué va todo esto! —buscó en su bolso y sacó un sobre, que le acercó a él.

Theo no se apresuró a tomar el sobre. En vez de eso, se echó para atrás en su silla con las manos detrás de la cabeza y la miró.

Por primera vez en tres meses se dio cuenta de una cosa; la había echado de menos. No tenía sentido. Ella había sido un romance pasajero, algo con lo que divertirse y que apareció justo en el momento adecuado. Pero no había sido nada más. Sería estúpido pensar otra cosa.

Pero mientras le daba un vuelco el corazón, pensó que eso no quería decir que no la hubiese echado de menos.

—¿No lo vas a mirar?

—Sé lo que es, así que no hay necesidad de que lo mire —contestó él. Sus miradas se encontraron durante unos segundos y se sintió tan sofocado que tuvo que aflojarse la corbata—. Y no es ni el

momento ni el lugar para que tengamos esta conversación.

—¿De verdad? ¿Y cuándo es el momento, Theo?

—¡No al finalizar una jornada en mi oficina! —exclamó él, que se levantó tan bruscamente que asustó a Sophie, que retrocedió un poco. Él la tomó por el brazo—. ¡No te voy a permitir que me montes un número aquí! ¿Por qué no me telefoneaste al móvil?

—Porque...

—¿Porque pensaste que te colgaría el teléfono? —Theo sintió que el olor de ella le estaba embriagando y acabando con su autocontrol.

—¡Te quería ver en persona...!

—¿Porque me has echado de menos? —murmuró él, lo que hizo que a ella le invadiese la excitación por todo el cuerpo.

Ella fue a negar aquello. Estaba enfadada consigo misma por la respuesta de su cuerpo ante él y estaba enfada con él por atreverse... atreverse... a pensar que ella era tan patética que se había pasado los últimos meses pasándolo mal por su ausencia.

Theo miró ávidamente los labios de Sophie. Pudo sentir cómo ella estaba temblando y supuso que no era de deseo, pero él no se podía controlar. La besó con el ansia que tiene un hombre que se está muriendo de sed. Sintió cómo ella se ablandaba y cómo jadeó. Pero entonces comenzó a empujarlo.

Theo se apartó inmediatamente, pero no lo hizo lo suficiente como para evitar que ella, furiosa, le abofeteara. No podía recordar que ninguna mujer le hubiese abofeteado antes y reaccionó muy rápidamente, agarrándole las dos manos y echándose sobre ella.

—¡No se te ocurra volver a levantarme la mano! —Theo pensó que aquello era una buena razón por la cual él estaba mejor sin ella. ¿Qué clase de mujer le levanta la mano a un hombre?

—¡Entonces no trates de besarme de nuevo!

—¡No sé lo que me poseyó para haberte dado ese dinero! —gruñó Theo.

—¡Yo puedo decir lo mismo! ¡Yo tampoco lo sé!

En ese momento llamaron a su puerta y Theo le dijo con brusquedad a quien fuera que se marchara.

—Vamos a continuar hablando en otro lugar —dijo él con gravedad.

—¿Dónde? —a Sophie le gustó su oferta. Allí, con gente a su

alrededor, había un límite a lo que podía pasar entre ellos y tras aquel abrasador beso no quería comprobar más su autocontrol. A duras penas fue capaz de apartarse y durante unos segundos se encontró completamente perdida. Todavía sentía un cosquilleo por los labios por el beso que le había dado y tenía el cuerpo tan sensible que si él la tocaba de nuevo iba a perder la compostura.

—No pretendo quedarme mucho tiempo —dijo ella rápidamente pero, ante su alarma, él ya se estaba poniendo la chaqueta—. Sólo vine para decirte que...

—¡Aquí no! —exclamó él, colocándose frente a ella—. ¡Y no quiero que te comportes como una grosera cuando salgamos de la oficina!

—¡Si me comporto de manera grosera cuando estoy a tu alrededor es porque tú me haces comportarme así! ¡De todas maneras, no me estoy comportando como una grosera!

—Una señora de verdad no pegaría a un hombre, ¡ni gritaría en público!

—¡Oh, por el amor de Dios! ¡Y un caballero no atacaría a una señora ni le daría una razón para gritar!

A Theo le costó entender por qué la había echado de menos, pero sabía que, por primera vez en meses, se sentía vivo. Y con una necesidad desesperada y vergonzosa de tocarla.

La sacó de su oficina y habló durante unos minutos con un par de empleados suyos ya que sabía que estarían muriéndose de curiosidad. Tras ello, tomaron el ascensor que les bajó al sótano donde él tenía su coche.

—¿Dónde vamos? —preguntó ella mientras salían del aparcamiento—. Porque si crees que me vas a llevar a tu casa, te puedes olvidar de ello.

—¿Qué harías si te llevara allí? —preguntó Theo suavemente—. Tendríamos mucha más intimidad que si fuéramos a un restaurante.

Pero Sophie respondió rápidamente ya que lo último que deseaba era tener intimidad.

—No necesito tener intimidad para tener esta conversación contigo, Theo. Y si estabas pensando en llevarme a tu piso, a tu casa o donde quiera que vivas... probablemente una mansión... será mejor que te lo replantees.

—¿O si no...?

—Si no, me negaré a bajarme del coche y, además, ¡te impresionará lo eficientes que pueden llegar a ser mis pulmones cuando se trata de gritar! ¡Y en un lugar tan ajetreado como Londres, apuesto a que si hago eso, en cinco minutos habría una multitud rodeándonos! Incluyendo a alguien con una cámara...

Aunque aquello frustró a Theo, a la vez le divirtió y, aunque hacía semanas que no se reía, lo hizo en ese momento.

—Entonces menos mal que tenía la intención de llevarte a un bar donde podemos tener privacidad sin que te sientas amenazada —dijo él, conduciendo hacia una zona de Londres que ella no conocía.

—No me siento amenazada por ti —aclaró ella débilmente, saliendo del coche una vez que él hubo aparcado y preguntándose por qué habría pensado que él tenía la intención de llevarla a su casa.

—Quizá te sientas amenazada por ti misma —reflexionó Theo, dándose la vuelta para ponerse al lado de ella. Estaba sintiéndolo de nuevo... aquella necesidad de tocarla, de sentir el suave cuerpo de ella contra el suyo.

Se dio cuenta de que aquello era lo que había estado echando de menos... el contacto físico con ella. Al darse cuenta de aquello, también se dio cuenta de que había asuntos que no habían dejado claros entre ellos. Yvonne había llegado y arruinado su aventura. Pero en aquel momento el destino la había devuelto a su vida y se podría rectificar el problema. La llevaría a la cama y aliviaría el tormento por el cual él había pasado durante los últimos meses. Y, aunque ella protestara, él sabía que ella todavía lo deseaba.

Sophie, nerviosa por la proximidad de Theo, que estaba esperando que cayera en la trampa, ignoró su comentario. Quizá alguna vez había sido blanda y había caído, pero no iba a caer otra vez.

Entró delante de él en el bar, que no estaba muy lleno a aquella hora de la tarde. Tras observar las mesas, se dirigió a una que estaba lo suficientemente apartada pero sin estar muy aislada.

Se negó a tomar vino y prefirió pedir un zumo de naranja y, en cuanto les trajeron las bebidas, respiró profundamente y le preguntó por qué. ¿Por qué había pagado sus deudas? ¿Cómo había sabido cuánto dinero pagarle a su gerente del banco? ¿Se había creído que

ella nunca lo descubriría?

Lo primero que hizo Theo fue contestar a la última pregunta. Le dijo la verdad; que no había pensado en la posibilidad de que ella pudiera descubrirlo.

—Y sobre la cantidad de la transferencia que te hice… No te olvides de que estuve recopilando ese programa para ti. Me hice una idea de la clase de deuda que tenías. Tampoco era una gran cantidad de dinero.

—Bueno, era una gran cantidad para mí —le dijo Sophie en voz baja—. Y, de todas maneras, no es una cantidad de dinero que yo quiera aceptar de ti.

—¿Por qué? —preguntó Theo sin rodeos—. Nosotros… nosotros compartimos algo… y tú me ayudaste, probablemente más de lo que te imaginas…

—¿Por lo que me merezco una recompensa económica?

—¡No seas tonta! ¡Eso no es lo que he dicho! —Como si lo fuera —respondió ella acaloradamente—. ¡Digas lo que digas es como suena!

—En tal caso… —dijo él con brusquedad—. … me disculpo. Pensé que te podía ayudar, ahorrarte la pesadilla de tratar de salir de aquel embrollo —recordó todas las veces que habían estado tumbados en la cama, hablando sobre cualquier cosa, y sintió tanta nostalgia que le dolió. Era un dolor que se podía curar finalizando las cosas debidamente, dejando que su aventura siguiera su curso y se marchitara por sí sola, que sería lo que hubiese ocurrido si las circunstancias no hubiesen interrumpido el suave devenir de las cosas.

La miró y esbozó una compungida sonrisa.

—No pretendía insultarte y estoy muy… muy dolido de que lo hayas interpretado de esa manera —Theo esperó que ella se ablandara, pero no lo hizo; siguió frunciendo el ceño y él casi hace un ruidito seco con la lengua por la exasperación que tenía.

Ella podía ser tan terca como una mula y se dio cuenta de que esa característica no había disminuido con los meses.

—No era mucho dinero… —en cuanto dijo aquello, Theo se dio cuenta de que había cometido un grave error táctico. Lo pudo ver por el modo en que ella se puso rígida y porque sus ojos echaron chispas.

—No. No lo sería para ti, Theo. Me doy cuenta de eso. Después de todo, eres... ¿millonario? ¿0 ni siquiera lo sabes?

—El dinero que yo tenga o deje de tener es irrelevante.

—¿Lo es? Viste en mí una obra de caridad y todo el mundo sabe que a la gente rica le encanta dar dinero para la caridad. ¡Les alivia la conciencia cuando van al concesionario de coches más cercano para comprarse el último modelo deportivo para añadirlo a su colección!

Ella estaba siendo injusta, pero le estaba costando pensar con claridad. Le estaba desconcertando sentir cómo él la estaba mirando, recordar todos los momentos que había vivido con él y que le estaban jugando malas pasadas en su mente. Lo miraba y lo deseaba y se odiaba a sí misma por ello. Se odiaba por querer acercarse a él y recordarle a su atormentado cuerpo las sensaciones de tocarlo.

—Estás siendo ridícula —Theo quería decirle que no podía pensar en nadie que se sintiera insultado si él les diera dinero para ayudarlos, pero sabía que sería mejor que se guardara eso para sí mismo—. De todas maneras, ¿cómo te enteraste?

—Fui a ver a mi gerente del banco, para pagar lo último que me quedaba de la hipoteca que había sobre la casa con el dinero repentino que había aparecido en las carpetas de mi padre, proveniente de esas misteriosas acciones. Buscó la carpeta y se tuvo que marchar un momento para resolver un problema con un cliente, que estaba causando problemas a una de las cajeras, y mientras que estaba fuera del despacho, giré la carpeta y allí estaba. Tu carta.

—Si yo no hubiese aparecido, ¿habrías aceptado el dinero de tu ex? ¿Incluso sin sentir nada por él? ¿Sin haberte siquiera acostado con él? ¿Sólo porque se ofreció a casarse contigo? ¿Habrías aceptado el dinero si hubiese llegado junto con un anillo de compromiso?

—Yo... ¡ése no es el asunto!

—No es el asunto porque no quieres discutirlo desde ese punto de vista. Puedes decir que te salvé de atarte a un hombre por el que no sentías absolutamente nada simplemente por el hecho de que era lo suficientemente decente como para ayudarte a pagar tus deudas utilizando sus ahorros. Quizá sea que eran ahorros lo que iba a utilizar lo que encontraste más atractivo. Quizá el hecho de que yo

tenga mucho dinero te hace sentirte como una obra de caridad. ¿Habría ayudado si yo hubiese sido un pobre y luchador… por ejemplo… escritor?

Theo, frustrado, agitó la cabeza y le dirigió una atronadora mirada.

—No quiero discutir sobre esto contigo.

—Estoy segura de ello. Estoy segura de que preferirías no verme… —aquello era lo que le atormentaba. La perseguía durante todo el día. El pensar en lo fácil que había sido para él marcharse sin siquiera mirar hacia atrás. Consternada, se dio cuenta de la tristeza que transmitía su voz y se apresuró a seguir hablando, sin detenerse para respirar—. Pero, fueran cuales fueran tus intenciones al darme ese dinero, debes saber que de ninguna manera puedo aceptarlo. Es por eso por lo que he venido. Para establecer algún tipo de acuerdo por el cual yo te pueda devolver todo el dinero.

—Quieres. Devolverme. El. Dinero.

—Sí. Todo. No puedo aceptarlo.

—¿Por qué no?

—Porque… porque no estaría bien. Por lo menos no para mí. Quizá para otra persona.

Theo farfulló que para todo el mundo. La camarera le trajo otro vaso de vino y tuvo que contenerse para no bebérselo todo de un trago.

—Está bien. Me puedes pagar cuando quieras. No hay prisa.

—No me gusta tener deudas. Te lo devolvería todo ahora mismo, pero casi todo ya se ha evaporado, como seguramente te esperarías. En pagar a acreedores. Ha sobrado un poco…

—Quédatelo. Haz lo que quieras con ello. Dáselo a tu obra de caridad favorita —Theo bebió un buen trago de vino y tras ello se quedó con el vaso en la mano, esperando a que ella hablase, preguntándose cómo se podría sentir tan vivo en compañía de una mujer que le estaba volviendo loco.

—Tenemos que establecer los términos en los que te voy a devolver el dinero. He hecho algunas anotaciones —Sophie rebuscó en su bolso y sacó una hoja de papel.

Theo miró la hoja que ella había colocado en la mesa y casi sonríe. Cuando estuvieron juntos, solía tomarle el pelo sobre su aparente falta de conocimientos matemáticos. Ella nunca se había

preguntado por qué él sabía tanto sobre números y finanzas y aceptaba alegremente cualquier recomendación que él le hacía sobre sus cada vez más deterioradas cuentas.

—Ya te lo he dicho. No me interesa que me devuelvas el dinero. Quería ayudarte y, si no puedes aceptar mi ayuda, entonces puedes deshacerte del dinero —dijo él, devolviéndole la hoja de papel.

—Bueno, te mandaré el dinero y tú haz lo que quieras con él —dijo Sophie, volviendo a meter la hoja de papel en su bolso—. Bueno... —carraspeó para aclararse la garganta—. Eso era todo lo que quería decir.

—¿Cómo estás? No me lo has dicho... —Theo se acercó hacia ella y le tomó la mano. Entrelazó sus dedos entre los de ella, acariciándole el pulgar con el suyo.

Aquella simple caricia tuvo el efecto de encender su cuerpo como si hubiesen tirado una cerilla a una hoguera. Sintió cómo la pasión le recorría el cuerpo. Sabía que se había ruborizado. Podía sentir cómo le quemaba la cara.

—¿Qué crees que estás haciendo? —al protestar, Sophie debería haber retirado su mano. Pero en vez de eso, la dejó donde la tenía y su protesta quedó en una débil pregunta.

—¿Tú qué crees? Estoy tomándote de la mano, Sophie —Theo suspiró y le levantó la barbilla para que ella tuviese que mirarlo—. Me hace sentir bien. ¿Te hace sentir bien a ti?

Sophie no confiaba en la respuesta que iría a dar.

—No estábamos preparados para terminar nuestra relación —murmuró él, siendo totalmente sincero. ¿Por qué sino desde que volvió a Londres ninguna mujer le había llamado la atención, teniendo en cuenta que había logrado dejar a Elena en su pasado? Acercó la mano de ella a su boca y la acarició con ésta, sin dejar de mirarla.

Se recriminó haberla llevado a un bar. Debería haber hecho caso a su instinto y llevarla hasta su apartamento. Pero en cuanto lo pensó, apartó ese pensamiento de su mente. Sophie era demasiado peleona como para dejarse llevar por el dominante instinto masculino de nadie.

Pero aun así se arrepentía de haberla llevado allí... ni siquiera podía acercarse para besarla, aunque podía sentir que ella se quería entregar a él.

—Todavía nos deseamos —continuó él—. He estado pensando en ti y, ahora que estás aquí, sentada delante de mí, me doy cuenta de por qué… porque lo que tuvimos no debió terminar cuando lo hizo… Cuando te besé en mi oficina, Sophie, pude sentir que tú también me besaste y tu cuerpo estaba respondiendo. Lo que estoy tratando de decir es que…

La mirada de Theo era tan cautivadora que Sophie sintió cómo se estremecía, dándose cuenta de que se la estaban tragando las arenas movedizas.

Apartó sus dedos de los de él suavemente.

—No —dijo, tomando su bolso y colocándolo frente a ella en la mesa para crear una barrera física entre ambos—. Tuvimos nuestro momento. Theo, no he venido a Londres para tratar de retomar lo que tuvimos. He venido porque necesitaba resolver este asunto del dinero.

¡Hubiese sido muy fácil aceptar lo que le estaba ofreciendo con las ganas que tenía de estar con él! Pero en su caso, relacionarse un poco más con él sería mucho peor que no volver a hacerlo.

—Tú tienes tu vida aquí… y yo tengo mi vida en otra parte.

Se levantó, desesperada por irse mientras que todavía le quedase coraje para hacerlo. Theo podría fácilmente hacer que ella perdiera el control y tenía que marcharse de allí antes de que lo hiciera.

—Enviaré mis cheques a la dirección de tu oficina —farfulló ella —. Y, como ya te he dicho, puedes hacer lo que quieras con ellos…

Tras decir aquello se marchó, se adentró en la fría y oscura noche, sin mirar para atrás. Algo de lo que se sintió muy orgullosa… por lo menos en aquel momento.

Capítulo 10

THEO se quedó allí sentado. Al principio se sintió desconcertado al ver cómo su plan para seducirla se había ido al garete. Pero después el enfado se apoderó de él ante aquel desprecio. ¿Cómo se había atrevido a tejer una trampa para llegar a su oficina, a su santuario, y montarle un número por nada? No. Era peor. No era por nada. ¡Era porque él había sido generoso, amable y magnánimo teniendo en cuenta que la relación ya se había terminado! No sólo le había dado el dinero para cubrir todas sus deudas y un poco más para que estuviera desahogada, ¡sino que lo había hecho de manera anónima! ¿Era culpa suya que ella hubiese podido ver la carta porque el gerente de su banco había resultado ser indiscreto? ¡No! ¡Y la respuesta de ella ante su amabilidad había sido tirárselo a la cara!

Mientras pagaba la cuenta, se percató de que los conocimientos que tenía sobre las mujeres eran más escasos de lo que él había pensado.

No fue hasta que se le pasó el enfado que se dio cuenta de que ella se había ido. Entonces se le vino a la cabeza otra cosa y se sentó de nuevo, frunciendo el ceño.

La certeza de que tenía que encontrarla le golpeó como un mazazo.

Naturalmente que se la habría tragado la noche. Habría conseguido un taxi o habría seguido andando hasta la estación de metro más cercana, donde quiera que estuviera, porque él no lo sabía. No viajaba en metro desde hacía años.

Tampoco sabía dónde pasaría la noche ella. Ni siquiera sabía si lo haría en Londres. Seguramente ella se dirigiría a tomar el próximo tren que saliera hacia Cornwall. De vuelta con su ex. Lo vio todo claro. ¿Cómo iba a poder ella devolverle el dinero si no era

con la ayuda de su servicial ex novio?

Una de las causas que le habían llevado a darle ese dinero a Sophie había sido un intento subconsciente de apartar a Robert definitivamente de su vida. Si ella tuviese independencia económica, entonces la presencia de éste sería innecesaria. Para Theo era muy simple llegar a esa conclusión ya que, por lo que él sabía, Sophie no sentía nada por aquel hombre. Sólo sentía afecto, que parecía haberse creado por una mezcla de nostalgia y gratitud.

Pero en aquel momento pensó que su idea había fracasado. El había jugado el papel del lobo malo, lo que a su ex le hacía parecer... ¿Como qué? ¿Como un príncipe azul?

Pensó que no tenía por qué importarle, que ya se había alejado de ella una vez y obviamente lo volvería a hacer. Si ella quería devolverle el dinero, un gesto un poco grosero, se lo permitiría. Había obras benéficas que se beneficiarían de su resentimiento infantil.

Pero aquella confianza que sintió durante unos segundos se evaporó rápidamente. Hizo un breve intento de convencerse de que la repentina pérdida de control que estaba sufriendo era debida al inesperado descarrilamiento de sus planes. Sophie había aparecido en su vida y él se había dado cuenta de que todavía la deseaba, todavía quería acostarse con ella. Pero en vez de lo que esperaba, que era que ella volviese a él, se había marchado. Se dijo a sí mismo que aquello explicaba el pánico que se estaba apoderando de él.

Realizó sólo una llamada telefónica antes de marcharse de Londres a toda prisa.

Sophie sólo quería volver a estar en su casa y en su propia cama, disfrutando de ambas mientras podía, porque una cosa estaba clara... encontrar el dinero para pagar a Theo significaría tener que vender la casa. Había sido capaz de arreglar todos sus problemas económicos gracias al dinero que él le había mandado a través de su abogado. Pero en aquel momento veía que todo se estaba desmoronando rápidamente.

Y deberle dinero a él...

¿Cómo podría realmente apartarlo de su vida si todavía le debía dinero? ¿Tendría que volver a verlo?

Cuando pasara un año... ¿sería capaz de tomar el teléfono para oír su voz aterciopelada? ¿Y qué efecto tendría eso en su salud

mental? Porque haberlo visto de nuevo había sido una pesadilla. Se había imaginado que iba a ser capaz de controlarse, pero soportar haberlo visto había sido como soportar un vendaval apoyándose en un solo pie.

Y cuando él la había mirado, besado… todo aquello de lo que se había convencido, todo el enfado que tenía por la manera en la que él se había marchado de su vida sin siquiera mirar hacia atrás, se desvaneció como el humo.

Se sintió desnuda e indefensa, pero todavía perdidamente enamorada de él.

No podía entender cómo las emociones podían llegar a ser tan crueles… por qué le había sido tan fácil alejarse de Robert, el decente y amable Robert, para irse con alguien que le había alborotado por dentro para luego abandonarla. No entendía cómo todavía podía ser esclava de alguien como él.

Al día siguiente, Sophie volvió a Cornwall con un propósito nuevo. Dejaría que su abogado se encargase de la venta de la casa y la división de las ganancias. Confiaba en él y sabía que se ocuparía de pagar a Theo sin dudarlo. Ella se iba a marchar de allí. Pero no para ir a Londres, ya que aquella ciudad siempre le recordaría de manera cruel al hombre del que se había enamorado. No. Iría a quedarse con una de sus amigas de la universidad, en York. Estaba segura de que Ellie la aceptaría en su casa sin que tuviera que pagar nada, por lo menos por un tiempo, hasta que ella estuviera bien. Con el tiempo, quizá retomaría sus prácticas de enseñanza, pero hasta que llegara el momento, buscaría trabajo donde pudiera y tendría la ventaja de poder escapar de todo lo que le recordara a Theo. Siempre se acordaría de su padre; no necesitaba la casa como prueba tangible de que su presencia estaba con ella.

En otras palabras, iba a ser fuerte y activa en vez de patética y nostálgica.

Aquella determinación duró lo que duró el viaje de vuelta en tren que, gracias a Dios, no fue acompañado de mal tiempo ni de retrasos irrazonables.

Pero cuando llegó a la casa, su oscuridad le recordó por todo lo que había pasado durante los últimos meses. El trauma por la muerte de su padre, el estrés debido a las deudas que había ocultado y finalmente Theo, la luz de la esperanza en el horizonte

que finalmente había acabado convirtiéndose en una pesadilla.

Entró en la casa en silencio. Normalmente hubiese ido directamente a la cocina para prepararse una taza de té, sentarse y reflexionar sobre los acontecimientos de día.

Pero aquel día rompió con la rutina y se dirigió hacia el salón, momento en el cual un pequeño ruido le advirtió de que no estaba sola en la casa. Había alguien detrás de ella. Se le erizó el vello de la nuca por el miedo que sintió y, sin pararse a pensar, hizo lo primero que su instinto le mandó. Se dio la vuelta con el bolso en la mano para pegar con él a quien quiera que fuese.

El bolso de Sophie golpeó a Theo con tal fuerza en la cara que hizo que éste tropezara y se golpeara con la pared, justo cuando Sophie encendía la luz, con la mano preparada para el caso de tener que repetir la acción.

Se quedó mirando a los ojos de Theo y emitió un pequeño chillido por la impresión.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Sophie trató de entender lo que estaba pasando, pero lo extraño de la situación la tenía aturdida.

—Estoy siendo atacado con una gran ferocidad —contestó él, restregándose la mano contra el lado de la cara que había recibido el golpe.

—No entiendo nada. ¿Qué haces aquí? ¿Cómo has entrado? ¿Lo has hecho antes que yo? Te dejé...

—¿Tienes un par de pastillas de paracetamol? Creo que mi cara va a reaccionar a la solidez de tu bolso.

A Sophie, en cuanto observó el moretón que ya estaba hinchándose en la cara de Theo, se le quitó de la cabeza bromear sobre los intrusos que se merecen lo que tienen. Sin decir nada, se apresuró a ir a la cocina y volvió con dos pastillas y un vaso de agua. Él estaba en el salón.

—He estado pensando en cómo pretendes devolverme el dinero —explicó Theo, tomándose las pastillas y mirándola fijamente.

—¿Qué?

—El dinero. La ridícula idea con la que viniste ayer sobre devolverme el dinero...

—¡No es ridícula!

—Llámame estúpido, pero me pesaría en la conciencia si para pagarme el dinero volvieses a los brazos de ese ex tuyo.

—¿Has venido aquí para decirme eso? ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—En helicóptero. ¿Cómo si no? Y sí, he venido hasta aquí para decirte eso.

Sophie se quedó de pie al lado de la puerta y se cruzó de brazos.

—Está bien. No me vas a echar a los brazos de nadie. Robert ha encontrado una mujer, la hija de unos amigos de sus padres. La conoció cuando fue a verlos. ¿Satisfecho?

La verdad es que Theo se quedó desproporcionadamente satisfecho.

—¿Te quedaste decepcionada?

Sophie, impaciente, chasqueó la lengua. Quería que él se fuese de su casa, pero al mismo tiempo le tenía pavor a su inevitable marcha. Se preguntó si aquello era una perversa treta por parte de él para torturarla porque había rechazado sus consejos, pero luego pensó que a él no le importaba tanto ella como para justificar ese comportamiento.

—Si eso es todo lo que has venido a decirme, entonces ya te puedes marchar, Theo. Estoy muy cansada. Todo lo que quiero es meterme en la cama y dormir.

—No estoy preparado para marcharme.

Sophie agitó la cabeza incrédula y se adentró un poco en el salón, con los brazos todavía cruzados.

—No estás preparado para marcharte —repitió ella despacio. Se le quedó la boca seca cuando se detuvo delante de él, afectada y odiando todo aquello.

—Sophie, necesito hablar contigo... —le dijo Theo bruscamente, apartando su mirada.

—Ya hemos hablado.

—No... no sobre... dinero.

—¿Entonces sobre qué?

Theo se ruborizó misteriosamente y miró a Sophie a la cara, que tenía reflejada una dura expresión. ¡Demonios! Ella era tan inflexible como una barra de acero, pero... ¿quién podía culparla? El se había hecho pasar por otra persona con toda tranquilidad, se había acostado con ella porque, o así le pareció a él en aquel momento, ella había estado en el momento preciso en el lugar adecuado, sin importarle los sentimientos de ella y, cuando llegó el

momento, desapareció marchándose a Londres sin mirar hacia atrás.

No le extrañaba que no quisiera su dinero. Probablemente aquello fue lo último que pudo soportar ella.

—Miré hacia atrás —dijo él abruptamente. Sophie frunció el ceño, desconcertada por aquello, pero reacia a mantener ninguna conversación. Cuanto más hablaba con él, más débil se volvía su determinación—. Cuando dejé la casa. Miré hacia atrás. Pensé en ti.

«Tanto que ni siquiera pudiste tomar el teléfono y ponerte en contacto conmigo», pensó ella, recordando cómo había deseado con una desesperación patética que sonara el teléfono y fuera él. Pero no dijo nada, sólo se encogió de hombros.

—Te debería haber dicho quién era —admitió Theo—. Pero de verdad que al principio no parecía muy importante y después... Bueno, después... hubiese sido más difícil...

—Pero no imposible. Mira, la verdad es que no veo la necesidad de hablar sobre nada de eso. Lo que ha pasado, pasado está. Simplemente quiero que te vayas para así poder seguir con mi vida.

—¿Quieres decir que no puedes seguir con tu vida si yo estoy a tu alrededor?

—Quiero decir que estoy cansada y quiero dormir. No te invité a que vinieras. De todas maneras, ¿cómo has entrado?

—He telefoneado a nuestro amigo mutuo, el señor Soames, tu abogado. Tiene una llave de la casa. Me ha dejado entrar.

—Claro, con dinero se puede arreglar todo... —dijo entre dientes Sophie, dándose la vuelta, pero, antes de que pudiese irse, Theo la tomó por la muñeca y la acercó hacia sí, haciendo que ella se tambalease y se cayera sobre él en el sofá.

Ella se retorció e intentó escabullirse, pero él se lo impedía ya que la tenía tomada firmemente por la muñeca.

—Por favor, deja que me vaya —pidió en voz baja, pero él negó con la cabeza.

—Lo haría si pudiera —murmuró Theo con dureza—. ¿Crees que quiero desbaratar mi vida de esta manera? ¿Crees que no preferiría encontrar la resolución para poder seguir adelante con mi vida?

Sophie notó cómo se puso muy rígida. Lo miró, pero él no la estaba mirando; tenía la mirada perdida en el suelo, perturbado, lo que le impidió interpretar su expresión.

—Cuando llegué a Cornwall estaba hecho un lío —continuó diciendo él, todavía mirando al suelo. En realidad, hablándole al suelo más que a ella, por lo cual Sophie tuvo que poner toda su atención para poder oírle—. No hubiese admitido eso ante nadie, pero estaba hecho un lío. No me había recuperado de la muerte de Elena. Con ella había sido como si hubiese alcanzado la siguiente etapa de mi vida... había encontrado a la mujer perfecta para que se convirtiera en la esposa perfecta, con la que tener hijos perfectos —Theo levantó la mirada para observar a Sophie, que estaba pálida y con una expresión imperturbable. Tenía tantas ganas de tocarla que incluso le dolía—. ... y justo cuando pensaba que lo había alcanzado... pluf... se acabó.

Sophie oyó las palabras mujer perfecta, esposa perfecta e hijos perfectos y se quedó helada. No lo había sabido, pero había estado compitiendo con un fantasma. Con un fantasma perfecto. Nunca había tenido ninguna posibilidad de ganarse el corazón de Theo. De hecho, no se habría ni acercado a él a no ser por el hecho de que estaba por allí cuando él había estado emocionalmente vulnerable.

Sabía lo que le estaría costando admitir que había sido vulnerable y trató con todas sus fuerzas de sonreír con comprensión... pero le fue imposible hacerlo.

—La cosa es que... —dijo él suavemente—. ... nunca me había parado a pensar que no hay nada perfecto, que había puesto a Elena en un pedestal imposible y que, antes de llegar a descubrir a la mujer de carne y hueso que había sobre ese pedestal, ella murió, dejándome agarrado a un espejismo —miró a Sophie con ecuanimidad—. Entonces vine aquí, obligado a reposar por el tema de mi pie, esperando pasar el tiempo trabajando en mi ordenador portátil, en contacto con mi oficina y contando los días hasta poder regresar al mundo real. Y te encontré a ti.

—Me deberías haber dicho que había habido alguien más en tu vida... —Sophie pensó que alguien a quien él había amado. Probablemente no hubiese supuesto mucha diferencia ya que su corazón había florecido y lo habría hecho cualquiera que hubiese sido su historia.

—A veces guardamos cosas tan cerca de nuestro corazón que nos olvidamos del poder curativo de hablar con otras personas. El asunto es éste, Sophie... Tú eras real. Eras de carne y hueso.

Pensabas por ti misma y no te callabas nada. Estabas viva…

—Y no me lo digas, era justo lo que necesitabas para salir de la situación en la que te habías sumergido… fui útil…

—Fuiste útil…

Sophie se ruborizó, destrozada por dentro ante la manera tan fácil con la que él estuvo de acuerdo con ella, aunque no había razón para que él mintiera.

—O por lo menos eso fue lo que me dije a mí mismo. ¿Te importaría mirarme cuando te hablo? Me gustaría ver la expresión de tu cara, porque tienes la cara más expresiva que nunca he visto.

—Si te preocuparas tanto por mi expresiva cara, hubieses… —Sophie se levantó abruptamente y se dirigió hacia la ventana más alejada, donde se apoyó y lo miró, alejada de su sofocante proximidad.

—¿Me hubiera quedado…? ¿Te hubiese pedido que vinieras conmigo…?

Sophie permaneció en silencio, avergonzada, ya que había sido justo eso lo que había deseado cuando se acercó el momento de su regreso a Londres.

—Hubieses mantenido el contacto —dijo finalmente, levantando la cabeza—. Tú tenías tus demonios del pasado, pero yo no lo sabía. Te marchaste, Theo, y no miraste para atrás. Si yo no hubiese visto aquella carta y no hubiese decidido ir a Londres, tú habrías estado muy contento de olvidarte de todo esto. Bueno, ¡después de todo no es suficiente que vengas hasta aquí y, para tratar de aliviarte la conciencia, me digas que pensaste en mí!

—He venido hasta aquí para pedirte que te cases conmigo.

Y lo hizo. No se había dado cuenta hasta aquel momento, pero lo dijo y supo que era lo que verdaderamente deseaba. No era para que ella se mudara con él o por el ocasional fin de semana que podían pasar en Cornwall cuando él encontrase un momento libre. La deseaba a ella… toda ella… durante todo el tiempo. Quería meterse en la misma cama que ella todas las noches y despertarse y encontrarla a su lado.

—Debes saber que no puedo aceptar —dijo Sophie en voz baja.

Theo, sonriendo ante todo lo que había estado imaginando, frunció el ceño e inclinó su cabeza hacia un lado, preguntándose si habría oído bien.

—¿Perdona? Quizá no me hayas oído bien, Sophie. Sólo te he pedido que te cases conmigo —dijo, esbozando una áspera sonrisa y levantándose. Se acercó a ella, que no se había movido. Le empezó a invadir la aprensión.

—Theo, ¿cómo voy a aceptar? —farfulló ella, poniéndose rígida mientras que él la abrazaba. Había echado tanto de menos la calidez de sus abrazos, el olor de su aftershave, sentir su duro cuerpo contra el suyo...

—¿Cómo puedes no hacerlo? —dijo Theo con urgencia, tratando de calmar el pánico que sentía.

Sophie trató de apartarlo, pero él no se lo permitió. La abrazó con más fuerza, esperando que algo de su calor derritiera las defensas que ella había creado a su alrededor.

—No me puedo conformar con ser un segundo plato —ella se preguntó por qué estaría rechazando lo mejor que nunca le había ocurrido. Puso sus puños en el pecho de él para así tratar de evitar caer en aquello, ya que vivir a la sombra de un fantasma no era la mejor base para construir una bonita historia de amor.

—¿De qué estás hablando? —Theo inclinó la cara de ella para que así lo mirara. En un minuto Sophie rompería a llorar pero, con su enérgica fuerza interior, estaba manteniendo el control. Y aquello era una de las muchas cosas que a él le encantaban de ella.

—Theo, yo nunca podría llegar a ser como la perfecta novia que nunca llegó al altar —dijo ella sin rodeos.

—No has escuchado lo que te acabo de decir...

—Sí, ¡he oído todo!

—Estás irresistible cuando te pones testaruda... Sophie controló la tentación de ceder y miró a Theo

con rebeldía.

—No trates de ablandarme, Theo.

—Entonces créeme cuando te digo que no tienes que vivir a la expectativa de nadie —Theo hizo una pausa, tratando de poner en orden sus pensamientos y maravillado ante el hecho de que le hubiese llevado tanto tiempo darse cuenta de la verdad—. Sophie, me cuesta decir esto, porque he estado mucho tiempo aferrándome a la ilusión de que Elena era la única mujer para mí.

Mientras que Sophie lo miraba con recelo, él le acarició el pelo y prosiguió hablando.

—La verdad es que apenas la conocía. No es sólo que la colocara en un pedestal, como ya he dicho, sino que pasamos juntos muy poco tiempo. Mirando hacia atrás, sinceramente no creo que la relación entre nosotros hubiese funcionado. En teoría ella era la mujer perfecta. Pero la verdad es que eres la primera mujer que he conocido que me ha hecho frente y eres lo que necesito...

La besó en la boca tímidamente y le alentó ver que ella no se apartó.

—Sé que te importo, Sophie. Cásate conmigo y te demostraré que puedo ser un buen marido. No estarás bajo la sombra de ningún fantasma. Tú eres a la única mujer que de verdad he amado y a la única que amaré...

—¿Qué has dicho?

—Te amo —Theo, despacio, esbozó una sonrisa y le besó la punta de la nariz—. Habría vuelto si tú no hubieses ido ayer a mi oficina. Mi vida ha sido un infierno sin ti. Así que... ¿te casarás conmigo, Sophie?

—Me voy a poner a llorar en cualquier momento —dijo ella con la voz entrecortada. El le sonrió.

—Ya lo sé. Así que contéstame rápido antes de que lo hagas...

—¡Sí!

—¡Entonces no llores! —Theo la besó en la boca y, mientras que ella se derretía en sus brazos, él la acarició por debajo del jersey—. Se me ocurren otras maneras mejores de celebrar nuestra vida en común que derramar lágrimas...

¿Nuestra vida en común? Aquellas palabras fueron las más maravillosas que Sophie había oído nunca, reflejo de un futuro que nunca creyó posible...

Fin